

Pierre Vical-Naquet

**Ensayos de historiografía
Historiógrafa griega
bajo el Imperio romano:
Lilavio Arriano y Flavio Josefo**

Compilación y traducción de
José Carlos Bermejo Barrera

I. Roma y las musas

En 1971 se publicaba un epigrama métrico descubierto en Córdoba, en el sur de España, que, grabado sobre un altar de cuatro caras, de las que solo dos de ellas nos dan un sentido claro, presenta numerosas peculiaridades¹. Está en griego, lo que es rarísimo en esta parte del Occidente romano que se llama la Bética. Y está firmado por el primer magistrado de la provincia, el «procónsul Arriano». Por último, esta ofrenda a Artemis, patrona de la caza, comienza con la siguiente paradoja: «mejores que el oro y la plata, mejores que las presas del cazador, te ofrezco, Artemis, los regalos inmortales de las Musas...»; «los regalos inmortales de las Musas», o sea, evidentemente este mismo epigrama, que aparece como sustituto de mas ricas ofrendas.

Todos los intérpretes, o casi, han estado de acuerdo; el procónsul poeta y autor de este texto no podía ser otro que el célebre escritor Arriano², autor de un tratado sobre la caza, que lo convirtió en un gran especialista en este arte, y de la Anábasis de Alejandro, el mejor relato, sin duda alguna, sobre los años 336-323 a.C. que se ha conservado, en el que vemos a Alejandro, hijo de Filipo de Macedonia, suceder a su padre asesinado, consolidar el poder macedónico dentro de las fronteras de su reino y en Grecia, desembarcar en Asia Menor en el 334, apoderarse totalmente del inmenso Imperio de los Aqueménidas, asomarse a la frontera occidental de la India, volver atravesando un terrible desierto y morir en Babilonia a la edad de 33 años³. Todo esto, una aventura personal sin legado posible, una inmensa razzia de oro, plata y esclavos, la implantación de un nuevo despotismo, todo esto sirvió para poner en contacto a dos mundos que hasta entonces habían estado aislados, abriendo de este modo la mas lejana Asia al pensamiento y al arte griego. El inauguró una nueva era del mundo, hasta el punto de que en la actualidad, cuando los khmers quieren designar a los conquistadores vietnamitas, los llaman con el nombre de aquéllos que habían simbolizado por primera vez en Asia el racionalismo militar, los jonios, los griegos⁴. Esta es la experiencia vivida, claro está que de una forma muy diferente a como nosotros la vemos, que cuenta el libro de Arriano. El hombre que redactó y grabó en Córdoba esta dedicatoria a Artemis es, pues, un alto dignatario del Imperio romano en aquella época de los Antoninos de la que Gibbon, en 1776, bosquejó el panorama, para poder pintar mejor después «la decadencia y caída». Su vida, escrita en el siglo siguiente por el historiador y senador Dión Casio, no se ha

conservado, pero se puede reconstruir en sus grandes líneas. Se llamaba, muy probablemente, Lucius Flavius Arrianus ⁵. Afirmaba haber tomado el nombre de su gran modelo, Jenofonte ⁶. Pero este sobrenombre no estuvo legalizado. Lo importante es que su prenombre no haya sido Titus. Nacido bajo Domiciano, entre el 85 y el 92 d.C., no llevaba el prenombre de los emperadores Flavios, Vespasiano, Tito, Domiciano, todos ellos llamados Titus, ni el del padre de Vespasiano, Titus Flavius Sabinus. No se puede, al desconocer el nombre del padre, remontarnos más arriba en su genealogía de un modo seguro, pero su padre habría nacido evidentemente antes de la llegada de los Flavios, en el 69. ¿Serían su padre o su abuelo los que habrían obtenido la ciudadanía? Se ha podido suponer que el benefactor de la familia habría sido un tal Lucius Flavius, que había sido consul suffectus en el 33 a.C. y acompañó a Marco Antonio en Oriente ⁷.

¿Nació Arriano en el orden ecuestre o en el senatorial? En el primero de los casos sería el emperador el que lo habría promovido al orden senatorial mediante una adlectio. Una inscripción de Eleusis de finales del siglo II atestigua que hubo dos cónsules Arriano, conocidos por su sophia. Uno de ellos sería seguramente nuestro historiador; el otro pudo haber sido su padre, o, más verosímilmente, su hijos ⁸.

Sea como fuere, nació en el Asia Menor, en Bitinia, en la capital de esa provincia, en Nicomedia, que no era la más pequeña de las ciudades del Imperio. Antigua capital del reino de Bitinia, legada a Roma, en el 74 a.C. por su último rey, importante puerto de la Propóntide (mar de Mármara), centro del koinon de las ciudades libres de Bitinia y el Ponto, Nicomedia mantenía, gracias a su gloriosa titulación ⁹ y a las solemnes reuniones que se celebraban una vez al año, esa apariencia de vida política que caracterizaba a las ciudades del imperio y que debemos tomar en serio, porque así lo hacían sus contemporáneos, aunque con un sentido diferente al que le daban ellos ¹⁰. En una sociedad básicamente desigual como la del Imperio romano, se abrió una oportunidad a las elites del Oriente griego, a finales del siglo I y durante el siglo II, pues fueron admitidas para formar parte de la casta dirigente a escala de todo el Imperio romano ¹¹

Aproximadamente a los 20 años de edad, hacia el 106-107, bajo Trajano, Arriano será educado en Nicópolis, en el Epiro, con el filósofo estoico Epicteto. Los Diálogos (de los que nos queda cuatro libros) y el Manual son el producto directo de esta enseñanza. Nacido hacia el 50 en Hierápolis de Frigia, esclavo y luego liberto de Epafrodito, el riquísimo liberto de Nerón,

exiliado en Roma en el 95 por Domiciano, como consecuencia de una medida tomada contra todos los filósofos, Epicteto instaló su escuela en Nicópolis. No trataba en modo alguno de un páramo. Fundada tras la victoria (niké) del promontorio de Actium por el futuro Augusto, y agrupando el territorio de muchas ciudades griegas antiguas, Nicópolis era una ciudad importante. Los concursos, que erróneamente se denominan juegos, que se desarrollaban cada cuatro años para conmemorar la victoria sobre Antonio y Cleopatra, habían recibido de Octaviano el supremo honor de ser equiparados a los Juegos Olímpicos ¹²

Los discípulos de Epicteto eran sobre todo griegos, no eran en modo alguno «marginados». El cuadro que se les trazaba de la vida de Roma, de la corte, de las actividades unidas al cursus honorum, era bastante siniestro, se trataba de una constante llamada de atención para aprender a distinguir lo que puede depender de uno mismo de lo que no, pero no traía como moraleja que hubiese que volverse antes de haberse ido ¹³. Seguir la enseñanza de Epicteto suponía imponerse una educación muy rígida, pero que no suponía confusión alguna entre lo que podríamos llamar los valores de la escuela y los de la sociedad. Otra cuestión muy distinta, que no voy a tratar aquí, la de saber si hay una relación, positiva o negativa, entre el retrato de Alejandro y los valores de los estoicos ¹⁴.

¿Puede datarse la entrada de Arriano en la vida activa al servicio de Roma? Una inscripción de Delfos nos muestra a un tal Flavius Arrianus (en latín) que en el 112 o en el 113 era miembro de la comitia que rodeaba al legado propretor de la provincia de Aquea (Grecia) ¹⁵. C. Avidius Nigrinus. Nigrinus es un personaje notable, filoheleno, en el sentido en que también lo será Adriano, del séquito de Trajano. Su padre, su tío y su primo habían sido, como representantes senatoriales, procónsules de Aquea. En el 117, en el momento de la muerte de Trajano, era uno de los posibles emperadores, lo que sin duda alguna explica su asesinato, con el de otros tres importantes consulares, tras la proclamación de Adriano ¹⁶. Nigrinus fue cónsul sufecto en el 110 ¹⁷. Si se admite que Arriano siguió los cursos de Epicteto por lo menos hasta el 108 ¹⁸, sería poco después cuando Arriano habría ingresado en su estado mayor, tras un año de servicio militar ¹⁹. Esta entrada en la jerarquía militar suponía un conocimiento importante, el del latín.

Lo que viene después ya es mejor conocido. Sirvió bajo Trajano y quizá haya participado en la guerra pártica de este emperador (114-117)²⁰, guerra que él mismo contaría en sus *Parthica* y que aparece como una repetición de las hazañas de Alejandro. Pero será bajo Adriano (117-138), el emperador filoheleno, cuando llevará a cabo los más brillantes episodios de su carrera. Según su propio testimonio²¹, permaneció en Panonia y en Nórico y pudo ver la confluencia del Danubio y el Save (en la actualidad Zemun, cerca de Belgrado). Sabía algunas palabras galas y conocía algunas prácticas cinegéticas africanas, lo que le hace suponer estancias en la Galia y Numidia²². Dos cosas están claras: fue pretor, y después, tras su pretura, procónsul de la Bética, como demuestra la inscripción de Córdoba. Este cargo es necesariamente anterior a su consulado (sufecto), que debe datarse en el 129 o en el 130²³. Habiendo alcanzado, pues, gracias al favor de Adriano, la cumbre de los honores, pasará a ocupar un puesto de alta y peligrosa responsabilidad. Representante del emperador en Capadocia (*legatus Augusti pro praetore*) del 131 al 137, en una provincia fronteriza del alto valle del Eufrates, provincia amenazada por los alanos y los sármatas, en la cercanía de los reinos vasallos de Armenia, Iberia y Albania, Arriano será allí un militar que, de hecho, hace la guerra. Tuvo bajo sus órdenes dos legiones y un contingente de tropas auxiliares. Su actividad fue a la vez militar y diplomática. Combatió con los alanos -nómadas iraníes- y utilizó como intermediario a Vologeses II, rey parto disidente, que se había convertido en rey de una Armenia súbdita²⁴.

Será entonces cuando será honrado en Corinto con una estatua que lleva una inscripción sobre su base, y de la que se ha podido leer lo fundamental²⁵, en la que es calificado a la vez -asociación capital y sobre la que volveré más adelante- de «legado de Augusto propretor en Capadocia» y de «filósofo». La labor llevada a cabo junto a Epicteto se había hecho pública en alguna forma, y los dos notables de Corinto que erigirán su estatua serán precisamente L. Gellius Menandros, que no hay duda que es el Lucius Gellius al que van dedicados sus *Diálogos*, y su hijo.

Esta misión en Capadocia, de duración inusitada, terminó con la muerte de Adriano, en julio del 138. No será, pues, el advenimiento de Antonino lo que le traerá su desgracia, si es que la hubo, lo que no sabemos²⁶. Pero el hecho es que la legación de Capadocia será su último empleo público, atestiguado de una forma clara, que conozcamos a nivel imperial. Este gran notable se instalará en la ciudad de las Musas, Atenas, de la que se

convertirá en ciudadano, miembro del demo de Peania, que había sido el de Demóstenes, y arconte epónimo en el 145-146 ²⁷ ¿Es él aquel cuyo hijo fue pritano, por la tribu pandiónida, e incluso eponimo en el 166-167? ¿Función modesta, indigna de un filósofo consular o de un arconte, ahora octogenario, o generosa participación de un notable en una liturgia? ²⁸. No se sabe en realidad más que muy poco de sus últimos años, excepto lo que nos dice Galeno, el gran médico filósofo del siglo II: este personaje consular, un poco sordo, ampliaba la cavidad de sus orejas con el hueco de sus manos ²⁹. Un Hermes doble del museo de Atenas conservaría su retrato asociado al de Jenofonte ³⁰.

Este esbozo biográfico plantea múltiples interrogantes. De ellas dos me parecen fundamentales. ¿Debe la carrera de Arriano, primero brillante y luego simbólica, mucho, o todo, a su prestigio de discípulo de las Musas, de Moysikos anèr? ³¹ La segunda, relacionada con la primera, es la distribución de su obra a lo largo de su vida.

A la primera pregunta aportan por lo menos un principio de respuesta el epigrama de Córdoba y la inscripción de Corinto. Arriano, procónsul de la Bética, proclama en griego su dependencia con respecto a las Musas. Es, a la vez, legado de Capadocia y filósofo. Lo que no es en modo alguno sorprendente en esta época en la que Adriano el filoheleno hacia construir en Tibur (Tívoli), del 118 al 133, la célebre villa que pretende ser un resumen y una antología de la pars orientis del imperio, resumen y antología que domina la cultura griega. Lo que no es en modo alguno sorprendente en esta época de «la segunda sofística» que vio acceder a tantos retores y filósofos a las más altas cumbres de la jerarquía del Imperio, al que proporcionaban una ideología que lo justificaba ³². En ultimo termino no hacían falta ideas, bastaba con la mera presencia. El biógrafo de los hombres de la segunda sofística ³³, Filóstrato, cuenta que Trajano, en Roma, instalado sobre el carro dorado de los triunfadores, se volvía muchas veces a Dión y le decía: «No sé lo que me estás diciendo, pero te amo como a mismo» ³⁴. Lo excepcional en la carrera de Arriano no son los honores de que se vio cubierto, sino sus funciones militares reales, sobre todo en Capadocia.

La posteridad fue sensible a lo que esta carrera tuvo de singular. En el siglo IX, el erudito bizantino Focio escribía: «Entre otros» cargos políticos que se vio confiar gracias a su gran cultura, llego hasta la magistratura consular ³⁵. El propio Arriano, en el Cinegetico confiesa haber aunado desde su

juventud el gusto por el arte militar (strategia) con el de la sabiduría y el de la caza ³⁶.

Pero el texto fundamental que puede ponerse en relación con el epigrama de Córdoba es lo que se podría llamar el prefacio disfrazado de la Anábasis, ³⁷, disfrazado porque no aparece en absoluto a comienzos de la obra. Al comparar a Alejandro con su héroe favorito. Aquiles, escribe Arriano: «No hay nadie, ni entre los griegos ni entre los bárbaros, que haya llevado a cabo tan extraordinarias proezas, tanto por su número como por su magnitud. Esto es lo que me han llevado, lo confieso, a escribir la presente obra, porque no me creo indigno de poder hacer conocer a los hombres la gesta de Alejandro. Sea quien fuere, para poder establecer este juicio sobre mi mismo no tengo ninguna necesidad de escribir mi nombre, porque dista mucho de ser desconocido, ni de nombrar mi patria, mi familia o las magistraturas que haya podido ejercer en mi país. Me basta con decir que mis obras son y han sido, desde mi niñez, mi patria, mi familia y mis magistraturas. Es más, no me considero peor que los mejores autores griegos, puesto que también he escrito sobre Alejandro, que figura entre los más grandes capitanes», Toda la cuestión es saber cuál es la «patria» de Arriano. De derecho, Nicomedia, que él no nombra y, de hecho, no puede tratarse más que del Imperio. El ciudadano del imperio romano presenta las cosas bajo la apariencia de la ciudad de antaño. Arriano es un contemporáneo de Adriano que oye hablar como si fuese un griego de la época de Jenofonte³⁸. Este texto, que convierte a Arriano en Homero del nuevo Aquiles, tiene la gran ventaja de mostrárnoslo al menos como le gustaba ser visto por sus contemporáneos. Este texto es un anti-preámbulo. A partir de Herodoto, todo historiador mencionaba por lo menos el nombre de la patria. Apiano de Alejandría, contemporáneo de Arriano, escribía en positivo lo que Arriano escribía claramente en negativo: «¿Quién soy yo, que he escrito todo esto? Muchos lo saben y ya lo he dicho más arriba. Tara decirlo claramente, soy Apiano de Alejandría, que he alcanzado el primer rango en mi patria y he sido abogado en Roma ante los emperadores, hasta que éstos me juzgaron digno de ser su procurador»³⁹. El mismo Arriano también se atendrá a esta regla en el Preámbulo de su Historia de Bitinia. Recuerda que es un nicomedio por nacimiento, «que ha nacido, sido criado y educado en Nicomedia, que desempeñó el sacerdocio de Deméter y Perséfone, divinidades a las que la ciudad estaba consagrada»⁴⁰. Creo que el hombre que hablaba de esta forma en la Anábasis ya había recorrido la parte fundamental de su cursus romano. Admitamos, pues, que cuando habla de su patria, Arriano hace alusión a

Nicomedia y Bitinia ⁴¹; está claro que las magistraturas con las que ha sido investido y la reputación de que disfrutó no pudo haberlas adquirido más que en el ámbito del Imperio ⁴². Arriano no desdeña el poder y la gloria ante la reputación literaria, porque todas ellas son al fin y al cabo gloriosas.

Esta fue la elección de Arriano. ¿Fue también la del emperador? Pensándolo bien, Luciano, una treintena de años más joven que Arriano, captó su esencia, al describir de este modo al historiador: «un discípulo de Epicteto y un romano de la alta sociedad (en tois prôtois) que dedicó su vida a la cultura»⁴³.

Eduard Schwartz destacó en 1895 ⁴⁴ la importancia que tuvo en la vida intelectual y literaria de Arriano el corte radical que supuso su instalación en Atenas, en la que Arriano no será más que un general retirado que distraía sus ocios cazando y escribiendo, ya no folletos, sino libros. Esta tesis no es defendible en su totalidad tras un descubrimiento como el de la inscripción de Córdoba. La obra de Arriano pudo irse expandiendo a lo largo de toda su vida ⁴⁵. De sus obras sólo unas pocas están datadas con una relativa precisión. Está claro que los Diálogos con Epicteto y el Manual fueron escritos, pero no publicados, mientras Arriano estaba en Nicópolis. Tres escritos corresponden a su misión en Capadocia: el Periplo del Ponto Euxino, salido en parte de un informe (en latín) dirigido a Adriano en el 131, el Orden de marcha contra los alanos, posterior a la guerra contra este pueblo (134-135), y la Táctica, escrito datado por el propio Arriano el año 25 del reinado de Adriano, 136-137 ⁴⁶, El Cinegético ⁴⁷ hace muy claramente alusión a la cualidad que Arriano comparte con Jenofonte, el ser ateniense, lo que permite datar aquí las obras perdidas: Historia de las guerras particas, Historia de Bitinia, Historia de los tiempos que siguieron a Alejandro 323-321 ⁴⁸ y Vidas de Dión y Timoleon.

¿Y la Anábasis? Para negarse a datarla en el período ateniense, Bosworth utiliza el argumento de que la obra tiene muchas imprecisiones y errores, tanto acerca de Capadocia como acerca de la propia ciudad de Atenas ⁴⁹. Pocas dataciones admitidas soportarían semejantes críticas. Si mi interpretación del antipreámbulo es correcta, sería imposible una datación alta. Y también imposible el saber hasta dónde podemos descender. La India, (aquí el libro VIII), que hace alusión a la Anábasis ⁵⁰, pero que está escrita en jonio y no en ático, es evidentemente posterior. El error de Bosworth partía incluso de una idea justa y fecunda: en el itinerario de Arriano no puede separarse Roma de las Musas.

II. Arriano el ateniense

Tampoco son separables de Atenas. La obra conservada de Arriano está escrita en ático, a excepción de sus Diálogos y del Manual, escritos en la lengua común (koine), que triunfó en la época helenística, y de la India, redactado (den honor de Herodoto?) en un supuesto jonio. El empleo del ático es anterior a la instalación de Arriano en Atenas; sería más bien esta instalación la que habría que juzgar a la luz de su aticismo. El mismo hecho de escribir en ático no es nuevo en el siglo II ⁵¹. Ya lo había hecho Flavio Josefo, o mandado hacer, sin haber puesto los pies entre los atenienses, a los que antes que él el judío alejandrino Filón definía como «los griegos que poseen la inteligencia más penetrante (...), porque lo que la pupila es al ojo lo es el alma a la razón, y Atenas a Grecia»⁵². El ático, pero ¿que ático?, ¿el de los atenienses? Al igual que en la actualidad existe el mito del francés puro, en el pasado se gustaba imaginar que era en Atenas, y sólo en Atenas, donde se hablaba el ático. Así, por ejemplo, Cicerón sabía perfectamente que en materia de ciencia (doctrina) Atenas no era más que una ciudad muerta, y desde hacía mucho, pero el más inculto de los atenienses (quavis Atheniensis indoctus), hablaba de un modo más suave y agradable que los más educados de los asiáticos ⁵³. Mucho más tarde, un contemporáneo de Arriano, el célebre Herodes Ático, que fue arconte en el 126-127 y consul en el 143, pretendió, en una carta que cita Filostrato, haber descubierto un buen salvaje, que, como es sabido, se llamaba Heracles, vestido con pieles de lobo y alimentado con las ubres de las cabras y leche de burra, y que, por supuesto, hablaba el ático más puro. ¿Porqué habría degenerado la lengua fuera de la casa de aquel campesino de la Mesogea? A causa de la presencia en la ciudad de bárbaros provenientes de Tracia o del Ponto ⁵⁴. Todo esto es pura mitología. Para comprender lo que significaban Atenas y el ático fuera. Atenas es mejor leer lo que escribe el propio Filóstrato a comienzos del siglo III, acerca de su héroe, el mago pitagórico Apolonio de Tiana, natural de Capadocia, enemigo de los «tiranos» Nerón y Domiciano, y muerto en el reinado de Nerva: «cuando estuvo en edad de aprender las letras dio muestras de una excelente memoria y de una gran capacidad de concentración, hablaba el ático puro, sin que su acento estuviese contaminado por el de la provincia»⁵⁵. Así pues, el ático se encuentra fuera de Atenas como Grecia, para el mismo Filóstrato, podía estar fuera de Grecia: «Grecia está en todas partes y el sabio no debe considerar a ningún país como desértico o bárbaro» ⁵⁶. Hay muchas formas de practicar el

aticismo. Puede ser estilístico y cultural, inscribirse en el espacio y en el tiempo ático (el de la gran historia) o evadirse de él. Podía incluso convertirse en un «reglamento de policía de la lengua»⁵⁷. El ático de Arriano ha sido minuciosamente estudiado en su vocabulario, en su sintaxis, en sus limitaciones y debilidades, y en sus relaciones sobre todo con la lengua del que fue, para Arriano, el escritor modelo: filósofo, cazador y militar, Jenofonte⁵⁸. Pero no me gustaría insistir sobre este punto. E. Gabba, en un estudio de síntesis de los historiadores griegos del siglo I al III, escribe que, tras su instalación en Atenas, «Arriano pierde ante nosotros todo su aspecto de ciudadano romano»⁵⁹. ¿Es cierto? ¿Qué es Atenas, qué representa en la época en la que Arriano llegó a ser uno de sus ciudadanos?

Atenas es simple y doble a la vez. Por una parte, es Atenas con sus tradiciones y monumentos, la que describe Pausanias en el siglo II y que Adriano, arconte de la ciudad antes de su subida al poder imperial, en el 111-112, y luego epónimo de una nueva tribu, protege, prolonga y remata. Ningún yacimiento arqueológico representa a una única época, pero sí es cierto que la Atenas que visitamos es a la vez la Atenas clásica, la Atenas helenística de los reyes evergetes y la Atenas de Adriano. El emperador remata el templo de Zeus olímpico iniciado en el siglo VI a.C. Es simple y es doble: por una parte, como dice una célebre inscripción, la Atenas de Teseo y, por la otra, la Atenas de Adriano⁶⁰, ciudad universitaria, «Fundación», en el ámbito del Imperio. Políticamente, Atenas había proporcionado su último signo de autonomía en el 88 a.C., cuando sublevada por el filósofo Aristión, se había unido a Mitridates en su lucha contra Roma. Capturada, saqueada, «perdonada» por Sila en el 86, será a partir de entonces un adorno del Imperio⁶¹.

¿Cómo se puede ser ateniense y romano? Un texto de Luciano nos ayudará a comprenderlo. Luciano no forma parte de la flor y nata de la «segunda sofística». Filóstrato no escribió su vida, y ni siquiera lo menciona, como tampoco él menciona a Arriano. No fue ni senador ni cónsul; durante una época de su vida fue archistator (ordenanza en jefe) del prefecto de Egipto, cargo con el que iniciaba la carrera de los procuradores ecuestres, y que para este intelectual griego suponía después de todo la entrada en el segundo de los ordines del Imperio Romano⁶². Se quiso hacer de él un intelectual antirromano⁶³. ¡Totalmente absurdo! No era más antirromano que Juvenal cuando se reía de los atascos de Roma, Juvenal, que además era antigriegos⁶⁴. Luciano no se tomaba en serio las leyendas

que las ciudades —incluyendo Atenas— se contaban a sí mismas en la época imperial: «engaños, unánimes y oficiales». ⁶⁵

En la Doble acusación, Luciano, ese «sirio» de Sarnosata, sobre el Eufrates, ese «indígena de los confines», ese semita que vivía con la cabeza afeitada, da fe de su aculturación helenística ⁶⁶, Se imaginó un proceso que le había sido incoado por el Areópago, como antaño a Orestes, por la Retórica, que lo acusa de haberse, usado a la filosofía y por el Diálogo, que le reprochaba el no ser filósofo. Diké, la Justicia, conversa con Hermes, y se pregunta si es conveniente juzgar en Atenas a este sirio. «¿Debemos traer a Atenas, ante el Areópago, echando a suertes los jurados, a las causas de más allá de las fronteras?» El adjetivo utilizado es *hyperorios*, que en la lengua clásica designa a todo lo que está más allá del territorio ateniense en el sentido más estricto del término, se trata de una dependencia de Atenas, de una fracción de su imperio. ¿Dónde se encuentra en la actualidad la *hyperoria*? La respuesta está clara: «estas causas deberían ser juzgadas más allá del Éufrates». ⁶⁷ Tras la cual, Diké, una buena chica, hace lo mismo para sacar a suertes once jurados. Más allá del Éufrates... El Éufrates es la zona fronteriza, el limes del Imperio Romano. ¿Cómo expresar mejor que la Fundación, quiero decir Atenas, tenía por fronteras los límites del Imperio romano?

Podría decirse en términos platónicos que Atenas es la apariencia, y Roma, el mundo real. G. W. Bowersock lo ha dicho mucho más brutalmente: «la segunda sofística tuvo más importancia en la historia romana que en la literatura griega» ⁶⁸.

Los intelectuales griegos más agudos de finales del siglo I y del siglo II, «orgánicos», si se quiere, o griegos de la corte ⁶⁹, se apasionaban por la historia griega, y especialmente por la historia ateniense. ¿Pero por cuál? Plutarco escribía las Vidas paralelas, pero con muy raras excepciones (Pirro y Filopemen), sus griegos no tuvieron la ocasión de combatir, e incluso de vencer a los romanos ⁷⁰. Las Vidas paralelas son también tiempos paralelos, de los que uno de ellos ha desaparecido y el otro se conserva. Se da una especie de adhesión griega a la teoría de la sucesión de los imperios en beneficio de Roma ⁷¹. Aquí entramos en contacto con una de las fuentes de nuestra propia cultura, porque este famoso corte en la historia de la ciudad griega, a la que se supone muerta desde el 338, desde Queronea, o quizá un poco más tarde, tras la muerte de Alejandro y la «guerra lamíaca» (323-322), ocasión de la última de las oraciones

fúnebres —esa galería de retratos de una. «Atenas imaginaria»⁷², pero que se batía de verdad—, que se nos ha conservado, este famoso corte contra el que protestan los especialistas de la ciudad helenística, se lo debemos, al menos en parte, a la historiografía retórica de la segunda sofística⁷³.

Los intelectuales griegos de esta época, historiadores, sofistas y novelistas, reúnen directamente, mediante una curiosa mezcla, el pasado político de Atenas o Esparta con su presente estético. La época helenística es la víctima evidente de este peligroso salto. Y así por ejemplo, es como Filástrato, en la Vida de los sofistas, pasa directamente de Esquines, el adversario de Demóstenes, a Nicetas de Esmirna, un contemporáneo de Vespasiano, del que hace el primeros de los representantes de la segunda sofística⁷⁴. Los anticuarios —Pausanias es un célebre ejemplo— hace de esto su propio terreno, muchos mejor que los historiadores. En este último grupo, tras Timágenes de Alejandría, historiador de las monarquías orientales que se malquistó con Augusto, el interés por la época que solemos llamar helenística, es muy limitado⁷⁵. Habrá que esperar hasta Droysen...

No se trata de refugiarse en un pasado glorioso para huir de un presente detestable, porque los hombres de la segunda sofística están por lo general muy cómodos en el mundo en el que viven. La relación directa que muchos de ellos tuvieron con Roma y la cultura latina no hizo más que mejorar todavía esta dimensión estética que caracteriza a su visión del mundo. Es verdad que desde hacía siglos la literatura griega se basaba sobre la mimésis, sobre la imitación creadora⁷⁶, pero al entrar en contacto con los latinos, a su vez dependientes de la cultura griega, los fenómenos de reflejo se desdoblaron y se multiplicaron⁷⁷.

Elio Aristides (117-187)⁷⁸, que pertenece a la misma generación que Luciano, es el autor de un Panatenaico, en el que se recopilan de modo erudito todos los temas de elogio de Atenas, llegando hasta Queronea, tal y como habían sido desarrollados por la oración fúnebre y sistematizados por Isócrates. Estos mismos temas serán tomados de nuevo, ampliados y elevados a rango universal en su Elogio de Roma, pronunciado el 21 de abril del 143, durante las ceremonias destinadas a conmemorar la fundación de la ciudad. Es la propia existencia del Imperio romano la que permite celebrar ahora el elogio de Atenas, de Esparta y de las restantes ciudades griegas⁷⁹.

¿Cuál es el lugar de Arriano en este conjunto que podría ampliarse indefinidamente?. Dejaremos para más adelante el estudio de la significación que le da al personaje de Alejandro y a sus relaciones con Roma. Las obras que dedicó a los «médicos políticos» del siglo IV», Dión y Timoleón, se han perdido. Y también se han perdido los libros propiamente helenísticos: la Sucesión de Alejandro y la Historia de Bitinia. Esta última terminaba con el testamento de Nicomedes III (74 a.C.), y antes de la intervención de Mitrídates, que ocupó la ciudad durante un año. Nada permite suponer que Arriano manifestase pesar alguno por la conquista romana ⁸⁰. Lo poco que sabemos de esta historia demuestra que se centraba en torno al proceso de integración de las diferentes comunidades bárbaras, bébrices, tracios y bitinios propiamente dichos en el conjunto más amplio y civilizado del helenismo ⁸¹, lo que quizá podía ser ya una prefiguración de la integración del mundo griego en el mundo romano.

Cuando evocaba al arcadio Polibio acompañando a Escipión Emiliano ⁸², ¿creía que podía ser a la vez cada uno de los dos? No se encuentra en Arriano ninguna reflexión profunda acerca del corte histórico que encarna su héroe principal. No hay nada comparable a las grandes cesuras que caracterizan la historia de Herodoto, Tucídides o Polibio, o a la oposición entre «Tiempo de los dioses» y «Tiempo de los hombres»⁸³, ni a la gran crisis desatada por la guerra del Peloponeso, ni a la unificación del mundo mediterráneo en vísperas de la segunda guerra púnica, hacia el 220 a.C., vista por el historiador de Megalópolis. En algunas líneas, en el momento de la batalla de Issos, retorna por su cuenta el antiguo esquema de la sucesión de los imperios: «era totalmente necesario que los persas vieses cómo se les arrebatara la hegemonía sobre Asia en beneficio de los macedonios, al igual que les había ocurrido a los medos con respecto a los persas, y anteriormente a los asirios con los medos»⁸⁴. Pero si pensaba que Roma tomaría el relevo, lo que es casi evidente ⁸⁵, no lo dijo en ese lugar.

Lo que en Arriano desempeña un papel de corte histórico es su excursus sobre el desastre de Tebas, tras la destrucción de la ciudad por Alejandro en el 335 ⁸⁶. Arriano compara esta «catástrofe griega» con otras que le habrían precedido en la historia ⁸⁷: desastre de Sicilia, derrota de Atenas en el 404, aplastamiento de los lacedemonios en Leuctra y Mantinea, etc. Se trata, por lo tanto, de comparar las catástrofes por su amplitud ⁸⁸, y no de situarlas históricamente por su relación entre sí. No hay en este texto nada que se parezca a una reflexión acerca de las relaciones entre las dos formas políticas que se enfrentaban, la ciudad y la monarquía militar.

El interés real del texto está en otro lugar: hasta en las palabras se basa en Tucídides ⁸⁹, pero para decir cosas distintas que Tucídides, e incluso para criticarlo ⁹⁰, porque será él —y Jenofonte— quien proporcione casi toda esta lista de ejemplos. Arriano el ateniense marca claramente las distancias con respecto a Tucídides el ateniense.

III. Alejandro el romano

Se decía de la I Internacional que era un niño francés amamantado en Londres. Uno estaría tentado de decir también que la antigua tradición sobre Alejandro fue desarrollada por los hijos de Alejandría que crecieron en Roma.

Esto es cierto en el sentido más estrictamente cronológico; las historias de la conquista de Alejandro que nos han llegado ⁹¹ comienzan tras la muerte de César, con el libro XVII de la Biblioteca histórica de Diodoro Sículo, uno de tantos libros griegos que ponen a dialogar a Roma y Grecia, y en el que cada año va precedido, con más o menos exactitud, por el nombre de los cónsules romanos y el arconte de Atenas. De un contemporáneo de Augusto, el galo-romano Pompeyo Trogo, no poseemos más que el resumen de su obra, debido al indatable Justino (II-III d.C.). Quinto Curcio no nos dice nada de sí mismo, pero saluda, en el momento en el que escribe su obra, a un Imperio que no sólo reverdece, sino que incluso florece ⁹². Se le ha identificado de forma plausible con un personaje pintoresco que describe Tácito, de extracción modesta, «hijo de sus obras», bajo Tiberio, pero que sería cónsul bajo Claudio, en el 43 ⁹³. La Vida de Alejandro, de Plutarco, paralela a la de César, dataría de la época de Trajano ⁹⁴, anterior por lo tanto en algunos decenios al texto de Arriano. A esta lista suelen añadirse dos textos recogidos en un manuscrito de Metz, y conocidos bajo el nombre global de Epítome de Metz, que en la forma en la que nos han sido transmitidos datarían de finales del siglo IV y comienzos de V. La época de Octavio Augusto marca, pues, el comienzo de esta producción, y la de los Antoninos un nuevo florecimiento. Es preciso añadir que será también el siglo II cuando se elaborará en Alejandría la

novela de Alejandro del Pseudo-Calístenes, leyenda greco-egipcia que hace del héroe macedonio el hijo del faraón egipcio Nectanebo, relato que alcanzará la difusión más amplia y duradera de entre todas las tradiciones derivadas de la antigüedad greco-romana, si exceptuamos el Nuevo Testamento; incluso hay una versión mongol, y nuestro «alejandrino» derivará de una versión francesa ⁹⁵.

Alejandro no sólo estará presente en esta última tradición. Durante mucho tiempo, y con razón, se ha agrupado la tradición propiamente histórica, lo que no quiere decir que no contenga elementos fabulosos —de hecho, cuando se quiere estudiar el mito de Alejandro, lo primero que uno encuentra es el propio Alejandro ⁹⁶— en dos conjuntos. Arriano representa por sí mismo a uno de estos dos conjuntos. Y afirma en su prefacio disponer de dos fuentes básicas, el rey Tolomeo Soter, fundador de la dinastía lágida, cuya capital era Alejandría, y Aristóbulo, misterioso personaje natural de la Calcídica y ciudadano de Casandrea, ciudad fundada por Casandro, hijo de Antípater y gobernador de Grecia en la época de Alejandro, sobre el emplazamiento de Potidea. El otro conjunto: Diodoro Justino, Quinto Curcio, Plutarco y el autor de uno de los textos conservados en el manuscrito de Metz ⁹⁷, deriva sin duda alguna, aunque por supuesto, con contaminaciones y modificaciones personales, de una fuente principal; el relato de Clitarco, un jonio de Colofón, pero cliente de Tolomeo Soter ⁹⁸, y es la que se suele llamar la Vulgata.

El influjo mayoritario de las fuentes alejandrinas se explica claramente debido a un hecho político: la consecución por parte de Tolomeo Soter del cuerpo del héroe muerto en Babilonia y la edificación en Alejandría de un lugar de culto y peregrinación, la tumba de Alejandro, el Sema ⁹⁹. Nadie podía competir en este terreno con el soberano lágida. La dinastía real de Macedonia, por ejemplo, los antigónidas, ni siquiera lo intentó ¹⁰⁰.

No se puede, sin embargo, creer que podemos leer a Clitarco y Tolomeo, o a otras fuentes más directas, de forma transparente a través de Diodoro y Arriano, y que se puede considerar indiferentemente esta captación romana de Alejandro, tan importante en realidad como su captación lágida ¹⁰¹. Imaginémosnos que las obras de Esquilo, Sófocles y Eurípides no se nos hubiesen conservado más que a través de las «adaptaciones» que hizo Séneca en el siglo I, o mediante los resúmenes que a veces da Diem de Prusa en la época de Trajano, o quizá un poco antes ¹⁰²; ¿podríamos dejar de lado el estudio de Séneca o Dión, en nombre de una labor arqueológica

de un valor, por otra parte, bastante dudoso?

Para comprender mejor las dimensiones de este debate situémonos a una considerable distancia. Miguel Psellos (1018-1078) fue un erudito bizantino y, por lo tanto, un «romano», de un inmenso saber. Su cronografía es una de sus obras más famosas, y en ella relata la historia del Imperio de Oriente desde el 976 al 1077. Queriendo hacer el elogio del basileus Romano III y de sus virtudes militares, escribe Psellos con toda naturalidad que era capaz de «colocar sus tropas y hacerlas entrar en combate, practicar las emboscadas y aprovisionarse en territorio enemigo, cavar fosos y vadear ríos, tomar fortalezas y hacer todo lo que la tradición cuenta del gran Trajano y de los Adrianos, y remontandonos más atrás, de los Augustos y de los Césares, y más antiguamente todavía de Alejandro, el hijo de Filipo»¹⁰³. En este Imperio romano que se había convertido en griego, Trajano, Augusto y Alejandro forman parte de una misma serie, la de los antiguos reyes. El texto de Arriano fue uno de los elementos de esta doble asimilación. ¿Cómo se produjo?

Es una historia larga y difícil ésta de las relaciones entre Alejandro y los romanos¹⁰⁴. Dejemos ya de lado la anécdota, secundaria en cualquiera de los sentidos del término, y muy dudosa en el terreno de los hechos, fabricada probablemente para explicar etiológicamente la presencia de Alejandro en Roma y justificar la devolución del Imperio de los macedonios a los romanos. Según ésta, Alejandro habría recibido a una embajada romana, ya fuese en el 334, en vísperas del desembarco en Asia, lo que es totalmente absurdo, o bien en el 323 en Babilonia, entre los representantes de otros muchos pueblos¹⁰⁵. El propio Arriano se hace eco de ella, aunque de un modo escéptico, pero asegura, sin escepticismo alguno en este caso, que el conquistador, inquieto ante el ascenso del poderío romano, pensaba intervenir en el sur de Italia¹⁰⁶.

Cuando se habla de Alejandro en Roma se habla en realidad de muchas cosas, interrelacionadas entre sí, sin duda alguna, pero que conviene presentar aisladamente.

La primera de ellas es la de la tradición literaria latina sobre Alejandro, tradición que comprende a las grandes biografías, pero nada más que a ellas, y que comienza con Plauto, un poco antes o después de la segunda guerra púnica (202). Alejandro es -junto con Agatocles- el prototipo del gran capitán al que se sueña imitar¹⁰⁷. Muy rápidamente, hacia finales de la

época republicana, y durante mucho tiempo, esta imagen de Alejandro será una imagen doble. El conquistador es alabado y a veces incluso exaltado, pero también será criticado e incluso vilipendiado. Entre los estoicos romanos, que de este modo hallaban ocasión para exteriorizar sus odios políticos ¹⁰⁸, se dibuja un retrato en negro. No se contentarán con oponerlos a Jenócrates o al sabio Diógenes, rico al igual que antes de ellos Sócrates, por su saber y su sol ¹⁰⁹, sino que trazarán el retrato de un «bandido destructor de naciones», que tenía la «ferocidad de un rey bárbaro» ¹¹⁰. El retrato más duro será el de Lucano, en el poema épico que dedicó a Pompeyo ¹¹¹, Alejandro, «la peste del universo», un «ladrón afortunado» el «exterminador de los pueblos asiáticos», muerto en Babilonia y, sin embargo, reverenciado por los partos. Para mayor vergüenza de los romanos, los orientales tuvieron más miedo de la sarisa macedonia que del pilum romano. El momento en que se sitúa este retrato es muy significativo. Lucano lo pone en el momento en el que, tras haber sido asesinado Pompeyo, César va a desembarcar en la capital de los lágidas, del último estado fundado por los sucesores de Alejandro. Los temas principales de esta línea de argumentación hostil ¹¹² volvieron a ser desarrollados. En primer lugar, el tema de la degeneración: Alejandro, al penetrar en Oriente, se convierte a su vez en oriental, en otro Darío, en un tirano. Será de este modo como represente su papel principal en la Historia de Quinto Curcio, que insistirá mucho más de lo que hace Arriano sobre los episodios dramáticos, como el del proceso de Filotas y del asesinato de su padre, Parmenión, en el 330: «Ahí fue donde dio libre curso a sus pasiones (...), tomando como modelo la monarquía persa, tan absoluta en su grandeza como el poder de los dioses. Tenía el vivo deseo de contemplar a los vencedores de tantas naciones postrados en el suelo, para levantarlos y someterlos poco a poco a funciones serviles.» ¹¹³

El segundo tema es el de la comparación, en beneficio de los romanos, de sus virtudes militares y de las del jefe macedonio. El texto más típico en este caso es el largo excursus, «silenciosas reflexiones que se hacía con frecuencia», que Tito Livio consagra a este tema, tras haber narrado las hazañas del general romano L. Papirius Cursor, en el 319 a.C. ¹¹⁴. Comparación total que incluye a la vez a los generales y a las tropas, poniendo el acento sobre el «Gran Pompeyo» ¹¹⁵. Alejandro venció a los bárbaros de Oriente —al contrario que su tío materno, Alejandro el Moloso, rey de Épiro, muerto en el 330 en Occidente. Murió joven, sin tener tiempo de conocer, como Ciro o Pompeyo, la derrota y la tragedia. Se trata de un texto fundamental, que juzga a Alejandro en nombre de los valores

«pompeyanos», los de la oposición senatorial y de los privilegios de Italia, frente a la empresa unificadora y, en cierto modo, igualitaria, de César y los suyos.

Esta comparación será reutilizada en la época de los Antoninos, pero por parte de los autores griegos ¹¹⁶, y por Tácito a propósito de Germánico, general de destino breve y glorioso, sobrino de Tiberio y padre de Caligula, que hubiera podido, si hubiese vivido, superar a Alejandro ¹¹⁷.

Esta comparación, con todo lo que tiene de ambiguo, nos lleva a una segunda cuestión, la de la imitación de Alejandro, por parte de los dirigentes romanos, esos héroes que aparecen a partir de la segunda guerra púnica, los líderes carismáticos y, por último, los emperadores. Se tratará de nuevo de una larga historia —comienza con Escipión Africano ¹¹⁸ y durará por lo menos hasta Juliano, llamado el Apóstata, muerto en la guerra contra los partos, en el 363—, larga y discontinua.

Esta imitación se manifiesta en todos los niveles, incluido el divertido de Cicerón, que habiendo cortado en trozos, como procónsul de Cilicia (51 a.C.) a algunos montañeses hostiles a la presencia romana, no lejos de Icos, comprueba con satisfacción que había sido saludado como imperator en el mismo lugar en el que, según cuenta Clitarco, Alejandro había derrotado a Darío ¹¹⁹. El personaje clave en los prodromos de la «revolución romana» es claramente Pompeyo, convertido en «Magnus» desde el 81, tras haber vuelto de África, y vencedor de Mitrídates, tras haber sido investido de todos los poderes en el año 66 por la Lex Manilia, «Roma descubría que sin duda alguna un rey no podía ser combatido más que por un príncipe» ¹²⁰. Pompeyo llevó muy lejos la imitación de Alejandro. Encontró la clámide del héroe entre los bagages de Mitrídates y se la puso. Como Alejandro, él era el par de Heracles y Dioniso. Y mandó grabar en una inscripción destinada a conmemorar su triunfo el nombre de Darío, rey de los medos ¹²¹, entre los de los reyes derrotados. ¿Se lo tomaba en serio? Se trata de un asunto ideológico que es a la vez de tipo literario. Un faraón era a la vez un dios y un hombre. En el siglo siguiente, Pompeyo será «Magnus» para Lucano, el enemigo de Alejandro (y de Nerón), pues así lo denomina todo a lo largo de la Farsalia, pero el vencedor de Oriente también será llamado «Sampsigeramo» por parte de Cicerón —tomando un nombre de un rey de Emesa—, quien también era a veces pompeyano, cuando escribía su correspondencia. Pompeyo tendrá sus sucesores, primero en la persona del César ¹²², luego, en la de Caligula —dejemos por

el momento de lado el caso de Octavio Augusto, al que habrá que estudiar después junto con otro imitador de Alejandro, Marco Antonio— y de Nerón. De este modo, Caligula habría tomado una coraza, que solía llevar, de la tumba de Alejandro. Y la idea que se le ocurrió de nombrar cónsul a su caballo Incitatus, ¿no proviene del homenaje rendido por Alejandro a Bucéfalo, que también se convirtió en el epónimo de una ciudad de la India? ¹²³.

Se trataba de personalidades destacadas, para quienes la imitación de Alejandro no era más que un procedimiento, que llegaría a ser banal con el transcurso del tiempo, de glorificación que se hacía a escala de todo el imperio. Quizá la muerte de Nerón suponga un corte y será sólo después con Trajano y la guerra pártica (114-117) cuando el tema vuelva a aparecer en nuestras fuentes ¹²⁴, aunque con alguna prudencia. Un nuevo entusiasmo aparecerá con Commodo y, sobre todo, con Caracalla (211-218), que llamaba al rey de Macedonia el Augusto de Oriente ¹²⁵ y con «Alejandro Severo» (222-235), primer emperador que habría tomado el nombre del conquistador, que creía haber nacido el día del aniversario de la muerte del héroe y cuya nodriza se llamó Olimpia, como la esposa de Filipo ¹²⁶.

No podemos dejar de sorprendernos por una paradoja, que nos lleva a plantear, junto con algunas otras, una cuestión capital. Pompeyo fue el imitador de Alejandro por excelencia, pero la tradición historiográfica y literaria llamada «pompeyana» (por ejemplo, Tito Livio en la época de Augusto, y muchos decenios después que él, Lucano), y luego «senatorial» (Tácito, Suetonio), le fue por lo general hostil ¹²⁷. Explicar esta paradoja es en realidad lo mismo que plantear el problema de la integración política de Alejandro, es decir, de los valores políticos que representaba en un mundo romano que se había expandido desmesuradamente.

Se trata de una larga historia, pero que siempre tiene el mismo sentido. En el 146 a.C., Cecilius Metellus, vencedor de la Macedonia insurrecta y que fue luego convertida en provincia, coloca en el Capitolio un grupo escultórico de Lisipo, que representaba a Alejandro rodeado de sus camaradas caídos en Gránico ¹²⁸. Un ejemplo sin duda clásico del procedimiento que trataba de atraer hacia el bando de los vencedores a los dioses y los héroes de los pueblos vencidos. Contrariamente a lo que a veces se ha sostenido, y que incluso yo he aceptado, no es cierto que los romanos hayan prohibido tras la derrota de Perseo, último rey de

Macedonia, en 168, la circulación de monedas con la efigie de Alejandro ¹²⁹. Los dejaron desaparecer y harán acuñarlas por su cuenta, entre el 92 y el 88 a.C., creyendo indudablemente que el rey podría de este modo llegar a ser su aliado ¹³⁰.

César fue asesinado en los idus de marzo del 44, en el momento en el que iba a ser proclamado rey por el Oriente. Será Marco Antonio quien recoja su legado directo de imitador de Alejandro. El hijo que tuvo de Cleopatra se llamó Alejandro Helios e hizo que lo vistiesen con la moda macedonia. Multiplicó las fiestas y procesiones dionisiacas con las que creía imitar a su modelo ¹³¹.

Octavio Augusto practicará una forma de imitación mucho más sutil ¹³². Restaurador de la República en Italia, príncipe en apariencia según Pompeyo, será César y rey de hecho del Oriente, y faraón en Egipto. Su biografía comprende numerosos rasgos tomados directamente de la historia de Alejandro ¹³³; llevaba un sello con la efigie del rey y llenó su forum de retratos y recuerdos del macedonia ¹³⁴. Los rasgos característicos de su persona fueron, sin embargo, muy discretos y nos muestran la existencia de una propaganda de la que no poseemos ningún testimonio contemporáneo. Cuando en las Res Gestae, su autobiografía póstuma, enumera los pueblos que le han enviado embajadores, desde los indios a los medos, y los reyes que vinieron ante él como suplicantes ¹³⁵, está claro que se está haciendo eco de las embajadas llegadas a Babilonia el 323 ante el nuevo señor del universo, embajadas que comprendían, según dos historiadores griegos, Aristos de Salamina y Asclepiades (también chipriota), una delegación romana ¹³⁶.

Hay un gesto de Octaviano que será muy característico. Vencedor en Actium, desembarca en Egipto, que añade, según la fórmula de las Res Gestae, a las posesiones del pueblo romano: «se hizo mostrar un sarcófago y el cuerpo de Alejandro Magno, al que retiró de su tumba y le rindió homenaje colocando sobre su cabeza una corona de oro y tapizándole de flores, pero cuando se le preguntó si también quería visitar las tumbas de los tolomeos, dijo que «había querido ver a un rey, y no a muertos» ¹³⁷. El símbolo del gesto está perfectamente claro. Los reyes están muertos, Alejandro es el único rey al que se puede identificar con Augusto. Es él quien pondrá así fin a la historia política del mundo helenístico y con razón los historiadores han elegido la batalla de Actium como el hito que pone fin a esta historia. Simbólicamente, el gesto de Octaviano anula la historia

helenística, nacida de las escisiones que siguieron a la muerte de Alejandro. Pero no se trata aquí de la mera exaltación de una persona; como indica D. Kienast ¹³⁸, Augusto saludó a los alejandrinos en griego. Será a partir de entonces el dueño de un imperio bilingüe, construido sobre dos culturas, de la que una depende de la otra. La política de Augusto en este campo será ambigua. Todas las apariencias están a favor de una primacía otorgada a la cultura latina y a los valores tradicionales ¹³⁹, en Italia. En la epopeya nacional que redactó para él, Virgilio no menciona a Alejandro, pero, como ya hace tiempo ha demostrado E. Norden, los versos de la Eneida dedicados a Augusto están copiados de los elogios tradicionales dirigidos a Alejandro, señor del mundo civilizado y de más allá ¹⁴⁰, pero de ello sólo podía ser consciente el lector helenista. Se tratará realmente de una tentativa perfectamente consciente de asimilación. Sin embargo, a escala histórica, la impresión es diferente. Hay una ruptura con lo que había sido la política senatorial con respecto al helenismo. Se habían puesto los cimientos de un imperio romano-griego. No se combate bien más que lo que se asimila. De ese modo, Augusto fue en Oriente a su modo el heredero de Marco Antonio, e incluso el de Mitrídates. De ese modo pudo asumir el legado de Alejandro ¹⁴¹.

Situémonos ahora entre los intelectuales griegos de la generación de Arriano, de la que lo precede y de la que lo sigue. El paralelo entre Alejandro y los romanos continúa, pero sin tener, ni con mucho, la brutalidad de antaño. Plutarco lo trató en su juventud en dos pequeños tratados en los que hizo el balance, para unos y otros, de su propia virtud y del azar que pudo favorecerles ¹⁴². La palabra arete (virtud, valor) no aparece más que en el título del opúsculo dedicado a Alejandro, lo que inclina la balanza hacia su lado. En las Vidas paralelas, Alejandro ¹⁴³ es comparado con César, con «César que derrotó a Pompeyo» ¹⁴⁴. Al utilizar esta perífrasis, Plutarco distingue claramente a César de Augusto, al que también llama César ¹⁴⁵, pero recuerda por lo general que César había vencido al que había sido Magnus.

Tras la muerte del «tirano» Domiciano, en el 96, Dión de Prusa pudo presentar a sus sucesores, sobre todo a Trajano, los tratados sobre el buen gobierno que reunían paradójicamente a Alejandro y Diógenes y reoccidentalizaban, con algunas precauciones, a Alejandro, convertido en héroe del helenismo frente a un gran rey de Persia ¹⁴⁶. Entre el conquistador mundial (Welteroberer) y el organizador mundial (Weltordrier) ¹⁴⁷, la balanza se inclinó hacia el segundo de los dos lados. Eso no quería

decir que los viejos temas «pompeyanos» o «republicanos» desapareciesen. Se hallan presentes en Dión, aunque mezclados con otros. Se encuentra en la Retórica del Pseudo Elio Arístides durante el siglo II, en la que la orientalización de Alejandro se ve de nuevo acentuada ¹⁴⁸. Y en el propio Arístides vuelve a aparecer de nuevo el tema de la superioridad del Imperio romano, que posee una naturaleza universal. ¿Donde están las leyes dadas por Alejandro a los diferentes pueblos? ¿Qué ejército o que administración imperial constituyó? «La única obra, el unico monumento que dejó que no sea indigno de la nobleza de su naturaleza, me refiero a la ciudad que lleva su nombre y está situada junto a Egipto, la fundó para beneficio nuestro (de los romanos), para que fuese nuestra, y para que se convirtiese, después de la nuestra, en la mayor ciudad de nuestro imperio; ¹⁴⁹. El propio Arriano, que saca de nuevo el tema de la confrontación entre Diógenes y Alejandro ¹⁵⁰, no es ajeno a esta tradición «republicana» y «pompeyana». Cuando expresa su escepticismo acerca del encuentro entre Alejandro y los romanos, escribe: «Es inverosímil que la República romana, que por aquel entonces había alcanzado sus más altas cotas de libertad, hubiese enviado embajadores ante un rey extranjero y, sobre todo, tan lejos de su patria, sin estar impulsada por el temor o por la búsqueda de algún provecho, cuando el pueblo romano alimentaba un odio singular contra los reyes, e incluso contra el mismo nombre del rey» ¹⁵¹. Pero este republicanismo de boquilla no es más que una máscara. Los romanos de Arriano «han tomado todo lo que había de bueno en todas partes y lo han asimilado» ¹⁵². De este modo, los romanos habrían aprendido de Alejandro a gobernar Egipto ¹⁵³. Pero Arriano las enseña retrospectivamente a Alejandro a construir un puente al modo romano, y es incluso una de las escasas intervenciones como ingeniero militar, en este caso como un especialista genial, que se permite en la Anábasis, aun reconociendo que sus fuentes no dicen nada sobre este asunto ¹⁵⁴.

Todavía dos palabras más acerca de la romanización de Alejandro. La primera de ellas, para destacar aún más el sentido de la universalidad, de la romanidad del personaje. Caracalla era, como sabemos, philalexandrotatos, extremadamente favorable a Alejandro ¹⁵⁵. Esta imitación de Alejandro tenía sin duda alguna fines personales y militares, llegó incluso a fundar una falange ¹⁵⁶. Se entusiasmó por un oficial y asumió la defensa de un ladrón, sólo porque se llamaba Alejandro ¹⁵⁷, y no es posible olvidar que será el propio Caracalla quien, en el 212, mediante la Constitutio antoniniana, otorgue la ciudadanía romana a todos los habitantes del Imperio ¹⁵⁸.

El personaje del macedonio todavía podía atraer a las masas y excitar las imaginaciones. Bajo Heliogábalo, en el 221, un «Alejandro», un auténtico falso mesías o pseudo-fantasma, atormentó a las regiones danubianas de Mesia y Tracia, seguido por sus 400 servidores con disfraces dionisiacos, siempre alimentados a costa de las autoridades locales. Llegaron en barco hasta Calcedonia, donde desaparecieron no se sabe cómo.¹⁵⁹

Y unas palabras también para recordar que la historia es compleja y que ninguna labor es unívoca ni ninguna fuente pura. Cuando Trajano, en el 114, se lanzó a la guerra pártica, en la que Arriano pudo haber participado¹⁶⁰, y que en cualquier caso relató, ¿se creyó un nuevo Alejandro?¹⁶¹ En el siglo siguiente, Dión Casio lo dirá claramente. Se volvió a ver un ejército romano sobre el campo de batalla de Gaugamelas¹⁶². Y el emperador, viendo en las orillas del golfo Pérsico salir un barco para la India, lamentaba no poseer la suficiente juventud para que le permitiese (como a Alejandro) llegar a ese país. Escribió al Senado que «había llegado más lejos que Alejandro» y hecho un sacrificio en Babilonia en la casa en la que había muerto el héroe¹⁶³. ¿Estamos ante lo que había inspirado a Arriano, ante su *primum movens*? No es cierto, en modo alguno. Ningún documento contemporáneo, ninguna moneda, por ejemplo, testimonia directamente esta imitación de Alejandro por parte de Trajano, y no puede excluirse que Arriano haya sido la fuente de Dión Casio¹⁶⁴. Hemos ante un círculo vicioso, del que no siempre es fácil salir cuando se trata de Alejandro y de Arriano.

IV. Entre las palabras y las cosas

Hay que resignarse: uno de los mayores acontecimientos de la historia universal, equiparable al descubrimiento de América o a la aventura napoleónica, no nos es conocido más que por textos de los que el más cercano, el de Diodoro, le es tres siglos posterior, y de los que el mejor y más crítico, el de Arriano, fue redactado cuatro siglos y medio después de la muerte de Alejandro. Hay que resignarse pero no es fácil. También la historiografía ha hecho todo lo posible para desembarazarse de esta herida abierta. ¿Pero cómo desembarazarse definitivamente? La técnica más simple consiste evidentemente en decir que Arriano no es Arriano, que es

transparente, y que refleje una realidad diferente a él mismo. Uno puede sentirse tanto más tentado a afirmarlo cuanto que él mismo nos lo dice en ese preámbulo público que precede a lo que he denominado un preámbulo secreto pero orgulloso¹⁶⁵: «en la obra que cada uno de ellos ha consagrado, Alejandro, hijo de Filipo, hay pasajes en los que Tolomeo, hijo de Lago y Aristóbulo, están de acuerdo; seguiré estos pasajes en mi relato considerándolos como totalmente verídicos, pero cuando diverjan elegiré la versión que me parezca más digna de ser creída y mencionada». Y Arriano da sus razones: Tolomeo era a la vez un miembro de la expedición y un rey, como Alejandro (o como los señores sucesivos de Flavio Arriano, Trajano y Adriano), Aristóbulo había participado, sin duda como soldado, en la expedición de Alejandro, y es entonces un testigo ocular. Un rey no sabría mentir, dice Arriano¹⁶⁶, y un soldado, aunque quiera, «no sabe ocultar bien la verdad». En la literatura historiográfica antigua, citar sus fuentes, sus predecesores, sin criticarlos, es algo extraño. No es que Arriano crea «desvanecerse» tras sus «fuentes». Juega al juego de la mimésis y cree superar a sus predecesores por la calidad de su lengua ática: Tolomeo y Aristóbulo escribían en griego «común». El verdadero agón, citado en el preámbulo secreto, no será con Tolomeo, sino con Homero¹⁶⁷. Además, es necesario tener en cuenta que en cualquier caso el agón de un historiador antiguo contra sus predecesores no se parece casi en nada a lo que en la actualidad llamamos la competencia y la rivalidad científicas. Como ha dicho con mucho acierto Paul Veyne: «A veces, ocurre que el historiador antiguo indica que sus "autoridades" divergen en algunos puntos, o incluso declara que renuncia a saber cuál puede ser la verdad sobre un determinado punto, ante la divergencia de las versiones. Pero estas manifestaciones de espíritu crítico no forman un aparato de pruebas y variantes que sostendrían al texto, de la misma manera que lo hace todo el aparato de citas que cubre los bajos de las páginas de nuestros libros de historia: se trata únicamente de pasajes difíciles o dudosos y de detalles sospechosos. El historiador antiguo cree ante todo, y no duda más que acerca de los detalles en los que ya no puede seguir creyendo»¹⁶⁸. Esto es cierto, y no podría definirse mejor la intención de un historiador antiguo, pero aún dicho esto, para nosotros, los modernos, ¿puede haber sido Arriano lo que él pretende ser, una especie de escriba transparente? «Su desgracia consiste en que se le creyó, a la vez que, por decirlo así, se le vació de su obra»¹⁶⁹. Es una suerte el poder inspirarse en testimonios directos más que en relatos de segunda mano, como el de Clitarco. Tolomeo es una fuente importante, pero no es la verdad, aunque tengamos la costumbre de buscarla en la boca de los reyes y nada más que en ellos.

Para dar una estadística rústica, Tolomeo aparece en 42 episodios de la Anábasis, mientras que Seleuco, fundador de la dinastía rival, no aparecerá más que siete veces. En cuanto a Perdicas, que será el personaje más importante tras la muerte de Alejandro —a él sería a quien, según la vulgata, el rey moribundo dio el anillo de mando—¹⁷⁰ no es mencionado más que 24 veces¹⁷¹. Tolomeo está presente, hasta tal punto que su nombre ha dado lugar a muchos homónimos, que Quinto Curcio no conocía, o no parecía conocer¹⁷².

Un episodio se ha vuelto famoso. Arriano trata de matizarlo: cuando Alejandro fue herido entre los mallos, Tolomeo —su propio relato lo atestigua— no estaba presente. Y todavía menos pudo haber contribuido a salvar al rey, obteniendo de este modo el sobrenombre de «Soter», que, como rey, llevaría a Alejandría. Pero Quinto Curcio, que nos proporciona la misma información, indica incluso que esta leyenda estaba recogida por Clitarco¹⁷³. No está claro que Tolomeo haya estado presente en todas las grandes batallas desde el principio. No es cierto de forma indudable más que de la batalla de Issos¹⁷⁴. Su primera misión importante data de la primavera del 329, cuando partió para hacerse entregar Bessos¹⁷⁵. En conjunto, la visión de la guerra de Tolomeo es «el punto de vista técnico y seco de un oficial»¹⁷⁶.

Aristóbulo era, por su parte, un observador práctico, un buen conocedor de la hidrografía, de la vegetación y de la arquitectura¹⁷⁷. De modo general, lo que entre los historiadores parece haberle dado una gran reputación es su moderación¹⁷⁸. Alejandro, en su opinión, no habría cortado el nudo gordiano, se habría contentado con quitar la clavija del timón, lo que le permitió separar el yugo. El propio Arriano no sabe qué pensar¹⁷⁹. La moderación no siempre puede constituir una virtud en un historiador. ¿Dirigió Alejandro, según Quinto Curcio, en el otoño del 325 en Carmania una bacanal— que hizo soñar al historiador Georges Radet¹⁸⁰, pero cuya existencia es negada por Aristóbulo? En su opinión, «Alejandro ofreció en Carmania sacrificios de acción de gracias por su victoria sobre los indios, y en nombre de su ejército, que había conseguido huir del exterminio en Gedrosia, organizó juegos artísticos y deportivos¹⁸¹». Para poder tomar partido sería preciso llevar a cabo un inmenso esfuerzo de erudición y crítica, que nos llevaría a deducir probabilidades, pero nunca certidumbres¹⁸².

En el 327, Calístenes, sobrino de Aristóteles el historiador oficial de la expedición —por supuesto, esta historia se ha perdido—, fue hecho responsable de la «conjura de los pajes»¹⁸³. ¿Murió bajo tortura?¹⁸⁴ ¿O fue colgado, tras haber sido torturado, como dice Tolomeo?¹⁸⁵ ¿O fue, según Aristóbulo, cargado de cadenas y llevado en torno a todo el ejército, muriendo por enfermedad?¹⁸⁶. Aún queriéndolo, Arriano no sabe cómo escoger entre todos estos testimonios igualmente dignos de fe¹⁸⁷. Y cuando lo vemos pasar rápidamente sobre un episodio tan importante como la autodivinización de Alejandro durante su visita al oasis de Ammón¹⁸⁸, no se pregunta si podemos confiar en la discreción de Tolomeo, que se apodera del cadáver de Alejandro para enterrarlo no junto a Armón, sino en Alejandría¹⁸⁹.

Sin embargo, la búsqueda de una base irrefutable en la historiografía de Alejandro ha calado al personaje de Tolomeo. Si fue un testigo, e incluso el testigo capital, no es porque fuese rey, sino porque disponía de una fuente oficial irrefutable: nada menos que el diario, las Ephémérides de la corte de Macedonia, documento que proporcionaba una reseña detallada de la actividad del rey y que se remontaba por lo menos hasta Filipo. Tolomeo habría sido el propietario, al igual que del cuerpo de Alejandro, de este documento fundamental, y mediante Tolomeo, Arriano nos proporcionaría su reflejo¹⁹⁰. Esta teoría tendrá una larga vida: el último biógrafo de Alejandro, por ejemplo, creía saber que a la muerte del rey este diario, que estaba en posesión del jefe de la cancillería real, el griego Eumenes de Cardia, no constaría de menos de veinte tomos actuales¹⁹¹.

La realidad parece mucho más modesta, y lo que sabemos de las Ephémérides, con excepción de algunas alusiones, no se refiere más que a las últimas semanas de la actividad de Alejandro, sobre todo al relato, oficial, de su última enfermedad y su muerte, relato utilizado, y citado, con variantes de detalle, a la vez por Arriano y por Plutarco¹⁹², y también por un representante de la Vulgata. Habría que preguntarse por qué, entre los relatos provenientes de la Antigüedad, son siempre los que describen la muerte: muerte colectiva de los atenienses víctimas de la peste en el libro II de Tucídides, muerte de Sócrates en el Fedon, y, por último, muerte de Alejandro, los que parecen ofrecernos un eco directo de lo real. Curioso problema éste de la relación entre la muerte y la verdad en la historiografía antigua. ¿Habría que invocar el estatuto de la medicina griega como ciencia? Sin embargo, se trata de relatos enigmáticos, puesto que el

secreto de las enfermedades que golpearon a Atenas o a Alejandro sigue siendo todavía objeto de disputas ¹⁹³. Las Ephémérides no se han liberado de la sospecha de manipulación. Se les ha acusado de destacar maliciosamente la ebriedad del rey ¹⁹⁴. Se ha sostenido también, más razonablemente ¹⁹⁵, que los últimos cuadernos habían sido publicados en el 319 por Antipater, acusado por sus adversarios y, sobre todo, por Perdicas, de haber hecho envenenar al rey ¹⁹⁶. Publicación ocasional no significa necesariamente texto ocasional, pero las Ephémérides son un texto, no una roca.

Hay que renunciar, pues, a la consoladora teoría de la fuente única, y también, por supuesto, porque no lo tenemos, a la idea del Diario Oficial del Imperio o al diario de campaña del rey, y anunciar en todo lo que se refiere a Arriano.

Arriano no sabría ser la única fuente de una historia contemporánea de Alejandro y además nunca estuvo más que al nivel de las afirmaciones de principios, que se veían rápidamente desmentidas por los hechos ¹⁹⁷. El culto de Arriano, el Arriankultus, antaño denunciado por Georges Radet, no tiene razón de ser ¹⁹⁸. El propio Arriano no es una fuente única que habría sido simplemente coloreada por el ayudante Aristóbulo. Es cierto que a veces tomó claramente partido, pero utilizó ampliamente «obras variadas sobre Alejandro» y mencionó «hechos recogidos por otros historiadores», que «ha conservado porque también le parecían dignos de ser mencionados y no totalmente carentes de fundamento» ¹⁹⁹. ¿Qué historiadores? De la minuciosa investigación a la que se ha dedicado H. Tonnet ²⁰⁰ se concluye que Arriano conoció la Vulgata no directamente bajo la forma del libro de Clitarco, sino bajo una forma evolucionada, la que se encuentra sobre todo en Justino ²⁰¹. Arriano también conoció, utilizó a veces y otras la criticó, una fuente que no está representada más que por la novela de Alejandro del Pseudo Calístenes, prueba, sin duda alguna, de que era mucho menos tajante que algunos de sus modernos discípulos ²⁰²

La historia de Alejandro no se presenta, pues, como la de una tradición manuscrita, por la que, y a partir de la que se puede construir un stemma, que a su vez permite distinguir las buenas lecturas de las malas. No se trata de nada similar. Elegir a Arriano en contra de la Vulgata sería en cierto modo tan falaz como elegir únicamente a Juan frente a los Sinópticos para estudiar la vida de otro personaje célebre y mal conocido. Pero es cierto que, muy frecuentemente, los debates entre los historiadores actuales no

hacen más que retomar y ampliar las oposiciones —y los debates— entre los relatos legados por la propia Antigüedad ²⁰³.

Hay, pues, que resignarse a jugar un difícil juego, el de considerar todo relato o fragmento de relato como una fuente tanto acerca de lo «real» como sobre lo imaginario, sobre las representaciones que no siempre pueden discernirse y que han evolucionado con el transcurso de los siglos.

¿Hay que renunciar, por ejemplo, a leer en Quinto Curcio que el cadáver de Alejandro, seis días después de su muerte, todavía estaba fresco e intacto?²⁰⁴.

Comprender y comparar este episodio implica —la prueba ya se ha hecho²⁰⁵— un largo rodeo que pasa a través de la lijada y las aventuras paralelas del cadáver de Héctor, llegando hasta las vidas de los santos. Pero elegir entre lo «real» y el mundo de las «representaciones» no siempre es cosa fácil ²⁰⁶. Tratándose, por ejemplo, de la India, tierra de maravillas para los griegos a partir de Herodoto, lugar de la fabulación por excelencia, el relato de Arriano, en el libro VIII (Indike) es extrañamente factual, e incluso pedestre. A comienzos del libro VII ²⁰⁷ cuenta Arriano que Alejandro conversó con los sabios indios, los «gimnosofistas», que le hablaron así: «Rey Alejandro, la única tierra que posee cada hombre es el trozo sobre el que cada uno de nosotros está situado; y tú no te diferencias en nada de los demás hombres, excepto porque, excitado y demasiado orgulloso, te has alejado de la tierra de tus padres y has recorrido toda la tierra, creándote molestias y molestando a los demás. Sin embargo, pronto estarás muerto y no poseerás más que la tierra necesaria para inhumar tus restos». Este adagio indio, que el propio Arriano compara con una famosa expresión de Diógenes de Sinope ²⁰⁸, tiene muchas probabilidades de ser en realidad una diatriba cínica. Pero Calanos, otro gimnosofista que se quemó fuera de la vista de Alejandro, pero ante la presencia de todo el ejército, para huir de la degradación y la enfermedad ²⁰⁹ quizá haya sido un personaje histórico. Y se convirtió en un *exemplum* familiar para historiadores y retores. También Flavio Josefo lo hará aparecer en el discurso de Eleazar, en el momento del final de Masada ²¹⁰. No es, sin embargo, en Arriano, sino en Plutarco ²¹¹, donde Georges Dumézil ha podido hallar, mediante comparaciones textuales extremadamente precisas, algunos indicios de una auténtica sabiduría india...²¹².

«El relato, se ha dicho, es una trampa» ²¹³. Tratándose de un episodio como el de la aventura de Alejandro, que se confunde con una marcha y con una vida, es muy difícil salir del relato, del modelo narrativo que nos han impuesto los antiguos historiadores de Alejandro. Más allá de las palabras, y de su debilidad, ya denunciada desde Platón, ¿se puede llegar a la dureza de las cosas? La arqueología, gigantesco campo desde el que se ha tratado de evaluar y analizar las consecuencias de la Anábasis de Alejandro, es de poca ayuda cuando de lo que se trata es de seguir las huellas de un ejército. A lo más, podrá señalar la existencia, en un templo egipcio de Luxor, del que proviene el célebre obelisco, de una capilla consagrada al Alejandro-Faraón, lo que podría dar crédito al relato, que no se halla más que en el Pseudo Calístenes, de la coronación de Alejandro en Menfis, en el santuario de Hefesto, es decir, de Ptah ²¹⁴.

«Alejandro reconocía en su victoria de Hydaspes la prueba irrefutable de su divinidad. El "decadrama de Poros" no deja duda alguna acerca de este punto» ²¹⁵. La afirmación es muy categórica para ser un autor que no suele abusar de este tipo de afirmaciones ²¹⁶. El decadráma de Poros (Porus) es una moneda —o más bien, una medalla— de plata, acuñada posiblemente en Babilonia en el 323, el año de la muerte de Alejandro ²¹⁷, el año también en el que recibió a los «teoros portadores de coronas» y a los «embajadores provenientes de todos los países» que venían a saludar al basileus. En el anverso, «Alejandro, montado sobre Bucéfalo, persigue al rey Poros, cabalgando sobre su elefante» Digamos, más bien, a un personaje al que los relatos, como, por ejemplo, el de Arriano ²¹⁸, permiten la identificación con el rey Poros, vencido en la batalla del Hydaspes, última batalla campal protagonizada por Alejandro, en el año 326. En el anverso, el rey, en traje macedonio, «sostiene un rayo con la mano derecha» -lo que lo asimila a Zeus-, mientras que una Niké estefanófora (una victoria que lleva una corona) «vuela hacia él para coronar al "dios invencible"».

No hay duda alguna de que se trata de un documento esencial, si es cierto que por vez primera «un soberano se hacía representar en las monedas». Pero la moneda es anepígrafa ²¹⁹, es «conmemorativa» y nos informa, como mucho no sobre el 326, sino sobre el 323. Los nombres, los mismos conceptos utilizados no están proporcionados por el propio documento —comenzando por la noción de «dios invencible»—, sino por un amplio contexto del que forman parte los relatos. ¿Hay que darle entonces ese alcance absoluto?

A su manera, los estudios geográficos nos han proporcionado indicaciones más sustanciales: las montañas y las colinas, al contrario que los campos y los ríos, no cambian de lugar y debemos a exploradores contemporáneos muchas identificaciones ²²⁰.

Queda lo que es a la vez piedra y escritura, cosa y texto, a veces sospechosa de ser contemporáneas del héroe —como las montañas— y que por ello fascina todavía más que las monedas o los montes, y que sirve como punto de partida absoluto; me refiero a las inscripciones.

Al igual que a nosotros, éstas, en cuanto que constituyen un modo de expresión destinado a la eternidad, han fascinado también a los antiguos. Así, hay inscripciones imaginarias, como las que reproduce Filóstrato, por ejemplo, en la Vida de Apolonio de Tiana, o como la inscripción grabada sobre un anillo alrededor de las defensas de un elefante, hallada por el mago y su compañero Damis, cerca de Taxila: «Vieron a un elefante al que los indígenas perfumaban con mirra y adornaban con cintas, se trataba de uno de aquellos que habían combatido con Poros contra Alejandro, y que, como se había batido con valor, Alejandro había consagrado al sol. Tenía, decían, anillos de oro en torno a sus colmillos (o cuernos), y sobre estos anillos, una inscripción en griego que decía: «Alejandro, hijo de Zeus, ha consagrado al (elefante) Ajax al sol». Porque le había puesto este nombre al elefante, pensando que un gran animal merecía un gran nombre»²²¹. Y cuando en la misma página llega al Hyphasis, fin de la expedición de Alejandro, límite que el rey marcó, según Arriano, con la construcción de 12 altares sin que se haga mención de ninguna inscripción ²²², sus compañeros y él encontraron inscripciones: «A mi padre, Ammón; a mi hermano, Heracles; a Atenea Providencia, a Zeus Olímpico, a los Cabiros de Samotracia, al Sol indio y al Apolo deífico». También contaron que había una columna de bronce sobre la que estaba escrito: «Aquí se paró Alejandro» ²²³ Por lo menos, Filóstrato nos previene, si los altares eran obra de Alejandro, como pretende la tradición histórica, la columna, por su parte, habría sido elevada por los indios ²²⁴. Ocurre lo mismo con las inscripciones mencionadas, que probablemente fueron grabadas, pero que no se han conservado. Como con la más célebre de todas ellas, que fue grabada sobre el Partenón con los escudos enemigos recogidos tras la victoria de Gránico (334): «Alejandro, hijo de Filipo, y los griegos, excepto los lacedemonios, sobre los bárbaros que habitan Asia» ²²⁵. Se hallaron escudos sobre los muros del templo, pero, por supuesto, no 300, y tampoco la inscripción.

También hay inscripciones reales, más o menos mutiladas, más o menos restituidas; no obstante, son fuentes directas, pero incomprensibles sin la ayuda de los relatos, que nos proporcionan las excavaciones o los hallazgos fortuitos²²⁶; como, por ejemplo, ese documento insigne: decisión de Alejandro permitiendo a la ciudad de Quíos volver a acoger en su seno a los ciudadanos exilados, un acto real por excelencia²²⁷.

Tomemos, un poco pérfidamente, el ejemplo de la última inscripción de este tipo en haber sido descubierta y comentada. Se trata de una base inscrita, hallada en el santuario de Leto (Letoon) en Xantos de Licia, en un conjunto tardío reutilizado que data de la época imperial y contiene estas palabras: «Alejandro rey (ha consagrado)». El autor del descubrimiento, Christian Le Roy, ha tratado de comparar este documento con otros²²⁸. ¿Se trata de un documento directo, huella del paso de Alejandro por Licia?²²⁹. Únicamente Plutarco da sentido a semejante estancia: «Hay en Licia, cerca de la ciudad de Xantos, una fuente que, según se dice, se salió por aquel entonces de su lecho sin causa aparente y se desbordó, arrojando del fondo de su lecho una tablilla de bronce en la que podía verse escrito que el Imperio de los persas se iba a acabar, destruido por los griegos. Animado por esta predicción, Alejandro se apresuró a limpiar la costa hasta Fenicia y Cilicia²³⁰». A partir de Plutarco, se puede, según Christian Le Roy, trazar toda una evolución. El oráculo de Delfos había prometido al joven rey la victoria durante el invierno del 335-334; «Eres invencible, hijo mío». En Gordion, en Frigia, se le garantizaba en la primavera del 333 el gobierno real sobre todo el mundo habitado, y el oráculo de Ammón, durante el invierno del 332-331: «confirma la filiación divina de Alejandro y le otorga, pues, su derecho al dominio del mundo 73'». En esta serie el oráculo de Xantos, dado durante el invierno del 334-333, se situaría tras el de Delfos y antes del de Gordion. «En esta obra de arte que fue la vida de Alejandro, tal como él y los historiadores que le fueron próximos quisieron hacer ver a las generaciones futuras, en esta ascensión que transformó al joven general en un dios soberano, el oráculo de Xantos ocupó por lo tanto un lugar significativo²³²». Estamos ya muy lejos de esta inscripción.

¿Pero se trata de la vida de Alejandro propiamente dicha, o de la que escribió Plutarco? Plutarco, nos dice Goukowsky, «no es un historiador, sino un mago que, a fuerza de arte, construyó piezas y trozos de una arquitectura encantada²³³», que es preciso entender antes de destruir. La serie construida por Christian Le Roy, ¿existe fuera del texto de Plutarco?²³⁴ ¿El episodio de Xantos no entraría en contradicción con el de

Gordion, y Plutarco no habría aunado más o menos hábilmente el uno y el otro? «Ante los revoltijos cocinados en los santuarios con destino a los papamoscas, nunca sobra un poco de escepticismo». La inscripción de Xantos, si seguimos este razonamiento, no habría sido grabada para mayor gloria de Alejandro, ni por orden de Alejandro, sino para la del santuario y por iniciativa de sus dueños²³⁵, y los mejores especialistas que pueda haber en materia de epigrafía griega, basándose sobre todo en la forma material de la inscripción, han sido tajantes en este sentido: «Tiene el aspecto de ser una dedicatoria hecha por orden y bajo la iniciativa de la corte real. Podríamos incluso preguntarnos si los Xantios no quisieron recordar el paso del rey más o menos tiempo después del acontecimiento»²³⁶. No hay ningún documento «directo» más que pueda ser utilizado por el razonamiento histórico²³⁷.

V. Alejandro y los cazadores negros

Pongamos un ejemplo. Nada hay más concreto que la guerra y las batallas, ni nada más abstracto, como sabemos a partir de Tucídides, que un relato de batalla en el que todo debe estar ordenado de acuerdo con una lógica que no sea siempre la del arte o la simple práctica de la guerra. Ningún autor antiguo ha tratado de dar, como Stendhal, la palabra a los que viven la batalla como desorden y confusión. Somos, pues, deudores de unos relatos que no sabemos siempre quién pudo haberlos inspirado, ni para qué fines. Relatos a veces contradictorios. El ejemplo clásico es el de la primera batalla campal, la de Gránico en el 334. Arriano explica que Parmenión y Alejandro no estaban de acuerdo acerca del momento de iniciar la acción: ¿había que esperar al alba y sorprender al enemigo o que atacarlo directamente, con el riesgo de llegar a la otra orilla del río «en desorden y en columna de uno, formación vulnerable si la hay», con la certidumbre de ser atacado «por una caballería enemiga en formación impecable²³⁹? Pero en Diodoro no hay ninguna mención de la disputa entre los dos: «Al llegar el día, Alejandro hizo que sus tropas vadearan rápidamente el río, y tomando al enemigo por sorpresa dispuso su ejército en orden de batalla». Ese era, según Arriano y Plutarco, el plan de Parmenion²⁴⁰. ¿Hay que admitir que Clitarco, fuente de la Vulgata, se inspiró en un relato oficial que ocultaba la

discusión entre el joven y el viejo general? ²⁴¹. Pero este enfrentamiento, como veremos, es una de las fuentes del relato en Arriano, y no sólo en Arriano. Vemos, pues, cómo en estos temas rápidamente nos encontramos ante la imposibilidad de una solución.

No creo que se pueda seriamente hacer avanzar la cuestión concentrándonos sobre los relatos de batallas tomadas una a una. El detalle no se explica aquí más que a partir del conjunto. Pero el conjunto, por lo menos, es doble, y hemos llevados ante una inevitable dicotomía. Por una parte, tenemos el conjunto constituido por las reglas, formuladas y no formuladas, de la actividad militar en la práctica social de los macedonios y los griegos, a finales de este siglo V, que se basa en muchos siglos de historia. Y, por otra parte, tenemos el relato histórico, el de Arriano y el de los demás, con los personajes que ocupan sus papeles, al igual que en una tragedia o en una comedia, Como veremos, el papel de Pannenión no va a ser precisamente indiferente.

La ciudad griega elaboró durante las épocas arcaicas y clásica un modelo de la actividad guerrera, que no fue evidentemente más que un modelo que nunca se aplicó en todo su rigor sobre el terreno, pero que todavía es posible reconstruir ²⁴². El principio fundamental en el que se basa es que el codo a codo militar, el característico de la falange, en la que cada hoplita protege a su compañero de fila con el escudo que sostiene en el brazo izquierdo, reproduce el codo con nodo igualitario de la ciudad, trátese ya de la igualdad entre los pares espartanos, o de la infinitamente más amplia de los ciudadanos de la Atenas democrática. Una batalla campal es un enfrentamiento cara a cara entre dos ciudades, de las que cada una de ellas trata de imponer su ley.

¿Cambian las reglas cuando el enemigo es no una ciudad griega, sino un pueblo bárbaro, como, por ejemplo, los persas ²⁴³, Sí y no. «Los griegos, como si se tratase de atunes, de peces caídos en la red, los golpeaban y los mataban a palos con remos y trozos de madera»²⁴⁴. Esta imagen de Esquilo se refiere a un episodio de la batalla de Salamina, en el 480, y recuerda una técnica de pesca, la de la almadraba, y difícilmente hubiera podido aplicarse a un enfrentamiento en toda regla entre dos ciudades griegas, incluso en el mar. Pero, por el contrario, la batalla modélica, la que en la tradición histórica y retórica ateniense sirve como referencia para la guerra hoplítica, es la batalla del Maratón, que enfrentó a los atenienses y a los platenses contra los persas, en el año 490.

Quede claro que semejante modelo, por mucho que se impusiese, y se impuso durante los siglos VI y V, lleva implícitas otras formas de actividad bélica más o menos reprimidas: En el trasfondo histórico, pero siempre presente en la educación, incluida la del joven Alejandro, está la guerra homérica, la de los héroes leones ²⁴⁵, guerra centrada, por lo menos en el plano ideológico, en la hazaña individual, la aristeia. Pero, sobre todo, al margen del combate hoplítico, perduran toda una serie de actividades de rango secundario, que, a su vez, se van desarrollando y transformándose: por encima de los hoplitas tenemos a los caballeros, y por debajo, a los arqueros y los peltastas ²⁴⁶. Hay, sobre todo, un mundo del combate a traición, perfectamente identificable en la Iliada ²⁴⁷; es el mundo de la noche, y también de la juventud, porque la iniciación efébrica presupone este tránsito a través de la emboscada nocturna por caminos tortuosos, muy diferentes a las llanuras en la que se enfrentan los hoplitas.

La caza, práctica social, pero también infinito repertorio de imágenes para los pintores, los poetas, los filósofos y los escritores de cualquier género es a la guerra como una especie de espejo deformante y crítico ²⁴⁸. Hay una caza que se sube al nivel de la guerra real y noble, la de la Iliada, se trata de la caza del león, práctica real multiseccular, y más exactamente la caza solitaria del jabalí. Hay también ejemplos de cazas hoplíticas (sobre todo, en Esparta), pero en conjunto la caza que enfrenta a los hombres y los animales se inclina claramente hacia el lado de la astucia, de las redes. No se sitúa en la ciudad, sino en sus fronteras. El «cazador negro» (Melanion en la mitología) es el efebo, que se marcha a las lejanías y no vuelve hasta cumplir su deber de ciudadano, para casarse y convertirse a la vez en padre de familia y hoplita ²⁴⁹.

Este modelo de la guerra hoplítica entró en crisis durante y después de la guerra del Peloponeso. A lo largo del siglo IV se produjeron profundas transformaciones, tanto a nivel de reclutamiento como en el de las tácticas bélicas, e incluso de la propia ideología militar, cambios tanto por arriba como por abajo. Estas transformaciones no pueden resumirse en la victoria de Filipo de Macedonia en Queronea en el 338 sobre las falanges de Atenas y Tebas, con Alejandro al frente de la caballería. Por el contrario, será en el propio seno de la ciudad griega en donde surjan los nuevos modos de hacer y pensar la guerra. Multiplicación de los mercenarios a costa de las milicias cívicas: el hecho es evidente, y Alejandro se encontrará ante él mismo en Asia a muchos más mercenarios griegos que

helenos había en su ejército. Pero con los mercenarios volverán a resurgir las formas de guerra olvidadas: golpes de mano, emboscadas, operaciones nocturnas unidas a ese mundo de la adolescencia y el engaño, la metis ²⁵⁰, a las que el siglo V había reprimido o marginado. Los peltastas del general ateniense Ificrates, con armamento ligero, y de los que Filipo aprenderá la lección, no sólo querían vencer, sino también sobrevivir, lo que nos lleva muy lejos de Maratón y, sobre todo, de la imagen de Maratón. Transformaciones por arriba: el general tebano Epaminondas engrosó considerablemente la línea de la falange con el grueso de las mejores tropas en el ala izquierda, lo que venía a romper una regla básica de la práctica militar, y le permitió en dos ocasiones, en Leuctra, en el 371, y en Mantinea, en el 362, crear las condiciones para dar una sorpresa total a la falange tradicional de los lacedemonios. Y además, desarrollará en Mantinea a la caballería como tropa de choque, acabando de esta forma con más de dos siglos de supremacía absoluta de la infantería pesada ²⁵¹.

Las aportaciones de Filipo no serán más que radicalizaciones y generalizaciones de las innovaciones de la ciudad. Las fuentes financieras de Macedonia le permitieron utilizar un ejército permanente, un ejército no cívico, pero, con todo el anacronismo que la palabra implica, nacional, basado en la nobleza y en el campesino libre, en la caballería y en la falange.

No será mi intención estudiar aquí el ejército de Alejandro ²⁵², que, por otra parte, evolucionó tanto como el de Napoleón entre Marengo y Moscú, sino seguir, sobre todo a través del relato de Arriano, algunos modelos de comportamiento a los que los historiadores no le han prestado la suficiente atención.

Empecemos por un hecho imponente, indudable y nunca puesto en cuestión. En las cuatro batallas campales de la guerra, la de Gránico (mayo del 334), Issos (octubre del 333), Gaugamelas (octubre del 331) y del Hydaspes (verano del 326), Alejandro siguió la tradición anterior a Epaminondas, situó a sus mejores tropas y, sobre todo, se colocó él mismo en el ala derecha de la formación ²⁵³. Se trata de una posición que podía cambiarse en el transcurso de la batalla ²⁵⁴, pero que se repite con una absoluta regularidad.

Sin embargo, esta regla no sirve más que para las batallas campales propiamente dichas, es decir, ante el ejército regular del Imperio persa, mandado por Darío en persona en Issos y Gaugamelas, o frente al ejército menos que regular de Poros, rey índico, personaje en el que Alejandro reconoce a un igual, por lo menos según lo que nos dicen los textos. No es lo mismo cuando el adversario es de otra naturaleza. El caso más claro se encuentra al comienzo del relato de Arriano, en donde se trata de contar la guerra contra los tribales y los ilirios. Alejandro se enfrenta a Glaucias, rey de los taulantios, personaje que no da la talla de un igual. Contra él prepara un Sistema complejo, digno de Epaminondas, por otra parte, que incluía la posibilidad para la falange de orientarse tanto a izquierda como a la derecha, lo que es totalmente nuevo. Pero la continuación estuvo muy clara: «hizo, pues, que la falange adoptase en poco tiempo diferentes formaciones y ejecutase distintas maniobras, y tras haberla formado en punta hacia la izquierda, la lanzó contra sus enemigos²⁵⁵» Todo a lo largo de la expedición asiática, e incluso en Babilonia, Alejandro llevó a cabo una guerra de guerrillas, sobre todo en Gaugamelas, que suponía: marchas nocturnas, empleo adecuado de tropas ligeras y arqueros, y estratagemas de todo tipo²⁵⁶. Guerra contra el gran rey y guerra contra las tribus de la montaña, similar a la que Jenofonte había practicado en la primera Anábasis, cada una de ellas no manifiesta ni los mismos usos ni la misma ética.

¿Es, como se suele decir cuando se establece el principio de que hay que contar todo y no entender nada, «natural»? Hay que reconocer que el ejército de Alejandro es un ejército raro —al igual que el ejército japonés o el alemán de finales del siglo XIX— arcaico y moderno, moderno en las técnicas, en las remodelaciones constantes, en las transformaciones fulminantes que se impone y que suscitaría en Esquines esta exclamación: «a decir verdad, no hemos vivido una vida humana»²⁵⁷, pero arcaico en sus estructuras sociales, en el peso que en él ejerce la nobleza ecuestre de los «compañeros», que desempeña el papel de lo que Engels llamaría la «democracia militar», esa asamblea precívica de los guerreros que, en caso de alta traición, dicta las sentencias capitales²⁵⁸.

La caza aún es aquí un asombroso revelador: caza rastrera, forma inferior de la guerra, modelo más de exterminio ritual de animales nocivos que de combate. De este modo, Alejandro, a finales de su vida, y tras la muerte de Hefestión: «buscando en la guerra un alivio a su dolor, partió y se puso a acorralar hombres, como en la caza (hosper epi theran kai kynegésion

anthrópñn), sometió a la tribu de los coseos y masacró a todos los que estaban en edad de combatir; a esto se llamó el sacrificio (enagismos) en honor de Hefestión»²⁵⁹. Caza real, caza desde lo alto, en un «paraíso» de Sogdiana: «En estos parajes, el lujo bárbaro se manifiesta básicamente mediante las magníficas fieras que se mantienen en grupos en los parques y en los bosques de gran extensión. Se elige para ello grandes bosques, que posean numerosas fuentes de aguas perennes; estos parques están rodeados de muros y torres que sirven de refugio a los cazadores. Se decía que uno de estos bosques había permanecido intacto durante cuatro generaciones sucesivas. Alejandro penetró con su ejército en él y dio orden de dar una batida en busca de las fieras. Una de ellas, un león de tamaño poco común, se lanzó para atacar al rey en persona, cuando el vecino más inmediato de Alejandro, Lisímaco —que más tarde sería rey— se puso a hacer frente al animal con una pica, pero el rey lo echó a un lado, ordenándole marchar, añadiendo que él sólo era tan capaz como Lisímaco de matar a un león.²⁶⁰ Los macedonios no lo entendían así. Frente a la caza real —que aquí enfrenta a un rey contra un futuro rey— establecieron y ampliaron la regla aristocrática. Será también Quinto Curcio el que nos cuenta que: «aunque Alejandro salió bien parado del trance, los macedonios, sin embargo, decretaron que, de acuerdo con la costumbre nacional, no volvería a cazar a pie o sin una élite de nobles y amigos (sine delectis principum atque amicorum). Él, tras haber abatido a 4.000 fieras, cenó en el bosque en cuestión junto con todo el ejército»²⁶¹.

Todavía será una caza del león, un enfrentamiento entre el rey y el animal interpretado como una lucha por el poder real, lo que cuente Plutarco²⁶²

La caza era, en efecto, uno de los procedimientos seguidos en Macedonia para la iniciación de los jóvenes guerreros nobles: conocemos, gracias a Hegesandro, esta norma: nadie podrá comer tumbado, es decir, participar de pleno derecho en las comidas comunales de la clase nobiliaria, antes de haber matado sin redes a un jabalí. Y Casandro, hijo de Antípater y futuro rey, debió, a pesar de ser un notorio cazador, esperar hasta la edad de 35 años antes de poder ser admitido en estos banquetes, aun en una situación inferior²⁶³. El mismo Alejandro disfrutaba a veces entre los cazadores jóvenes: «en el transcurso de las marchas, cuando no estaba demasiado cansado, hacía el camino practicando el tiro al arco o subiendo y bajando a un carro en marcha; también se solía divertir cazando zorros o pájaros, tal y como puede verse en las Efemérides»²⁶⁴. Juegos de niños que no habrían servido para promocionarlo. El papel de la caza en la iniciación de los

jóvenes nobles permite comprender mejor un célebre episodio de la Anábasis, el de la «conspiración de los pajes», en el 327²⁶⁵. Los pajes (paides) son los hijos de las familias nobles que al llegar a la adolescencia se consagran al servicio del rey. Entre sus deberes figuraba el del servicio de la caza. «Se enfrentaban, pues, con el rey en el ejercicio de la caza»²⁶⁶. Estaban encargados de vigilar mientras el rey dormía, son los hijos de la noche²⁶⁷. Rivalidad (philotimia) en la caza. Será esta rivalidad la causa de todo el asunto. Un paje, Hermolao, avanzó hacia el rey y usurpó el papel de noble adulto, o sea, de rey: «durante una cacería, como un jabalí hubiese atacado a Alejandro, Hermolao fue el primero en dispararle; el jabalí herido de muerte, cayó, pero Alejandro, que había sido menos rápido, resentido contra Hermolao, y presa de la cólera, hizo que le azotasen a la vista de los demás pajes, y le quitó el caballo»²⁶⁸. Sería entonces cuando Hermolao y sus compañeros habrían tramado una conjura en la que estuvo implicado Calístenes. El relato de Quinto Curcio es más amplio sobre este punto. Alejandro se justificó ante el ejército, invocando la «costumbre nacional». Había castigado a Hermolao como era usual castigar a un adolescente todavía no iniciado. Pero eso era justo lo que Hermolao no era. «Algunos añaden que, al oír las quejas de Hermolao, Calístenes les (a Hermolao y a sus amigos) había animado a que hiciesen valer el que ya eran hombres (iam viros esse); y no se puede saber si estas palabras trataban de aliviar el dolor de los golpes o de suscitar las iras de los jóvenes²⁶⁹». Importa muy poco saber si Calístenes mantuvo realmente esta conversación, pero lo que sí está claro es que en este relato Alejandro se enfrenta con los cazadores negros que querían dejar de serlo ya²⁷⁰.

Para poder comprender, por último, cuáles pueden ser las relaciones sociales y los valores en juego, volvamos al relato de Arriano, y a los diálogos que enfrentan a Alejandro y Parmenión²⁷¹. Parmenión es un viejo general de la época de Filipo, al que Alejandro hará ejecutar tras el proceso contra su hijo Filotas. Por su grado era el segundo jefe del ejército, lo que quería decir que si Alejandro estaba siempre en el derecha, Parmenión, en las tres batallas campales en las que participa (tiránico, Issos y Gaugamelas) es el jefe de toda el ala izquierda²⁷².

El viejo Parmenión frente al joven Alejandro; estamos ante un topos que se encuentra hasta en el relato, ficticio; de la visita de Alejandro a Jerusalén²⁷³. Parmenión desempeña un papel familiar para los trágicos y los historiadores, el de consejero. Del mismo modo, en Hedoroto, el joven Jerjes se enfrenta con el consejero, sabio y viejo, Artabano, y con

Mardonio, el consejero loco, aunque será un sueño fatal y repetitivo el que le llevará a tomar su decisión ²⁷⁴.

Lo raro es que Parmenión representa los dos papeles a la vez. Una vez, y sólo una, da un consejo técnico antes de la batalla de Issos, que será aceptado ²⁷⁵. En otra ocasión advierte al rey acerca de un complot inexistente, tramado por su médico, el acarnanio Filippo. Alejandro no le hace caso y los acontecimientos le dan razón ²⁷⁶. Después de la batalla de Issos tenemos el célebre ejemplo de una sabiduría limitada enfrentada a una ambición desmesurada, aunque razonable: «me gustaría si fuese Alejandro...»²⁷⁷. Y en Persépolis, en enero del 330, puede verse a Parmenión, apoyado por Arriano, desaconsejar en vano a Alejandro incendiar, en venganza por las guerras médicas, el palacio real de los Aqueménidas ²⁷⁸.

Son los otros tres casos los que plantean problemas, porque Parmenión se presenta no como un sabio general que respeta las reglas del juego de la guerra, sino como el hombre de la metis, el que quiere hacer qué lo pequeño triunfe sobre lo grande, el cazador astuto ante Alejandro, que es todo lo contrario del retrato de un guerrero noble que sigue los principios del combate leal. En Gránico, Parmenión propone utilizar la astucia: sorprender a los enemigos «antes de que puedan colocarse en orden de combate». Alejandro declara este procedimiento «indigno del honor de los macedonios» ²⁷⁹. Durante el mismo año 334, durante el asedio de Mileto, Parmenión, basándose en un presagio, propone a Alejandro librar una batalla naval en las mismas condiciones que había tenido Temístocles en Salamina, el pequeño contra el grande. Alejandro responde rechazando el juego de la rimas: «no tenía sentido alguno entablar una batalla naval con una pequeña flota contra otra considerablemente más numerosa...; no permitió entregar a los bárbaros a la experiencia y la osadía de los macedonios, haciéndolos combatir sobre un terreno movedizo» ²⁸⁰.

Pero el episodio más importante es el que precede a Gaugamelas (octubre del 331). Parmenión propone a Alejandro atacar a los persas por la noche: «los atacarían, pues, de improviso, en plena confusión y simultáneamente durante la noche, cuando más podrían asustarse». Alejandro contestó que «era deshonesto robar la victoria y que Alejandro debía vencer sin artificio (sophismo)»²⁸¹. Éste es el espíritu de la moral hoplítica, aunque monopolizado al servicio de un único hombre, tal y como Clito, el jefe del escuadrón real, le reprocharía a Alejandro en el 328, recordándole estos

versos de Eurípides, que obligaron al rey a acometer un asesinato ¡desgraciadamente reina en Grecia una funesta costumbre! Cuando un ejército alza los trofeos enemigos, no es a los que se les atribuyen los méritos, sino que el general se lleva toda la gloria. El no es más que uno entre los otros 10.000 que blanden la lanza, pero consigue una gran fama. Majestuosamente instalados en su cargo, los jefes se creen en las ciudades superiores al pueblo, cuando en realidad no son nada ²⁸²».

Para pintar a un personaje real fue preciso, por lo tanto, confrontarlo con los límites de la locura y de la sabiduría, con los jóvenes que rechazaban la juventud y con los viejos que asumían la moral de los hijos de la noche.

VI. Alejandro el pequeño

Acabo de intentar escribir una página de historia, en el sentido más directo de la palabra, tratando de comprender con la ayuda de Arriano, Plutarco, Diodoro y Quinto Curcio el fin del siglo IV a.C. Es tiempo ya de volver a ese siglo II de nuestra era, que es el siglo de Arriano.

Es el siglo de la *mimésis* ²⁸³. Todo el mundo se encarga de decirlo o de demostrarlo, ¿pero como definir la relación existente entre un período histórico y una práctica intelectual? Juegos de sombras de la *stasis*, del odio que los enfrentaba a todos por la posesión de un título honorífico ²⁸⁴. No somos nosotros los que hablamos del juego de sombras, sino que los mismos antiguos son los que no dejan de destacar que esta política ficticia no es la verdadera política y que esta *stasis* —palabra que antaño designaba al conflicto en el seno de la ciudad ²⁸⁵— tiene algo de absurdo. Así, por ejemplo, Dión de Prusa, especialmente preocupado por reforzar las estructuras ciudadanas en el seno del Imperio ²⁸⁶, dirigiéndose a los nicomedios a finales del siglo I, les decía: «Esas cosas de las que estáis tan orgullosos, las personas razonables, las desprecian totalmente, sobre todo los romanos, que les llaman "pecados griegos"» ²⁸⁷.

Su contemporáneo Plutarco dice las cosas de un modo todavía más brutal, les dice una y otra vez: «Eres un magistrado-súbdito, que gobiernas una

ciudad sometida a los procónsules y a los procuradores del César... No te lo tomes muy en serio y no estés tan orgulloso de la corona con la que te adornas, porque estás viendo los zapatos (del procónsul romano) encima de tu cabeza ²⁸⁸». Y unos decenios más tarde, en su discurso: «A las ciudades y acerca de la Concordia», este tema será utilizado de nuevo por Elio Arístides: «Si se os pregunta a qué viene esta discordia, esta rivalidad, este tumulto, ¡en nombre de los dioses!, ¿qué contestaréis? ¿Siempre habrá un niño o un viejo lo bastante estúpido para no saber que una ciudad única, la primera y la más grande, tiene a toda la tierra bajo sus dominios, y que el poder supremo está en manos de una sola familia, que os manda a los gobernadores de cada año, según la ley, y que pueden decidir sobre todos los asuntos, grandes o pequeños, a su libre arbitrio? ²⁸⁹».

Nuestra época, que ha devuelto a lo imaginario el lugar que le corresponde en el trabajo histórico, tiene toda la razón en interesarse en estos juegos de las ciudades, tan significativos como expresión de una sociedad como lo son los juegos del azar en la América Latina de la actualidad ²⁹⁰, a condición, por supuesto, de tomarlos como lo que son ²⁹¹. Es cierto que, gracias a las estructuras ciudadanas, los emperadores pudieron gobernar el mundo mediterráneo con algunos centenares de caballeros y senadores, y con unas decenas, incluso, para los puestos más importantes. Pero un dominio que no se ejerce más que mediante un pequeño grupo de hombres no por ello deja de ser dominio. Este consenso, real o supuesto, de los dominados jamás ha hecho desaparecer la opresión. Sin embargo, estos juegos políticos no fueron en modo alguno despreciables. Contribuyeron, a su modo, a hacer que en cierto modo el Imperio romano un, día pudiera convertirse en un Imperio griego.

La mimésis es entonces la ley general de la expresión cultural, política, filosófica e incluso de la expresión artística. Bajo la forma de la meleté, del ejercicio escolar, que trataba de reproducir y explicitar un debate político siempre buscado en la Antigüedad prehelenística, alcanzó asombrosos éxitos que burlaron a los eruditos contemporáneos. Así, por ejemplo, el discurso «Sobre el régimen político» (peri politeias), atribuido a Herodes Mico, y puesto en boca de un ciudadano de Larissa, en Tesalia, que a finales de la guerra del Peloponeso anima a sus conciudadanos a apoyar a Esparta contra Atenas y Arquelao de Macedonia (rey entre el 413 y el 319 a.C), texto del siglo II del que se dijo que por lo menos seguía muy de cerca un texto de finales del siglo V a.C. ²⁹².

Mimésis disimulada, mimésis al descubierto es la de la novela griega, cuya edad de oro se sitúa precisamente en el siglo II y en la que desempeña un papel fundamental la Novela de Alejandro²⁹³. La novela también utiliza el pasado lejano y a su prestigio. Calirroé, heroína de la novela de Caritón de Afrodiasias, en Caria, es teóricamente la hija de Hermócrates, el general siracusano que fue vencedor de los atenienses, y del que Platón ya había hecho uno de los protagonistas del Timeo y del Critias, diálogos en los que se inserta una célebre novela que estaría destinada a disfrutar de un brillantísimo futuro, la de la Atlántida²⁹⁴.

¿Cómo se inserta la Anábasis de Arriano, historiador que había elegido imitar a Jenofonte²⁹⁵, en este universo intelectual de la mimésis? He tratado de contestar parcialmente a esta pregunta, no directamente, sino, en cualquier caso, y ya que en esta época estamos siempre ante un juego de espejos, a través de algunos textos de otro autor del siglo II, más joven que él en una treintena de años y del que sabemos que además lo había leído; se trata de Luciano²⁹⁶.

No sólo se trata de Arriano, sino también de la historia como disciplina, y es difícil separar una cosa de la otra: Arriano es prácticamente el único historiador conocido por su obra del que nos habla Luciano, directa o indirectamente. La reflexión de Luciano acerca de la historia, que se condensa en el famoso tratadillo *Cómo se escribe la historia* (hacia el 165) se sitúa entre estos dos extremos.

La única obra de Luciano que su título presenta como historia, e incluso como una Historia verdadera²⁹⁷ es una historia al revés, de la que el propio Luciano nos proporciona una parte de sus fuentes: Ctesias, «que escribió mucho sobre la India y lo que hay en ella, aunque él no lo hubiera visto jamás, ni oído de boca de alguien que hubiera dicho la verdad»²⁹⁸, Yámbulo, autor de una utopía helenística, y el Hornero de los «relatos de Alcinoos», básicamente. Incluso nos da la doble clave de su obra. Nada es cierto: «llevado tanto por la vanidad de dejar alguna obra para posteridad, y a fin de no ser el único que no se aprovechase de la libertad de imaginar historias, y dado que no tenía nada verdadero que contar (porque no me había ocurrido nada que valiese la pena contar), me decidí a mentir, pero con mayor honestidad que los demás, porque por lo menos hay algo en lo que digo la verdad, y es el confesar que estoy diciendo mentiras». Pero este engaño es una parodia. Para Luciano se trata de amontonar «de modo verosímil y con gran verosimilitud, mil engaños diferentes», dado que «cada

detalle de esta historia alude, no sin parodiarlo, a uno u otro de los antiguos poetas, historiadores, filósofos, que han escrito libros llenos de cosas prodigiosas o legendarias»²⁹⁹. ¿Qué significa entonces el título de Historia verdadera? Una de las fuentes de Luciano, el Platón del mito de la Atlántida³⁰⁰, también afirmaba, y eso en su época era una innovación que, como historiador y a modo de Herodoto, no decía nada que no fuese verdadero³⁰¹. Se trataba de establecer la verosimilitud de la novela histórica como equivalente de la verdad histórica. La verdad de la que habla aquí Luciano es muy diferente, porque se trata de la verdad de la mimésis, de la verdad de la cultura concebida como repetición, parodia y exageración burlesca.

El pequeño tratado sobre la forma de escribir la historia, redactado mientras la guerra dirigida nominalmente por Lucio Vero, asociado de Marco Aurelio en el poder imperial, no estaba todavía terminada (duró desde el 161 a 166), se dirige básicamente contra los historiadores áulicos y militares, que no dudan en «incluir el futuro en la historia», narrando, por ejemplo, la captura del rey de los partos³⁰². Es toda una acusación contra la historia mimética, que se expresaba en el mismo lenguaje que Tucídides³⁰³, al igual que Arriano lo hacía en la lengua de Jenofonte. Es un alegato a favor de una historia mimética, no de las obras, sino de la verdad: «cuando un hombre que la ha oído (la historia también se declamaba en conferencia) piensa luego que sería en vano el tratar de comprobar lo que se dijo, es entonces cuando el trabajo de nuestro Fidas de la historia entra en acción y recibe el elogio que le corresponde³⁰⁴». La gloria del historiador debe disimularse o remitirse a una perspectiva lejana; así, Sóstrato de Cnido, el arquitecto del Faro de Alejandría³⁰⁵, hizo grabar sobre el estuco el nombre del rey reinante e inscribir el suyo en piedra, porque sabía que algún día el estuco desaparecería³⁰⁶. La historia presupone, pues, en quien la practica a la vez conciencia política y capacidad hermenéutica³⁰⁷. En el lado contrario se situaría este texto de Diógenes, con el que Luciano enmarca su relato: mientras Filio estaba ya en marcha y los corintios andaban muy preocupados, el cínico se puso a hacer rodar su tonel, con el fin de que no pareciese que «él era el único ocioso entre tantos trabajadores»³⁰⁸. No hay duda de que Luciano se dirigía a Arriano en este tratadillo, con ironía o con una discreta aprobación³⁰⁹. Cuando se ríe de Aristóbulo y explica que Alejandro lo consideraba como un adulador, podía estar haciendo alusión al prefacio de la Anábasis³¹⁰. La alusión es todavía mucho más probable cuando Luciano explica que, digan lo que digan algunos, Homero no puede ser considerado como un verdadero historiador de Alejandro-Aquiles³¹¹.

El personaje de Alejandro está en la médula del tratado de Luciano. La muerte de Clito fue una abominación que, por otra parte, Arriano había denunciado con términos muy matizados, poniendo el acento en la desesperación y el arrepentimiento del rey³¹². Pero éste no se disgustaría, señala Luciano, si recordarse la verdad³¹³.

El Alejandro del que aquí se trata³¹⁴ es el Alejandro de los historiadores. Pero Luciano, después del 180, fecha de la muerte de Marco Aurelio, se ocupará en otro tratado de otro Alejandro, el «falso profeta» del dios Glicón, personaje que hacía estragos en Abunoteico, ciudad paflagónica costera, en la provincia del Ponto Bitinia³¹⁵.

Este panfleto fue escrito a petición de Celso, el que había escrito contra los cristianos el Discurso verdadero, al que contestó Orígenes³¹⁶.

Desde las primeras líneas, Luciano hace referencia a Alejandro Magno y a su biógrafo, Arriano: «Si se quisiesen repasar minuciosamente todos los detalles de esta vida, habría tanto que hacer como para describir las hazañas de Alejandro, el hijo de Filipo: aquél fue tan grande en el vicio como éste en la virtud... Describiré las acciones de un hombre que hubiera merecido, no que se leyese su biografía en el ambiente de las personas bien educadas, sino ser destrozado, ante los ojos de la multitud, por los monos y los zorros en un inmenso anfiteatro. Sin embargo, si alguien me quisiese hacer un reproche podría incluso invocar un precedente: Arriano, discípulo de Epicteto y romano de la más alta sociedad, que dedicó toda su vida a la literatura, que estuvo en mi mismo caso y podría encargarse de mi defensa, porque también él consideró bueno el escribir la vida de un bandido, la de Tilliboros»³¹⁷. Luciano no se equivoca, porque panfleto es, en gran parte, una vida de Alejandro disfrazada³¹⁸, Alejandro de Abunoteico, profeta de un dios serpiente, vio cómo su fortuna nació en la capital de Macedonia, en Pella, gracias a una mujer rica, equiparable a Olimpia, madre de Alejandro Magno, que se acostaba con una serpiente. Sus planes de conquista incluían el mundo entero, incluyendo Roma, capital del Imperio³¹⁹. Y cuando Luciano escribía: «una vez que Alejandro se metió en los asuntos de Italia, concibió proyectos todavía más ambiciosos. Envió a portadores de oráculos por todo el Imperio romano³²⁰», ¿cómo no acordarnos de Alejandro en Babilonia? Es más, cuando Luciano se encuentra a Alejandro el pequeño en Abunoteico, añade que estaba «solo con Jenofonte», Jenofonte, el modelo y el apodo de Arriano³²¹. Por último, cuando muere el falso profeta, tras los juegos fúnebres, «sus

principales cómplices en el engaño» se disputaron su legado, que no les será finalmente concedido. Es el propio Alejandro el que muerto seguirá siendo profeta, «incluso tras su marcha de este mundo»³²².

Queda una cuestión: ¿quién era Tilliboros, ese bandido cuya vida habría escrito Arriano, que practicaba «sus robos en bosques y montañas», que organizaba incursiones «por Misia y el Ida» —y por lo tanto, no lejos de Tróade— y saqueaba «algunos de los lugares más desérticos de Asia», mientras el falso profeta «llenó con sus latrocinios la totalidad, prácticamente, del Imperio romano»?³²³.

Luciano es el único que nos habla de esta obra de Arriano y de este bandido, cuyo nombre, pero no cuya persona, aparece en las inscripciones de Termessos³²⁴. Una tentativa que se hizo ver en un fragmento de un papiro de Oxirrinco un trozo de esta biografía fracasó³²⁵. No puede excluirse, por supuesto, que Arriano haya escrito este libro, y todavía menos que el personaje haya existido, como existió Badinguet, personaje cuya identidad fue tomada por Luis-Napoleón (el pequeño) para fugarse del fuerte Ham, y cuyo nombre se convirtió en un apodo injurioso. A veces, se está tentado de reutilizar una hipótesis de Henri Tonnet: «no sería, después de todo, posible que este bandido, cuyo nombre (tal y como lo escribe Luciano) recuerda el hecho de desplumar y devorar, y que hacía estragos en los desiertos de Asia, sea un nombre dado a Alejandro por parte de Luciano? ¿No es Alejandro en esta tradición el «bandido de las naciones»?³²⁶.

Sería divertido que la doble imagen de Alejandro, la de virtuoso y la de bandido, fuese restaurada aquí a propósito de otro Alejandro y refiriéndose a Arriano, por parte de Luciano.

VII Roma y los hombres: el más y el menos

No hay historia, no hay incluso historia de la historia que no lleve implícita una dimensión «patriótica» —o «nacionalista»—, según se hable desde uno de los lados de la frontera. La historiografía de Alejandro no escapa de esta regla y su «padre» cambia de identidad al cruzar el Rin.

En Francia, uno puede referirse, y a veces lo hace explícitamente ³²⁷, a un personaje singular: Guillaume-Emmanuel-Joseph Guilhem de Clermont-Lodève, barón de Sainte-Croix (1746-1809), oficial de carrera y miembro del Institut ³²⁸, autor de un Examen critique des anciens historiens d'Alexandre le Grand, que fue editada dos veces, antes y después de la Revolución Francesa, en 1775, y en 1804 ³²⁹, suponiendo la segunda edición una transformación radical.

En Alemania, a decir verdad, para la inmensa mayoría de los críticos, el primer historiador moderno de Alejandro es Johann Gustav Droysen (1808-1884), hijo de un pastor de Greifenhagen, doctor por la universidad de Berlín ³³⁰ y autor de una Historia de Alejandro Magno, que también alcanzó dos ediciones principales, la primera, de 1833 ³³¹, y la segunda, de 1877, como primer tomo de una Geschichte des Hellenismus que permaneció inacabada" ³³². Menos chauvinista que algunos de sus —e incluso de nuestros— contemporáneos ³³³, Droysen utilizó frecuentemente y alabó desmesuradamente la obra del barón francés. ³³⁴.

Sin embargo, es difícil imaginar dos obras más opuestas. En 1775, el Examen critique, de Sainte-Croix, joven laureado de la Académie des Inscriptions et selles Lettres, es la típica obra de un representante de la filosofía de la Ilustración, y por lo tanto partidario no del despotismo ilustrado, sino de la libertad, e incluso de la democracia. Filippo, y todavía más Alejandro, señalan el fin de una gran época: «estos altivos republicanos (los griegos) pronto no iban a ser más que un rebaño de viles esclavos», y «la subversión total de la democracia trajo consigo la decadencia de la literatura y, sobre todo, la del género histórico, que no puede ser cultivada con éxito bajo un gobierno arbitrario» ³³⁵.

Súbdito del Papa, como habitante del condado Venaissino, Sainte-Croix: fue perseguido por el movimiento pontifical, y aparecerá en el 1789 como un patriota, pero esta situación se invertirá en 1791, cuando se desarrollen las escenas de terror en Avignon. Sainte-Croix será detenido, y escapará por los pelos a la ejecución. La ideología de 1775 ha desaparecido por completo en 1804; por el contrario, desarrolló considerablemente lo que constituye la originalidad científica de su obra: establecer la genealogía de los historiadores de Alejandro a través de la época que llamamos helenística, Roma, Bizancio y el Islam, admirable empresa que hizo de su Alejandro no el hombre de una sola época, sino una imagen que se renueva con cada generación y en cada época histórica ³³⁶. Pero precisamente, la noción de «época histórica» es lo que es más flojo en la

obra de Sainte-Croix. Si renunció a la fácil contraposición entre la «grandeza» y la «decadencia», no se planteó, sin embargo, en modo alguno la expedición de Alejandro, o la conquista romana, como hechos que marcaran cesuras históricas. Su labor será analítica y crítica; se trata de restituir la relación existente entre el relato y el acontecimiento, pero no de agrupar los acontecimientos. En los umbrales de la moderna escritura de la historia, Sainte-Croix seguirá siendo un hombre de la época clásica.

La tentativa de Droysen es muy diferente, se encuentra del otro lado de una frontera epistemológica. La *Geschichte Alexanders des Grossen*, la de 1883³³⁷ está escrita en la tensión entre la investigación filológica —esta invención de los eruditos alemanes de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX— y la conceptualización hegeliana³³⁸. Simbólicamente, en una carta de noviembre de 1831 a su amigo L Moser, Droysen rendía homenaje a dos «jefes de partido» que habían muerto en ese año, Niebuhr, símbolo de la historia filológica³³⁹ desaparecido el 2 de enero, y Hegel, muerto el 14 de noviembre.³⁴⁰

En relación a Sainte-Croix, hay a la vez un progreso y un retroceso, y no se trata de un fenómeno aislado. Progreso en el rigor crítico, retroceso en la perspectiva desde el punto de vista de la historia universal. El Alejandro de Droysen es el que inaugura un nuevo mundo, resultado de la fusión hegeliana entre el Occidente creador y el Oriente. El enfrentamiento puede representarse bajo una forma extremada, radical., insoluble, como en el encuentro entre Alejandro y el asceta Calanos: «hay algo de profundamente simbólico en este encuentro del rey, en el que se encarnaba toda la sabiduría de Occidente y de este asceta hindú natural de las riberas del Ganges. Ambos representan los polos opuestos de dos civilizaciones que Alejandro espera abrazar y fundir en una síntesis única». Pero cuando Alejandro, en Opiis, se reconcilia con las tropas macedónicas, libera a los veteranos y hace un llamamiento a favor de la entente entre los macedonios y los persas³⁴², «dejó de haber cualquier tipo de diferencia entre los vencedores y los vencidos... Rompiendo con poderosa mano el instrumento que le había permitido edificar la obra de los nuevos tiempos (o (o sea, su propio ejército), Alejandro proclamaba que esta obra se había culminado y que nadie, de ahora en adelante, podría ponerla en duda»³⁴³.

No hay más que dos partenaires, Oriente y Occidente, asiáticos y griegos, dos partenaires que crean una nueva cultura; por el contrario, este gran drama se representará en la persona de Alejandro en un único momento.

Arriano, Plutarco, las dos fuentes principales de Droysen ³⁴⁴, remiten directamente al gran momento histórico. Roma todavía es prácticamente inexistente y no aparecerá, aunque Droysen hubiese reflexionado mucho acerca del fenómeno romano ³⁴⁵.

El debate iniciado en 1833 por Droysen se hundirá en las arenas del positivismo y, cuando reaparezca, habrá perdido su dimensión cósmica. Ya no se tratará del resplandor de un mundo constituido por el Oriente, sino del de un hombre que llamaba al género humano a la unidad. Aparecerá de nuevo en el 1933.—fecha simbólica si la hubiere— cuando el historiador inglés W. W. Tarn trate de demostrar que el tema de la concordia universal no era, en las tradiciones relacionadas con Alejandro, el producto de una influencia cínica o estoica, sino una idea que se remontaba al propio héroe ³⁴⁶.

Dos textos desempeñaron un papel básico en la argumentación de Tarn. En el 324, en Opis, cerca de la confluencia del Tigris y el Éufrates, tras la sedición, sin duda, en Susa, de una parte de las tropas macedonios, seguida por una reconciliación, Alejandro celebró una asombrosa ceremonia: «en honor de esta reconciliación ofreció un sacrificio a los dioses habituales y un banquete público ³⁴⁷, en el que tomó parte, sentado en medio de todos los macedonios; después estaban los persas, y luego, los demás pueblos que se distinguían por su rango o cualquier otra calidad; él y los que le rodeaban, bebiendo de la misma crátera, hicieron las mismas libaciones, comenzando por los adivinos griegos y los magos. Alejandro rogó para obtener, entre otras cosas, la concordia (homonoia) y la buena entente entre persas y macedonios. Rícese que el número de participantes en este banquete alcanzó el de 9.000, y que todos hicieron la misma libación, tras la cual entonaron el peán» ³⁴⁸. Más adelante, el ilustre geógrafo Eratóstenes, que vivió en la época de los cinco primeros lágidas (muere a finales del siglo III) criticará severamente, según Estrabón, contemporáneo de Augusto, a los que dividen la humanidad entre los griegos y los bárbaros, y a los que aconsejaron a Alejandro tratar a los griegos como amigos, y a los bárbaros, como enemigos ³⁴⁹. Hay bárbaros civilizados, como los indios o los arios (los persas), e incluso los romanos y los cartagineses. A lo que Estrabón responde que en la práctica, las cosas están bien así, y que el orden y el sentido político se encuentran entre los griegos y no entre los bárbaros ³⁵⁰.

Tarn no ha sido seguido, por lo general, y ello por excelentes razones ³⁵¹. Sin entrar en detalles, basta con releer atentamente el texto de la Anábasis que acabo de citar. El mundo que simbólicamente se expresa aquí es a la vez unánime (en la libación y el peón) y jerarquizado, macedonios y persas ocupan los primeros lugares, y los demás forman en torno a ellos una especie de círculos concéntricos.

Partiendo de este hecho evidente y de otro episodio como el de las «Bodas de Susa» entre los macedonios y las mujeres «indígenas», normalmente persas ³⁵², el historiador nazi H. Berve (1896-1979) ³⁵³ sacó la conclusión de que Alejandro estaba impulsado por una «conciencia racista» (Rassenbewusstsein), ya que macedonios, griegos y persas eran todos ellos «arios» ³⁵⁴.

El Alejandro de nuestros contemporáneos es por lo general mucho menos ideológico; es, siguiendo a K. Kraft, «racional», buscando alcanzar fines accesibles mediante la guerra y la política ³⁵⁵. También es «realista», y si favoreció la unión de los macedonios y los persas fue porque, convertido en amo del Imperio, quiso sencillamente hacerlo funcionar superponiendo una de las aristocracias a la otra y obligándolas necesariamente a competir ³⁵⁶. Más allá de estas aberraciones y de estas discusiones, lo que en realidad se ventila es la propia noción de civilización helenística entendida como civilización mixta, noción creada por Droysen y reutilizada, adaptándola, por las generaciones, sucesivas.

Civilización «mixta», pero con predominio helénico, y luego romano: contemporánea de las «burguesías conquistadoras», engrandecida con la conquista colonial ³⁵⁷, y con la ideología del clasicismo, que en Egipto envió a muchos más eruditos capaces de leer papiros que aquellos escritos en demótico, la idea «helenística» ha entrado inevitablemente en decadencia, a la par que los imperios, y la propia noción de un «mixto» greco-oriental ha retrocedido, sin duda alguna, mucho más atrás de lo razonable ³⁵⁸.

Los contemporáneos, antes de la conquista romana, no habían dispuesto de este concepto, ni de esta cesura temporal —ya hemos visto cómo es claramente obra de la segunda sofística. Cuando Demetrio de Falero, discípulo de Aristóteles, hablaba de las alteraciones producidas por Alejandro, lo que más le chocará será la sustitución de los persas por parte de los macedonios. ¿Cómo se podía imaginar que en la época en la que

estamos la nación persa, á la que casi toda la tierra estaba sometida, haya perdido hasta su nombre, y que los macedonios, cuyo nombre incluso era desconocido hasta ahora por casi todo el mundo, se hayan convertido en los amos del mundo? ³⁵⁹. Polibio situará en otro lugar el corte histórico: en torno al 220, en vísperas de la segunda guerra púnica, en el mismo lugar en el que se detuvo Droysen. Nuestros historiadores de la civilización helenística también critican esta noción en la actualidad, e insisten en la peligrosa coexistencia, y no en la fusión de diferentes culturas ³⁶⁰. Ésta es, sin duda, una de las consecuencias, inesperadas y quizá un poco excesiva, de la descolonización.

Pero ya es hora de volver a Arriano y a los conjuntos políticos que traza, explícita o implícitamente.

La Anábasis, como los relatos de la Vulgata, es la historia de la transformación de una monarquía «tradicional», basada en la alianza del rey y sus compañeros de a caballo o a pie (hetairoi y pezhetairoi ³⁶¹ en una monarquía absoluta o, mejor dicho, despótica, a la que hemos tomado la costumbre de denominar «oriental». Que el titular de esta monarquía haya también desembarcado en Asia como hegemón (caudillo) de la liga de las ciudades helénicas, fundada bajo el patrocinio de su padre, complica el cuadro sin modificarlo en profundidad. Pueden variarse —y no se ha dejado de hacerlo— las etapas; el sentido general, por el contrario, no presenta ninguna duda. Cada acontecimiento del relato lleva una parte del conjunto de su significado.

Dicho esto, en el conjunto de la obra de Arriano hay un texto, y sólo uno, en el que el propio Alejandro es obligado a dar explicaciones a sus tropas ante la presencia creciente, en su entorno y en su ejército, de persas, exponiendo lo que podríamos llamar su antropología política.

La escena transcurre en Opis ³⁶², y Alejandro acaba de ejecutar a los trece «instigadores» de la revuelta. ¿Cuál es el tema de su discurso? ³⁶³. Se centra, en primer lugar, en las transformaciones sufridas por Macedonia y los macedonios bajo el reinado de Filipo: de bárbaros «errantes, indigentes, vestidos en su mayor parte con pieles de animales, y haciendo pacer sus ganados pequeños sobre las faldas de las montañas», no semejantes, sino inferiores a los triballcs, a los ilirios, esas primeras víctimas del ejército de Alejandro, pasaron a ser habitantes de las ciudades, capaces de «vivir ordenadamente gracias a las buenas leyes y a las buenas costumbres», y

ni inferiores ni iguales, sino superiores a los griegos. Lo que Alejandro ha hecho en Asia viene a ser lo mismo, pero a una inmensa escala, que lo que hizo Filipo en Macedonia. Las conquistas serán para los macedonios: «vuestras son Babilonia, Bactriana, Susa; vuestras son las riquezas de Lidia, los tesoros de Persia, los bienes de la India y el mar Exterior; vuestros son los sátrapas, los generales y los comandantes». Hay un «olvido» en este discurso: los que habían sido objeto de la lucha, los persas, considerados como iguales a los macedonios. Olvido muy «natural» en la perspectiva propia del discurso. El relato no se olvida de los persas. Alejandro procederá inmediatamente a efectuar diversos nombramientos y a llevar a cabo reorganizaciones militares que situaban al antiguo enemigo en los primeros puestos ³⁶⁴, y serán también en el primer lugar donde se verá a los persas en las grandiosas libaciones que simbolizarán la reconciliación... Este discurso ha suscitado extrañas interpretaciones. Droysen, en el 1833, lo integró lisa y llanamente en su relato, como si hubiese sido recogido de los mismos labios de Alejandro ³⁶⁵. Uno de nuestros contemporáneos hace valer que, por lo que a Filipo se refiere, no tenía más que muy escaso interés para los autores del Imperio Romano y, en consecuencia, esa parte sería auténtica, siendo lo demás pura retórica ³⁶⁶, supongo que romana. Un extraño razonamiento (pie sirve para medir la historicidad de un acontecimiento gracias a la indiferencia con la que pueda ser acogida por los contemporáneos del historiador que lo narra. ¿Los contemporáneos de Agustín Thierry serían indiferentes a los tiempos merovingios?

Lo que se deduce del texto es, sin embargo, simple y claro: el reino de Filipo, y el de Alejandro, se basan sobre las ciudades, ciudades subordinadas, en efecto, pero que viven de la única forma en que se puede ser civilizado, en la forma de vida urbana. Segundo: la pareja heleno-bárbara ya no funcionaba aquí del mismo modo que en los textos de la época clásica. Los macedonios, los persas, los griegos y los demás pueblos no son vistos bajo la falsilla de los pares de opuestos, como el del amo y el esclavo, sino bajo la forma de una jerarquía. Estos dos rangos nos aproximan —como veremos— a un Imperio del que Arriano fue un alto dignatario.

Hemos visto en acción a esta jerarquía en los relatos de batalla: Alejandro no se enfrenta cara a cara más que con el gran rey y sus representantes, y con Poros, rey de la India. Pero la India no ofrece aquí más que una falsa simetría con respecto a Persia. Históricamente, la entrada de Alejandro en

la India fue «objetivamente» un acontecimiento inmenso, pero subjetivamente quedó reducida a los límites de lo insignificante. Hallar en un texto indio clásico el nombre de Alejandro (o el de Alejandría) antes de la llegada del Islam supone una auténtica hazaña exegética ³⁶⁷.

En el relato de Arriano, la India está, en cierta forma, desdoblada; en la Anabasis está presente hasta el Hyphasis. Pertenece al mundo de lo real que los geógrafos pueden percibir, ya que a comienzos del libro VI, Alejandro va a derrumbar el mito que hacía del Indo la fuente del Nilo, pero da la impresión de que esta porción del imperio no estaba integrada en el Imperio, no poseía con él una frontera en común. El texto de lo que aquí es el libro VIII está escrito en jonio, lo que lo aproxima a Herodoto, autor del primer relato histórico que coloca en primer plano el Oriente de los bárbaros y, asimismo, el primero que habla de la India ³⁶⁸.

En la época de Arriano, y sobre todo en la Novela de Alejandro, la India era objeto de todo tipo de fabulaciones ³⁶⁹. Éste no será el caso de Arriano, o por lo menos en él la fabulación será mucho más discreta. ¿Podía concebirse a un país sin esclavos?: «Lo que también hay de notorio en la India es el que todos los indios son libres y ninguno de ellos es esclavo. Éste es un rasgo que los indios tienen en común con los lacedemonios. No obstante, entre los lacedemonios, los ilotas sí que son esclavos, y llevan a cabo tareas de esclavos, mientras que entre los indios no hay ningún tipo de esclavos» ³⁷⁰. Pero lo más raro de la India no es eso. Lo contemporáneo en ella es prácticamente inexistente. La única alusión al mundo en que vive Arriano se refiere a un objeto del comercio de lujo: las perlas, «invención» de Heracles para beneficio de su hija, objetos codiciados antaño por los griegos y en la actualidad por los romanos ³⁷¹. La descripción de Arriano se basa a la vez sobre Nearco, camarada de Alejandro, y sobre Megástenes, que fue a finales del siglo IV embajador del rey Seleuco ante el fundador del Imperio Maurya, Sandracottos (Chandragupta), No obstante, se trata de franquear el Hyphasis y documentamos sobre el Ganges, del que había hablado Megástenes, pero Arriano se niega: «No puedo decir nada con exactitud, puesto que Alejandro no sobrepasó el Hyphasis» ³⁷².

El carácter relativamente marginal de la India en el relato de Arriano deja pues, cara a cara, en la cima de la nueva jerarquía, a los macedonios frente a los persas, al ejército conquistador y a la aristocracia vencida, dos fuerzas entre las que hay también algún intermediario, como el sátrapa de Persia, Peucestas, al que Alejandro «consideraba el más fiel a su persona, sobre todo a causa de su heroica conducta ante los mallos, junto a los que habían

adoptado el modo de vida de los bárbaros. Y se lo demostró, tras haberlo nombrado sátrapa, adoptando, y siendo en ello el único de los macedonios, la vestimenta de los medos, aprendiendo la lengua persa y viviendo en todo a la manera persa; todo lo que le valió el recibir las felicitaciones de Alejandro, mientras los persas se alegraban de ver cómo prefería sus costumbres a las de sus propios padres»³⁷³.

¿Qué representan los macedonios, los persas y los intermediarios en el relato de Arriano? Ante todo, está caro que a sí mismos, pero ¿es eso todo? ¿No es posible admitir, ni mucho menos entender, que un relato histórico pueda remitirnos a dos mundos a la vez, tanto en su totalidad como en sus pormenores, al del narrador y al del protagonista? Cuando el propio narrador está a su vez entre dos mundos, el griego y el romano —todavía más que Plutarco, que nunca ocupó puestos oficiales del poder romano³⁷⁴, cuando es a la vez hombre de acción e historiador, ¿es tan raro que uno de estos mundos se refleje en el otro?

Grecia y Roma, ¿en qué medida existe esta pareja en el siglo II de nuestra era? Roma se expandió en la ignorancia, y gracias a la ignorancia, partiendo de una división muy similar a la que los griegos establecían entre ellos y los bárbaros³⁷⁵. Nunca admitió, ni sintió la idea de una universalidad de la especie humana³⁷⁶. La humanidad desde Roma es una humanidad diversificada, pero jerarquizada acuerdo con las razas, la cultura y las clases sociales. La tradición romana acerca de Grecia dista mucho de ser uniforme³⁷⁷, la conducta de los romanos para con los griegos fue a veces de una terrible brutalidad, pero desde Flaminius (196 a.C.) a Nerón (68 d.C.), los dirigentes romanos se dedicaron al juego de proclamar la libertad de los griegos con gran placer, continuando en ello a los macedonios y a los persas. Ningún romano era considerado culto si no sabía griego. Cualquier biblioteca pública tenía una sección griega y otra latina, a veces colocadas en edificios propios, tal y como puede verse en el foro de Trajano. Únicamente Trimalción, el increíble liberto creado por Petronio, poseía una tercera biblioteca³⁷⁸.

En el terreno administrativo hay un topos del administrador romano en territorio griego en relación con sus obligaciones, que puede rastrearse, por ejemplo, desde Cicerón a Plinio el Joven. Una carta de este último a Maximus, quizá la misma que Arriano encontré en la escuela de Epicteto³⁷⁹, reúne los dos temas esenciales: «recuerda que has sido enviado a la provincia de Aquea, en el ámbito, e incluso en el corazón de esa Grecia en

la que, según la tradición, se descubrieron en sus orígenes la civilización, la literatura, e incluso la agricultura; recuerda que has sido enviado para reglamentar la constitución de las ciudades libres, que vas, pues, junto a unos hombres que son lo mejor de la especie (homines rmaximus bomines) humanos junto a unos ciudadanos libres, los más libres de todos, que, tras haber obtenido este privilegio de la propia naturaleza, lo han sabido conservar gracias a su valor, a su esfuerzo, a sus alianzas y también gracias a los convenios y a la práctica de la religión»³⁸⁰

Del lado griego o helenizado, acostumbrado a la oposición griegos-bárbaros, desde hacía ya algún tiempo había una cierta dificultad para «catalogar» al fenómeno romano, dificultad de la que ya dan fe los esfuerzos de Polibio para concebir Roma en términos griegos.

Daremos un ejemplo del siglo I de nuestra era con la persona de un judío alejandrino, Filón, y el relato de su memorable embajada ante Calígula, en el invierno del 39-40. ¿Qué es para él el Imperio romano? Es «el Imperio de la tierra y de todo el mar, Imperio ajeno a las facciones, gobernado por las mejores leyes, y cuyas partes, desde Oriente a Occidente y de norte a sur, se unen en conjunto armonioso —la población de raza bárbara se aúna con el elemento griego, y el griego, con el bárbaro—, el ejército, con los ciudadanos, y los ciudadanos, con el ejército, para disfrutar todos juntos de la paz»³⁸¹. ¿Donde se sitúan en este conjunto los romanos propiamente dichos? ¿Del lado bárbaro, o en ese término abstracto, la hegemonía, que aquí traducimos por Imperio?

En el siglo II, esta especie de compromiso político-cultural en el que se basa la segunda sofística parece traer como consecuencia un reparto: a los romanos les corresponde lo que se relaciona con el poder, y a los griegos, la hegemonía cultural. Esto es, en cierto modo, lo que quiso decir J. H. Oliver, cuando tituló *The Ruling Power* al elogio de Roma pronunciado por Elio Arístides en el 143, y *The Civilizing Power*, al Discurso Panatenaico, del mismo autor³⁸².

Elio Aristides utiliza la oposición griegos-bárbaros³⁸³, pero cuando se trata de la «república común de toda la tierra»³⁸⁴, esta oposición se halla desprovista de significado, y nos encontramos de nuevo con el programa atribuido a Alejandro: «ya no habrá más separación entre Asia y Europa»³⁸⁵. Roma llevó a cabo, pues, lo que había soñado Alejandro, pero Atenas también será situada, en la lejana vaporosidad de su historia, en

este mismo plano. También ella establece la «concordia» (homonoia) entre Asia y Europa, y también unificó la tierra ³⁸⁶.

Planteemos ahora el problema a nivel práctico, podríamos decir al nivel de Peucestas. Es curioso que haya sido un ideólogo del siglo III, Filóstrato, quien, en la Vida de Apolonio de Tiana, planteó este problema de la forma más concreta. Se atribuye a Apolonio una conversación en Alejandría con el que Filóstrato llama el Rey (basileus), o sea, con Vespasiano, pretendiente a la púrpura en el 69: «creo, dice, que será necesario enviar hombres que posean algún tipo de relación con las provincias que habrán de gobernar: que se elijan hombre que sepan el griego para administrar las provincias de lengua griega, y los que sepan latín, para poblaciones de la misma lengua, o de dialectos semejantes» ³⁸⁷. Algunas informaciones de las que disponemos nos muestran que, de hecho, esto era así, y que un gobernador de Grecia que no supiese el griego era una excepción ³⁸⁸. Pero se trata de una regla para los griegos y sólo para ellos. No se trató de imponer una norma similar a los gobernadores de las demás provincias. Si Tiberius Julius Alexander, sobrino de Filón, hizo una brillante carrera en Palestina y Egipto en la segunda mitad del siglo I, fue en tanto que heleno, y no porque fuese de origen judío ³⁸⁹. Algunos galos llegaron a ser senadores, pero hablando latín.

La llamada concordia en la ceremonia de Opis trataba de reunir a los pueblos en torno a los macedonios y los persas, hablando cada uno de ellos su lengua, que para los macedonios era el griego ³⁹⁰. Para los intelectuales griegos del Imperio romano del siglo II, el Imperio romano, del que formaban parte, era un imperio bilingüe, con un poder político y militar de predominio latino y con un poder cultural de predominio helénico. ¿Cómo no comparar estas dos estructuras? ¿Cómo evitar la comparación entre el relato de Arriano y una realidad ideológica y cultural tan aplastante?

Una comparación análoga había sido llevada a cabo, hace ya mucho tiempo, por el barón de Sainte-Croix. No se trataba, es cierto, de Arriano ³⁹¹, sino de Plutarco, ni de la idea de un imperio doble, sino de la idea, atribuida a Alejandro en ese famoso tratado acerca de La fortuna y la virtud de Alejandro, y que hizo soñar a Droysen y a Tarn, de un imperio universal en el que todos los hombres serían ciudadanos del mundo ³⁹²: «no es posible ocultar el que la civilización del género humano consiguió grandes avances durante el reinado de Augusto. Este príncipe unificó a todas las naciones, desde las columnas de Hércules a las riberas del Éufrates, y aunque muchos pueblos siguieron siendo autónomos, o sea, gobernados por sus

propias leyes, no por ello estuvieron menos sometidos a las leyes generales del Imperio, y no formando ya, en modo alguno, más que una sola y única nación. Los griegos envidiaron del emperador romano esta idea de tan bello sistema de gobierno y la reivindicación a favor de Alejandro, su héroe favorito, llevándola incluso más lejos ³⁹³» Mutatis mutandis, eso es lo que he querido demostrar.

VIII Alejandro y el elefante. Apéndice

En el capítulo IV de este ensayo me había preocupado una afirmación demasiado categórica de Paul Goukowsky —autor por lo general muy prudente—, que retomo aquí: «Alejandro reconoció en su victoria del Hydaspes la prueba irrefutable de su divinidad. El "decadracma de Poros" no deja ninguna duda acerca de este punto» ³⁹⁴. Debo confesar que cuando oigo decir que una moneda antigua, especie huidiza si la hubiere, no «deja ninguna duda» sobre cualquier cuestión me siento inflamado por un gran ardor «positivista» y repito la famosa pregunta de Fustel de Coulanges: «¿tiene usted los textos necesarios?». Siguiendo de cerca el razonamiento de Goukowsky, he introducido algunos elementos de inquietud y de duda. Me parecía asombroso que monedas anepigrafas ³⁹⁵ —el decadracma de Poros y dos series de tetradracmas que Goukowsky también comentaba— pudieran ser consideradas, sin más, como monedas de Alejandro, expresando un cambio en su actitud acerca de su propia divinidad, y también curioso que monedas que se fechaban en el 323 pudiesen atestiguar una mutación ocurrida en el momento de la batalla Hydaspes, en el 326. Había expresado mis reservas, pero sin ir más lejos, porque no conocía bien la documentación.

No he cambiado mi texto, pero nuevos análisis ³⁹⁶ —desconocidos para mí y a favor de Goukowsky— me obligan a volver sobre este asunto que sirve para plantear, en mi opinión, una cuestión metodológica interesante.

Planteemos en primer lugar un problema genérico. Un historiador que no tratase de combinar los diferentes tipos de fuentes no podría ser digno de este nombre. Dicho esto, la empresa puede ser extraordinariamente

peligrosa. Llenar una laguna de un relato con una moneda —y no poseemos, por decirlo así, ningún relato antiguo que nos hable de monedas—, insertar una moneda en una cronología política es una empresa decepcionante. Se han asociado grandes acontecimientos de la historia de Atenas o de Sicilia, a Maratón, Salamina, Himera, a monedas que frecuentemente han cambiado de fecha...³⁹⁷. Es verdad que las monedas, al contrario que la cerámica ática, por ejemplo, son producto de la actividad estatal, pero de ello no se deduce que su forma de expresión nos sea accesible de la misma forma que un relato histórico.

Volvamos al caso del «decadracma de Poros». Hasta ahora, se han publicado siete ejemplares. Cuatro de ellos, por lo menos, fueron descubiertos en el mismo tesoro en Irak, escondido, digamos que un poco antes o después del 320³⁹⁸. Hay que ponerlos en relación con los tetradracmas³⁹⁹ que provienen, por lo menos; de dos emisiones similares: uno de ellos lleva en el anverso un arquero disparando, y en el reverso, un elefante, no montado ni armado, «desnudo» en cierto modo, y del que nos sentimos tentados a hacer víctima del arquero. La segunda emisión o, para ser más exactos, el único ejemplar del Gabinete de París, lleva en el anverso una cuadriga con un auriga y un arquero disparando, y en el reverso, un elefante al trote, montado por un «guía», portador de un ankus, al igual que en el decadracma, mientras que en la parte trasera, un abanderado se da la vuelta con lanza en la mano derecha.

El número de problemas que plantean estos documentos es casi infinito. Trataremos de enumerar en principio unos cuantos⁴⁰⁰.

- El personaje representado en el anverso del decadracma como un caballero haciendo frente al elefante, y en el reverso, con la parafernalia de la divinidad, el rayo y la victoria, ¿es Alejandro? Dada la fecha del tesoro, la respuesta es indudablemente sí. Paul Bernard lo ha indicado, al observar en uno de los ejemplares del British Museum un casco tracio con un gran penacho lateral⁴⁰¹, llevado por el caballero y el dios.
- El enfrentamiento entre el caballero y el dueño del elefante, ¿representa un duelo entre Alejandro y Poros? La hipótesis ya había sido formulada desde el momento de la primera publicación del primer ejemplar conocido del decadracma, uno de los ejemplares del British Museum, pero para ser descartada en seguida en beneficio de

otras conjeturas mucho más fantasiosas ⁴⁰². Irónicamente, pero mucho más lógicamente, ninguno de los grandes relatos de la aventura de Alejandro habla jamás de duelo alguno entre el rey macedonio y el rey indio, en el transcurso de la batalla del Hysdaspes ⁴⁰³. Únicamente, Luciano, en su panfleto sobre la historia, explica que Aristóbulo, una de las principales fuentes de Arriano, había inventado totalmente este relato. Alejandro protesta, le arranca el manuscrito de las manos, reprochándole a su vez el hacerle abatir a los elefantes con sólo una jabalina ⁴⁰⁴. ¿Habría que rehabilitar a Aristóbulo con la ayuda del decadracma? Será mejor admitir que el enfrentamiento entre los dos ejércitos fue simbolizado aquí en clave homérica, mediante el combate entre Alejandro y el rey indio.

- Este rey indio —por ir montado en un elefante—, ¿es Poros? Nada podría demostrarlo en modo alguno, y M. J. Price, por ejemplo, ha supuesto que podría tratarse de un personaje abstracto, encarnación de la fuerza india que habría que vencer ⁴⁰⁵. Es cierto que es a la vez decadracma y tetradracma. El arquero del anverso abate al elefante del reverso, lo que también haría quizá el arquero montado en un carro tirado por un tiro de cuatro caballos del Cabinet des Medailles. Lo malo es que los arqueros también son indios y que portan el gran arco indio ⁴⁰⁶. El elefante del decadracma lleva dos personajes: delante, en el lugar habitual del guía, un hombre lleva el ankus, el gancho para elefantes, y una jabalina; en la parte de atrás, el personaje lleva, por el contrario, las manos libres. Uno de los hombres lucha; el otro huye. Paul Bernard lo ha demostrado de forma inapelable ⁴⁰⁷, el «guía» es aquí el rey. ¿Es el adversario de Alejandro? Quizá, en la medida en que no parece un vencido.



1. Anverso



Reverso



2. Anverso



Reverso



3. Anverso



Reverso

1. *El decadrachma de Poros*, según los dos ejemplares del British Museum. C. T. Seltman; *Greek Coins*, lám. 49, n.º 6 y 7, Londres, Methuen, 1934.
2. *Tetradracma del elefante (1)*, según *Antike Münzen, Auktion*, 13, 29-30 de abril... 1975, Bank Leu A. G., Zurich, n.º 131.
3. *Tetradracma del elefante (2)*; ejemplar único del Cabinet de Médailles, según *Antike Münzen, Auktion*, 13, n.º 132.

- ¿Fue acuñada la moneda en vida de Alejandro? Que se sepa, el tesoro de donde provienen los nuevos decadracmas y los tetradracmas contenía monedas de Alejandro (e incluso más antiguas que Alejandro) y algunas de las primeras monedas de su ficticio sucesor, su semihermano idiota, Filipo III Arrideo, asesinado en el otoño del 317 ⁴⁰⁸. Con semejantes datos es imposible zanjar la cuestión. Es verdad que los decadracmas presentan huellas de uso, lo que supone que hubiesen circulado durante muchos años. Pero aparente desgaste podría también explicarse por la mala calidad de la acuñación, rara en monedas de semejante peso, que no debían pasar por las manos todos los días, y comprobable en todos los ejemplares conservados.

Se han propuesto dos soluciones extremas. J. M. Price ha formulado la hipótesis heroica de que estas monedas fueron acuñadas antes del Hydaspes. El decadracma exaltaría por anticipado la victoria sobre los elefantes, mientras que los tetradracmas harían justicia a la integración de los arqueros ⁴⁰⁹ y de los elefantes en el ejército del vencedor. De este modo, volvería a aparecer, a los ojos de Price, la famosa política de fusión definida por Droysen y Tarn. Se trataría de una concepción que podríamos llamar, cortésmente, «programática» de la numismática, y que nos recuerda la de la historia previsora según Luciano. Las objeciones surgen en tropel, y la primera, ésta: parece fuera de duda que estas monedas fueron acuñadas no en Bactria, en las fronteras de la India, sino en Mesopotamia, tratándose ya de la ceca de Babilonia o de la de Susa ⁴¹⁰. Las monedas de Alejandro llevan, por lo general, su nombre en genitivo «Del rey Alejandro». Los decadracmas y tetradracmas con el elefante son anepígrafas, siendo el decadracma la primera representación de un rey en vida de ese mismo rey. ¿Pero estaba vivo en realidad? ¿Caballero en el anverso y portador de un rayo en el reverso, no sería ya objeto de un culto póstumo? Paul Bernard ha propuesto una interpretación radicalmente opuesta a la del M. J. Price. Tan sensible como éste a la autenticidad «india» de los personajes -habla con una precisión etnográfica- buscó quién hubiera podido ser, tras la muerte de Alejandro, a la vez el organizador del culto de Alejandro divinizado y el jefe de un cuerpo de ejército indio.

Eumenes de Cardia, jefe de la cancillería de Alejandro, fue en el 318-317 el gran adversario de Antígono el Bizco, que había aparecido en Irán como el principal sucesor de Alejandro. De hecho, cuando Eumenes sea entregado

por sus tropas, juzgado, condenado y ejecutado por el ejército de Antígono (316), éste aparece como el dueño de casi todas las regiones que llegaban del Asia Menor hasta el Irán, ambos inclusive ⁴¹¹. Pero antes de ser derrotado, Eumenes le había hecho frente, organizando el culto de Alejandro «ausente», alzando su trono vacío en una tienda y fingiendo celebrar reuniones con él ⁴¹². Hay que reconocer que este Alejandro ausente se asocia fácilmente con el Alejandro anepígrafo de las monedas. Y más, teniendo en cuenta, según opina Paul Bernard, que uno de los principales aliados de Eumene, fue Eudamos, el «jefe de los elefantes», según la expresión de Plutarco 413, antiguo sátrapa del Pundjab. Si vino en ayuda de Eumenes con 120 elefantes fue precisamente porque, tras la muerte de Alejandro, había, según Diodoro, asesinado a Poros ⁴¹⁴. Tras la derrota de Eumenes, Eudamos, «que había traído los elefantes desde la India», fue ejecutado antes incluso que Eumenes ⁴¹⁵. Teoría más inteligente, sin duda alguna, que la que coloca a Eudamos en el origen de esta acuñación. Pero hay una objeción de peso: los elefantes de Poros fueron derrotados por Alejandro. Los que están representados sobre los decadracmas y todavía más los de los tetradracmas no tienen el aspecto de ser vencedores. ¿Iba a proclamar su derrota el jefe de los elefantes de combate?

No trataré de sacar ninguna conclusión. Simplemente he querido mostrar que es muy difícil sacar prueba alguna de estas monedas.

Octubre de 1983 - diciembre de 1988

CITAS:

- 1 Fue publicada por primera vez por Antonio Tovar: «Un nuevo epigrama griego de Córdoba: ¿Arriano de Nicomedia, procónsul de Bética?», en P. Laín Entralgo (ed.): Estudios sobre la obra de Américo Castro, Taurus, 1971, pp. 401-412 (ver J. y L. Robert: «Bulletin épigraphique» de la REG, 1973, n.º 539); el mismo autor volvió a publicar y modificó su estudio en Archivo Español de Arqueología, 48, 1975, pp. 167--173, y luego fue objeto de numerosos comentarios, que pueden seguirse en «Bulletin épigraphique», y que no han conseguido resolver el sentido de los dos últimos versos (el tercero está muy mutilado); ver también P. A. Stadter: Arrian of Nicomedia, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1980, pp. 10 y 52, y las notas correspondientes. A partir de entonces se ha publicado una nueva interpretación de los versos en litigio, pero ni más ni menos convincente que las precedentes, por J. H. Oliver, en las pp. 122 -125 de su ensayo: «Arrian in two Roles», Hesperia, Suppl XIX, 1982, Festschrift E. Vanderpool, pp. 122-129 (ver «Bulletin épigraphique» de J. REG, 1982, nº 56).
- 2 Que yo sepa hay tres obras fundamentales y recientes sobre Arriano y la Anábasis de Alejandro: H. Tonnet: Recherches sur Arrien-Sa personnalité et ses écrits atticistes, tesis de doctorado de Estado, Paris-Sorbonne, 1979, dos tomos ahora disponibles de forma ligeramente modificada en A. M. Hakkert, Amsterdam, 1988. Remito al lector a esta edición; A. B. Bosworth: A Historical Commentary on Arrian's History of Alexander, I, Commentary on Books I-III, Oxford, 1980; P. A. Stadter, op. cit., nota precedente; un importante artículo de R. Syme: «The Career of Arrian», Harvard Studies in Cl.Phil, 86, 1982, pp. 171-211, hace un balance de todo lo que sabe y se puede adivinar sobre el cursus de Arriano; citaré estos libros y este artículo sólo por el nombre de sus autores. Un capítulo de Stadter, pp. 164-169, se titula «Between Two Cultures», y puede leerse en ese mismo libro, p. 1: «Él (Arriano) permaneció a horcajadas entre dos mundos, el griego y el romano, y debe ser contemplado como parte de ambos»; la elección de mi título ya estaba hecha cuando conocí esta obra.

- 3 La bibliografía sobre Alejandro es sin duda alguna colosal. Ha sido felizmente presentada, analizada, discutida en el libro de J. Seibert: *Alexander der Grosse*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1972; naturalmente, tendré que citar también obras anteriores. Entre los libros recientes más útiles, ver la buena síntesis de P. Goukowsky, Ed. Will y Cl, Mossé: *Le monde grec et l'orient*, PUF, París, 1975, pp. 247-333; breve puesta a punto de P. Briant: *Alexandre le grand* 2, *Que sais je?*, PUF, París, 1977; síntesis original que resume bien su título, la de K. Kraft: *Der «rationale» Alexander*, *Lasleben*, Kallmünz, 1971; obra en curso, pero fundamental, la de P. Goukowsky: *Essai sur les origines du mythe d'Alexandre*, dos vols. publicados. Publ. de l'Univ. de Nancy II, 1978-1981; una recopilación de artículos importantes: *Fondation Hardt. Entretiens sur l'Antiquité classique*, *Alexandre le Grand. Image et réalité*, *Vandoeuvres*, Ginebra, 1975; para la recopilación de los fragmentos y el análisis de las secuencias en las fuentes narrativas, C. A. Robinson Jr., *The History of Alexander the Great*, II, Brown University Pr., Providence, 1963; para un punto de vista algo optimista de la primera generación de historiadores del héroe, ver P. Pédech, *Historiens compagnons d'Alexandre*, *Belles Lettres*, París, 1984; para la tradición hasta la Edad Media, L. Gracco-Ruggini: «Sulla cristianizzazione della cultura pagana. Il mito greco e latino di Alessandro dall'età antonina al medioevo», *Athenaeum*, 63, 1965, p. 80 (no citado por Seibert); Ch. Frugoni: *La fortuna di Alessandro Magno dall'antichità al medioevo*, *La Nuova Italia*, Florencia, 1978; *Alexander the Great. History and Legend in Art*, Museo Arqueológico de Tesalónica, catálogo de una importante exposición, 1980. Para un estudio del personaje de Alejandro en la época de la monarquía absoluta francesa, ver Ch. Grell y Ch. Michel, *L'Ecole des Princes ou Alexandre disgracié*, precedido por *Les Alexandres*, por P. Vidal-Naquet, *Belles Lettres*, París, 1988.
- 4 Ver S. Thion y B. Kiernan, *Khmers rouges!*, J. E. Hallier-Albin Michel, París, 1981, p. 147; explicación un poco diferente de Sylvain Lévi, *Mémorial Sylvain Lévi*, Hartmann, París, 1937, p. 197: los yavanas (jonios) son los bárbaros del oeste y de la India, los que dirigieron los Estados greco-indios y greco-bactrianos, y desde la India, y mediante sucesivos desplazamientos, los pueblos hinduizados dieron este nombre a sus vecinos, salvajes por definición.

- 5 El praenomen Lucius probablemente no es cierto: (ver Tonnet, I, p. 18 y II, pp. 13-14, y S. Follet: *Athènes aux II et III siècles*, Belles Lettres, París, 1977, p. 35). Hay alguna posibilidad de que su prenombre fuese Aulus. Una de las inscripciones que menciona sus tria nomina (SEG, I, 1923, nº 446 A) ha sido destruida durante la construcción de un puente en Izmit (Nicomedia). La otra, descubierta en Atenas y publicada por D. Peppas Delmouzou (*Archaiologika Analekta*, 3, 1970, pp. 377-380) está mutilada, sin que se pueda elegir de modo seguro entre una alfa y una lambda. Esta minúscula cuestión ha hecho correr ríos de tinta (ver Stadter, pp. 189-190).
- 6 Cinegético, 1, 4; ver también Periplo del Ponto Euxino, XII, 5 y XXV, 1, y Orden de marcha, 10 y 22; Arriano contrapone al antiguo Jenofonte con él mismo, el nuevo. Stadter toma esta información al pie de la letra y quizá tenga razón. Objeciones, por ejemplo, en Brunt: *History of Alexander* (Loeb) I, p. IV. Cito las obras menores de Arriano en el tomo II de la edición Ross-Wirth, Teubner.
- 7 Dión Casio: XLIX, 44, 3; ver Syme, p. 184.
- 8 IG II' 4:251-43; ver Tonnet, II, pp. 15-16, y S. Follet, op. cit., p. 33; este hijo hipotético lleva el n.º 88 del catálogo de H. Halfmann (infra, n. 11).
- 9 Ver L. Robert: «La titulature de Nicée et de Nicomédie: la gloire et la haine», *Harvard Stud. in Cl. Phil.*, 81, 1977, pp. 1-39. Nicomedia era «primera ciudad» y «metrópolis» de Bitinia.
- 10 Sobre Nicomedia y Bitinia, ver sobre todo D. Magie: *Roman Rule in Asia Minor to the End of the Third Century after Christ*, dos vols. Princeton Univ. P., 1950, I, pp. 588-590, y las notas correspondientes. Las fuentes literarias básicas son el libro X de las Cartas de Plinio el Joven, que gobernó el país, y varios discursos de Dión de Prusa; ver también, sobre la «vida política», infra, p. 65.
- 11 Ver H. Halfmann: *Die Senatoren aus dem dstlichen Teil des Imperium Romanun bis zum Ende des 2 Jh. n. Chr.*, col. Hypomnemata, n.º 59, Vandenhoeck und Ruprecht, Gottingen, 1979, con un catálogo; Arriano ocupa el número 56, pp. 146-147.

- 12 Ver Stadter, p. 4, y la bibliografía que cita, p. 192, n. 31, sobre todo G. Bowersock: *Augustus and the Greek World*¹, Oxford Clarendon Press, 1966, pp. 9. 94.
- 13 Excelente análisis del medio al que se dirige Epicteto en el artículo de P. Brunt: «From Epictetus to Arrian», *Athenaeum*, 65, 1977, pp. 19-48; ver también Millar: «Epictetus and the Imperial Court», *Journal of Roman Studies*, 55, 1965, pJ 141-148.
- 14 P. A. Brunt contesta negativamente; la cuestión no es tan sencilla, como demuestra J. Rufus Fears: «The Stoic View of the Career and Character of Alexander the Great», *Philologus*, 118, 1974, pp. 114-130; H. Tonnet, I, pp. 533-572 demuestra cómo los valores estoicos y cínicos, encarnados en el conquistador Heracles, se hallan presentes todo a lo largo de la Anabasis, lo que evidentemente quiere decir que el macedonio los aplique.
- 15 Fouilles de Delphes, III, 4, 1970, n. 290 (A. Plassart); el nombre de Arriano ha sido restituido en la versión griega de este mismo texto, y también en el fragmento 4.961 (*ibid.*, p. 57); sobre la identidad del personaje, ver p. 46; ver también Syme, p. 185.
- 16 El *legatus Augusti pro pretore* en Aquea solía ser un consular; ver Syme, p. 185.
- 17 Ver *Historia Augusta*, Adriano, 7, 1, y Stadter, p. 7, que remite a las discusiones anteriores.
- 18 Un tal corrector Maximus es mencionado en los *Diálogos*, III, 7; podría ser el mismo que un corresponsal de Plinio el Joven (*Cartas*, VIII, 24) en funciones en el 108, lo que nos proporcionaría un *terminus ante quem* para la estancia de Arriano en Nicópolis; ver Bosworth, p. 1, n. 3, que remite a F. Millar: *loc. cit.* (*supra*, n. 13), p. 142.
- 19 Sigo a Stadter, pp. 7-8; Tonnet, I, pp. 25-26, es más reservado (ver, sin embargo, II, p. 25, n. 142).

- 20 Discusión detallada en Tonnet, I, pp. 26-28; Stadter, pp. 8-9, da el hecho por demostrado; al igual que Syme, pp. 188-189, que cree que Arriano era por aquel entonces un oficial de rango ecuestre-
- 21 Anábasis, VIII (India), 4, 15-16.
- 22 Táctica, 37,4; 42,4 y 43,2; Cinegético, 3, 4-6 (palabras galas); Cinegético, 24, 5 (prácticas africanas); ver Tonnet, I, pp. 30-32.
- 23 Ver Syme, pp. 182 y 199-200, que prefiere la fecha del 129
- 24 Dión Casio, LXXIX, 15, 1. Ver el amplio estudio de A. B. Bosworth: «Arrian and the Alani», Harvard Studies in Cl. Phil., 81, 1977, pp. 217-255.
- 25 Fue publicada en 1966 por J. H. Kent, Corinth, VIII, 3, n.º 124, pero la identificación del personaje es debida a G. W. Bowersock: «A New Inscription of Arrian», Greek, Roman and Byz. Stud., 8, 1967, pp. 279-280; el texto ha sido mejorado por J. y L. Robert: «Bulletin épigraphique», de la REG, 1968, n.º 253. De esta misma época quizá date una inscripción latina hallada en Crimea, dedicada a Adriano, en la que ha sido restituido el nombre de Arriano (Année épigraphique, 1905, n.º 175).
- 26 Para las fechas, ver Syme, pp. 202-203; es cierto que la legación de Arriano en Capadocia termina antes de la muerte de Adriano: inscripción de Sebastópolis del Pronto (Dessau, ILS, 8.801, retomada en IGR, III, 111), que nos lo muestra todavía en el lugar en el 137, y su sucesor, L. Burbuleius Sebastianus, estaba en el lugar antes de la muerte de Adriano, según otra inscripción conservada en Nápoles (ILS, 1066). Se ha supuesto (G. A. Harrer, Class. Phil., 11, 1916, pp. 338-339), que Arriano fue después gobernador de Siria; a él hará alusión Luciano en la Muerte de Peregrino, 14, hablando de un gobernador filósofo, esta hipótesis, frecuentemente rechazada, es juzgada como verosímil por Syme, pp. 203-204.
- 27 IG, II', 2055, y S. Follet, Athènes, pp. 35 y 209.

- 28 IG, II, 2, 1773 y 1776 (con una probable restitución en 1773); hay una polémica en este sentido entre A. B. Bosworth: «Arrian's Literary Development», *Class. Quart.*, 22, 1972, pp. 163-185 (ver pp. 181-182), que encuentra esta función indigna, y Tonnct, I, p. 5; Arriano es a la vez consular y filósofo (como indica la inscripción citada, supra, n. 25); esto basta para asegurar su prestigio, y es inútil suponer, como hace J. H. Oliver (loc. cit., [supra, n. 1], pp. 125-129), que fuese encargado por el emperador más adelante de vigilar las sectas filosóficas.
- 29 Galeno: *De usu partium*, XI, 12, II, p. 151 Helmreich; ver Stadter, p. 18.
- 30 Ver J. H. Oliver: «Herm at Athens with Portraits of Xenophon and Arrian», *Am. Jour. of Arch.*, 76, 1972, pp. 327-328, al que sigue Follet: *Athènes*, p. 209, n.º 8.
- 31 Se sabe que éste fue el título de la tesis complementaria de H. I. Marrou (col. del Institut Français de Nápoles, Grenoble, 1938); un excelente ejemplo de una carrera literaria, en latín y griego, que le franqueó la entrada al Senado, fue la de un africano de Cirta (Constantina), Marcus Cornelius Fronto (Frontón), nacido hacia el 95, cónsul en el 143, al igual que Herodes Ático, muerto hacia el 167, y al que está consagrada la monografía de E. Champlin: *Fronto and Antonine Rome*, Harvard U. P. 1980, pero Frontón nunca fue un hombre de guerra.
- 32 Ver G. W. Bowersock: *Sophists in the Roman Empire*, Oxford Clarendon Press, 1969, sobre todo, pp. 43-58; sobre Arriano, ver pp. 113-115. Este libro y el de B. P. Reardon: *Courants Littéraires grecs des II y III siècles après JC*, *Belles Lettres* París, 1971, son dos instrumentos de trabajo especialmente valiosos para el estudio de este período; también se puede tratar de buscar observaciones útiles en el libro menos seguro de V. A. Sirago: *Involuzione politica e spirituali nell'impero del II secolo*, Liguori, Nápoles, 1974; sobre Filóstrato, historiador de los sofistas y sofista mismo, ver también las páginas que le dedica Bowersock, y el estudio de M. Mazza «L'intellettuale come ideologo: Flavio Filostrato ed uno "speculum principis" del I secolo d.C.», en el *Coloquio II Comportamento dell' intellettuale nella società antica* *Ist. di fil. cl. e med.*, Génova, 1980. Sobre la villa Adriana, ver en la serie «*Guida archeologiche Laterza*», F. Coarelli,

Lazio, Bari, 1982, pp. 44-72; para una visión del conjunto del mundo que sostiene la ideología imperial, ver Cl. Nicolet: *L'inventaire du Monde. Géographie et politique aux origines de l'empire romain*, Fayard, París 1988; la publicación, esperemos que próxima, de la tesis de Christian Jacob, sobre el periegeta Dionisio de Alejandría (París, 1988), también aportaría mucho.

33 Ver G. W. Bowersock: *Greek Sophists*, pp. 1-16.

34 Vida de los sofistas, ed. W. C. Wright (Loeb Cl. Lib), 1921, p. 488.

35 Focio: Biblioteca, cod. 58.

36 Cinegético, 1, 4.

37 Literalmente: «los primeros en la lengua griega»; no puedo creer con Bosworth (loc. cit. [supra, n. 28], p. 167), que «los primero» sea aquí un neutro.

38 Anábasis, I, 12, 4-5, texto frecuentemente comentado, pero nunca comparado con la inscripción de Córdoba; ver G. Schepens: «Arrian's View of his Task as Alexander-Historian», *Ancient Society*, 2, 1971, pp. 254-268; Tonnet, I, pp. 69-76; Bosworth, pp. 104-106 (retomando las conclusiones de su artículo citado, supra, n. 28); Stadter, pp. 64-66; el mismo autor explica (*Illinois Cl. Stud.*, 6, 1981, pp. 151-171) el singular emplazamiento de este segundo prefacio mediante la imitación de Herodoto y Tucídides. Me sumo al análisis de J. L. Moles, 'The interpretation of the "second preface", in Arrian's Anábasis», *Journal of Hellenic Studies*, 105 (1985), pp. 162-167.

39 Apiano: Prefacio, 15, 62. Esta comparación ha sido realizada independientemente por Tonnet, I, p. 74, y Stadter, p. 64.

40 Arriano: Bitiniaca, fr. 1 Roos-Wirth (Focio: Biblioteca, cod. 93).

41 Así, Tonnet, I, p. 74, y la mayor parte de los comentaristas; por mi parte, no estoy totalmente seguro.

- 42 La opinión contraria de Bosworth, p. 106, y art. cit. (supra, n. 28), pp. 174-175, unida a la datación alta que propone para la Anábasis, es absurda.
- 43 Alejandro o el falso profeta, 2, trad. M. Caster (ver infra, n. 315), ligeramente modificada.
- 44 En un artículo de la Real-Encyclopadie, II, c. 1230-1247, recogido en Griechische Geschichtschreiber, Hoehler y Amelang, Leipzig, 1954, pp. 130-155, v. p. 132 (c. 1231).
- 45 Trabajos recientes sobre la cronología de Arriano: estoy muy próximo a las conclusiones de Stadter, pp. 179-187, de Tonnet, I, pp. 69-99, y de Syme, poco diferentes entre sí; conclusiones extremas, en sentido contrario, las de Bosworth, pp. 4-6, y art. cit., supra (datación alta de la Anábasis) y de G. Wirth: «Anmerkungen zur Arrianbiographie: Appian, Arrian, Lukian», Historia, 13, 1964, pp. 209-245 (datación baja de la Anábasis; la «patria» de I, 25, 5, es Atenas, y la magistratura, el arcontado); para la Partica, Syme demuestra, pp. 204-205, que puede dudarse entre las fechas separadas por decenas de años (loc. cit., pp. 204-205).
- 46 Arriano: Táctica, 44, 3.
- 47 Cinegético, I, 4; Jenofonte era ya el maestro de Arriano en Capadocia; ver: Orden de marcha, 10, donde se afirma tranquilamente que «Jenofonte» debió ser el jefe del ejército y, sobre todo, de la caballería.
- 48 Recientemente ha sido reencontrado un fragmento en un palimpsesto de Goteborg (Suecia), v. J. Noret, «Un fragment du dixième livre de la Succession d'Alexandre par Arrien...», Antiquite' classique, 52 (1983), pp. 235-242.
- 49 Por ejemplo, en III, 16, 8, sitúa mal al grupo de los tiranicidas, ver Bosworth, pp. 8-11. La fecha propuesta por Bosworth, p. 11, es anterior al 125.
- 50 Ver VIII, 19, 8; en la Anábasis, VI, 28, 6, Arriano hace alusión a la India, precisando que el libro será escrito «en griego», expresión misteriosa.

- 51 La obra clásica sobre el tema es la de W. Schmid: *Der Atticismus in semen Hauptvertretern von Dionysius von Haikarnass bis auf den zweiten Philostratus*, cinco vols. Kohlhammer Verlag, Stuttgart, 1887-1897; muy recientemente, J. Frósen: *Prolegomena to a Study of the Greek Language in the First Century. The Problem of Koine and Atticism*, Inst. Hist. Phil. Univ. Helsinki, 1974, libros en los que Arriano no ocupa más que un lugar miserable.
- 52 Filón, *Quod omnis probus*, trad. Mad. Petid, 140.
- 53 Cicerón: *De oratore*, III, 43.
- 54 Filóstrato: *Vida de los sofistas*, 552-553; ver Tonnet, I, p. 332; este párrafo le debe mucho.
- 55 Filóstrato: *Vida de Apolonio de Tiana*, I, 7, trad. P. Grima) (en *Romans grecs er. latins*, Bibliothèque de la Pléiade; texto griego de F. C. Conybeare, Loeb Cl. 1912).
- 56 *Ibid.*, I, 34.
- 57J. Bompaire: *Lucien, écrivain. Imitation et creation*, De Boccard, París, 1958, p. 116.
- 58 Ver sobre todo Tonnet, 1:, pp. 299-35.
- 59 E. Gabba: «*Storici greci dell'impero romano da Augusto al Severi*», *Rivista Storica Italiana*, 71, 1959, pp. 361-381; cito la página 373, que remite además al trabajo de Schwartz citado, supra, n. 44, al igual que B. P. Reardon: *Courants*, p. 212.
- 60 El investigador que más ha trabajado para hacernos conocer la Atenas imperial es Graindor; se hallará una lista completa de sus trabajos y artículos sobre este terna en S. Follet: *Athènes*, p. 2, n. 6; ver sobre todo: *Athènes sous Hadrien*, Le Cafre, Imprimerie Nationale, Boulac, 1934; la puesta a punto más reciente (poco original) de D. J. Geagan permite por lo menos completar la bibliografía. Se la puede ver en la monstruosa recopilación de H. Temporini y W. Haase: *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II, 7, 1, De Gruyter, Berlín, 1979, pp.

- 371-437 (Roman Athens: Some Aspects of Life and Culture, I, 86 BC, AD, 267»); un repertorio completo de los atenienses que tuvieron la ciudadanía romana, y parcial de los que ocuparon cargos en Roma y Atenas ha sido publicado por M. Woloch: Roman Citizenship and the Athenian Elite A D., 96-161. Amsterdam, 1973; sobre Arriano y su familia, ver pp. 219-221.
- 61 Es hacia esa misma época cuando Finley sitúa el final de la vida política mismo mundo romano; ver Politics in the Ancient World, Cambridge UP, 1983, p. 121.
- 62 Ver H. G. Pflaum: «Lucien de Samosate, archistator praefecti Aegypti, d'après une inscription de Césarée de Mauretanie», Mélanges de l'Ecole française de Rome, 71, 1959, pp. 281-286; Luciano hace alusión a estas funciones, que le llevaron a participar «en la gestión del mayor de los imperios», en la Apología, 12; para la fecha, un poco antes del 175, ver J. Schwartz: Biographie de Lucien de Samosate, coll. Latomus, LXXXIII, Bruselas-Berchem, 1965, pp. 11-12.
- 63 A. Peretti: Luciano. Un intellettuale greco contra Roma, La Nuova Italia, Florencia, 1946; ver la reseña de A. Momigliano: Rivista Storica italiana, 60, 1948, pp. 430-432, republicada en Quarto Con tributo alla storia degli studi classici e del mondo antico, Ed. di storia e letteratura, Roma, 1969, pp. 641-644; ver también J. Bompaigne: Lucien, pp. 115-116. Y, por último, para una refutación decisiva: J. P. V. D. Balsdon: Romans and Aliens, Duckworth, Londres, 1979, pp. 185-187.
- 64 La comparación con Juvenal fue hecha por el propio Peretti, Luciano, pp. 110 y 125.
- 65 El amigo de las mentiras, 3 (ed. A. M. Harmon, Loeb Cl. Lib. III, 1921).
- 66 Ver L. Robert: A travers de l'Asie mineure, Ecole française d'Athènes. Atenas y París, 1980, p. 426.
- 67 Luciano: Doble acusación, 14, traduzco el texto publicado por A. H. Harmon (Loeb Cl. Lib. III).

- 68 G. W. Bowersock: Greek sophists, p. 58; para una discusión, ver E. L. Bowie: «The Importance of Sophists», Yale Cl. Studies, 27, 1982, pp. 29-59.
- 69 Existen otros intelectuales, muy diferentes, y de los que no es éste el lugar para hablar, al igual que otros apocalipsis judíos y cristianos que anuncian el fin de la «bestia romana». El Apocalipsis de Juan, por ejemplo, es probablemente de finales de la época neroniana (ver A. Momigliano: La Storiografia greca, Piccola Biblioteca Einaudi, Turín, 1982, p. 329 (hay traducción castellana, Critica, Barcelona), con las discusiones recientes. Y ¿qué decir de los gramáticos, eruditos y filósofos que no se dejan encuadrar fácilmente en el conjunto de los intelectuales «orgánicos»?
- 70 El estudio fundamental sobre este tema es el artículo de E. L. Bowie: «Greeks and their Past in the Second Sophistic», Past and Present (febrero, 1970), pp. 3-41, republicado con algunas modificaciones en M. I. Finley: Studies in Ancient Society, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1974, pp. 166-209.
- 71 Ver A. Momigliano: «The Origins of Universal History», Annali Scuola Norm., Sup. Pisa, ser. III, XII, 2, 1982, pp. 533-560.
- 72 Este fue antes de su impresión el título de la magistral tesis de N. Loraux: L'invention d'Athènes. L'oraison funébre dans la cité classique, Mouton, La Haya, París, Berlín, 1981: la última oración fúnebre conservada es la de Hipérides.
- 73 Un contemporáneo de Adriano, al que cubrió de honores, Dionisio de Mileto, es el autor de un treno por los muertos en Queronea que gustaba mucho a Filóstrato, y del que se nos han conservado extractos en la Vida de los sofistas, 552, Luciano se reía de él: ¿por qué imitar a Esquines «cuando estamos en paz, cuando Filipo no está en marcha ni Alejandro tiene orden que darnos»? (Maestro de la retórica, 10). Pero el tema que triunfa es el de Maratón, en un número increíble de declamaciones y referencias de todo tipo a esta batalla y a los demás acontecimientos de las Guerras Médicas; ver J. Bompaire, pp. 335-337, y B. P. Reardon: Courants, pp. 106-109.

- 74 Vida de los sofistas, 510-511; Filóstrato dedica (486), sin embargo, algunas líneas a Carneades, que fue embajador en Roma. Podrían multiplicarse las citas 3,10 demostrar, por ejemplo, que Luciano frecuentó muy poco la propia época helenística (ver J. Bompaire: Lucien, p. 162).
- 75 E. L. Bowie, loc. cit., p. 14; Bowie demuestra, p. 12, que Apiano no es más que una aparente excepción; su historia se centra en torno a Roma. Acerca de los anticuarios e historiadores locales, *ibid.*, pp. 19-25. Sobre las desavenencias de Timágenes con Augusto, ver G. W. Bowersock: *Augustus and the Greek World*, pp. 109-110; el texto básico es el de Séneca: *De la cólera*, III, 23, 4-6; sobre la ignorancia de la época helenística en general, ver E. L. Bowie: *ibid.*, pp. 19-25.
- 76 El libro de J. Bompaire, *Lucien*, es básico para este punto; se le puede completar con el estudio de G. Anderson: «Lucian: a Sophist's Sophist», *Yale Cl Stud.*, 27, 1982, pp. 61-92.
- 77 J. Bompaire escribe con razón: «Es en Roma donde los griegos se hicieron conscientes de la fuerza y el papel de la mimesis» (*Lucien*, p. 13).
- 78 El estudio clásico sobre Aristides es el de A. Boulanger: *Aelius Aristide et la Sophistique dans la province d'Asie au II sude de notre ése*, De Boccard, París, 1923.
- 79 Para un comentario detallado de estos dos discursos de ocasión, J. H. Oliver: *The Civilizing Power: A Study of the Panathenaic Discourse of Aelius Aristides*, *Trans. of Amer. Philos. Soc.*, 58, 1, Filadelfia, 1968; *The Ruling Power: A Study of the Roman Empire in the Second Century after Christ through the Roman Oration of A. A.*, *ibid.*, 43, 4, 1953. Acerca de la reutilización de los temas de la oración fúnebre, N. Loraux: *Invention d'Athènes*, pp. 260-264. También he sacado un gran provecho al leer M. H. Quet: *La mosaïque cosmologique de Mérida*, De Boccard, París, 1981, part. pp. 51-59. Es imposible tomarse en serio la idea lanzada por J. W. Day de un retor de la segunda sofística inclinándose escrupulosamente ante la tradición oral: *The Glory of Athens. The Popular Tradition as Reflected in the Panathenaicus of A. A.*, Ares, Chicago, 1980.

80 Ver Tonnet: I, p. 12.

81 Los textos han sido estudiados por Tonnet, I, pp. 12-13, y sobre todo, por Stadter, pp. 152-160.

82 Táctica, I, 1.

83 Herodoto, III, 122.

84 Anábasis, II, 6, 7; Bosworth lo compara con Apiano: Prefacio, 9, 34, y Dexippo un historiador ateniense posterior), fr. 12 Jacoby.

85 Ver infra, p. 41; sobre la recuperación de este esquema por parte de Roma, quizá desde el siglo II a.C., ver Momigliano, loc. cit. [supra, n. 70], pp. 543-545.

86 Anábasis, I, 9, 1-8.

87 No habla de las que vinieron después, como las del 146 (conquista de Grecia por los romanos), sobre la que había meditado Polibio (XXXVIII, 1-3), lo que me parece lógico, y no entiendo por qué Bosworth se lo reprocha (p. 85). Por el contrario, sí que tiene razón al extrañarse (ibid.) de la ausencia de toda referencia a la destrucción de Olinto por Filipo.

88 Ver L. Canfora: «La préface de Thucydide et la critique de la raison historique», REG, 1977, pp. 455-461; «Trovare i fatti storici», Quaderni di Storia, 13 (enero-junio, 1981), pp. 211-220.

89 Ver Bosworth, pp. 85-86. Todos los comentarios han destacado este hecho.

90 Crítica muy relativa, por supuesto, porque Tucídides no podía predecir el futuro, pero crítica que sirve para poner de manifiesto que Arriano es consciente de pertenecer a otra época.

91 Se hallará una noticia acerca de cada una de ellas en el libro antes citado, n. 3, de J. Seibert: Alexander der Grosse, pp. 25-41.

92 Quinto Curcio: Historias, X, 9,. 5.

93 Una demostración de esta identidad o, por lo menos, de su carácter posible, ha sido llevada a cabo por J. E. Atkinson: *A Commentary on Q. Curtius Rufus' Historiae Alexandri Magni Books 3 and 5*, J. C. Gieben, Amsterdam, 1980, pp. 50-73; ha convencido a R. Syme (supra, n. 2), pp. 197-198; el retrato de Tácito se encuentra en los *Annales*, XI, 21. Curcio Rufo, «hombre nuevo», se habría beneficiado de una aparición que le habría prometido el proconsulado de la provincia de África, una de las más elevadas dignidades a las que podía aspirar un senador.

94 Ver el estudio de C. P. Jones, citado, infra, n. 142

95 Ver J. Seibert: op. cit., pp. 219-227, y el artículo citado supra, n. 3, de L. Gracco-Ruggini. El libro fundamental sobre este tema es el de G. Cary, *The Medieval Alexander*, Cambridge U. P., 1956.

96 Es lo que demuestra P. Goukowski en el primero de los dos tomos citados, supra, n. 3.

97 Ver L. Ruggini (luego, Gracco-Ruggini), «L'Epitoma Reruns Gestarun Alexandri Magni o il Liber de Morte Testamentoque eius», *Athenaeum*, 39, 1961, pp. 285-357; la segunda parte del manuscrito de Metz derivaría de un panfleto que dataría del comienzo de las luchas entre los sucesores de Alejandro; conclusiones recordadas en el artículo varias veces citado del mismo autor, *Athenaeum*, 63, 1965, pp. 7-8. Sobre otro texto de época tardía, pero que en lo esencial deriva de Arriano, ver H. Tonnet: «Le résumé et l'adaptation de l'Anabase d'Arrien dans l'itinéraire Alexandri», *Revue des textes*, 9, 1979, pp. 293-354.

98 Ver la puesta a punto fundamental de P. Goukowsky, al principio de su edición con la traducción del libro XVII de Diodoro (*Belles Letres*, París, 1976), pp. IX-XXXI.

99 Acerca de esta captación, R. M. Errington: «Alexander in the Hellenistic World», en el volumen citado, supra, n. 3, de la Fundación Hardt, pp. 137-179, part. p. 138-145.

100 R. M. Errington, loc. cit., pp. 153,154 y 171-172.

101 Ver el capítulo siguiente de este estudio.

102 Estoy pensando en los discursos 52 y 59 de Dión.

103 Psellos, Cronografía, III, 8, trad. E. Renault, Be lles Lettres, París, 1926, p. 37; para situar este texto en su contexto bizantino, ver la disertación de H. J. Gleixener: Das Alexanderbild der Byzantiner, Salzer, Munich, 1961, sobre todo, pp. 11-51.

104 La bibliografía es de nuevo enorme, y no pretendo haberla ni siquiera hojeado. La cuestión ha sido bien esbozada por A. Bruhl: «Le souvenir d'Alexander le Grand et les Romains», Mélanges de l'Ec. fr. de Rome, 47, 1930, pp. 202-221. Se hallará una lista detallada en Seibert: Alexander der Grosse, pp. 217-219. El tema fue después presentado de forma completa por Ch. Frugoni: La Fortuna di Alessandro Magno (y el artículo de L. Gracco-Ruggmi, supra, n. 3). La época republicana, que continúa con Augusto, ha sido objeto de una importante disertación de O. Weipert: Alexander imitatio und römische Politik in republikanischer Zeit, Diss Wurzburg, 1972; sobre Pompeyo, J. Cl. Richard: «Alexander et Pompée», Mélanges P. Boyancé, Ec. Fr. de Rome, 1974, pp. 653-669, y muy recientemente, P. Greenhalg, Pompey I: The Roman Alexander, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1980, pp. 171-173. Sobre la tradición «pompeyana», V. Tandoi: «Intorno ad Anth. Lat., 437-438 e al mito di Alessandro fra i «Pompeiani», Studi ital. di Fil class., 35, 1963, pp. 69-106. Parcialmente reproducido en Cf. Frugoni: op. cit., pp. 70-77. No hay ninguna obra reciente sobre el conjunto del período romano; ver en el volumen de la Fundación Hardt, H. Wirth: «Alexander und Rom», pp. 181-210, el artículo, en mi opinión capital, de P. Ceaucescu: «La double image d'Alexandre le Grand á Rome. Essai d'une explication politique», Studii Clasice, XVI, 1974, pp. 153-168.

105 Estas tradiciones han sido estudiadas en la recopilación difusa, y a veces muy ingenua, pero útil, sobre todo porque reproduce y traduce los textos de L. Braccesi: Alessandro e i Romani, Paternò, Boloni, 1975; ver sobre todo pp. 145-170; para la «embajada del 334», ver Memnón de Heracles, fr. 18 Jacoby. El propio Braccesi ha publicado sobre el mismo tema L'ultimo Alessandro, Ed. Padova, Padua, 1986.

106 Anábasis, VII, 15, 5 y VII, 1, 3.

107 Mostellgria (La comedia del fantasma), III, 2, 775 este texto no nos da a conocer, por supuesto, el momento en el que Alejandro llegó a ser conocido en Roma; ya lo era, por supuesto, tres cuartos de siglo antes, cuando un nuevo Alejandro griego, Pirro, rey de Epiro, invadió Italia (sobre Pirro y Alejandro, ver P. Lévêque: Pyrrhos, De Boccard, París, 1954, pp. 652, y pass.in).

108 J. R. Fears: art. cit., supra, n. 14, ha demostrado que se trata de una tradición estoica propiamente romana; la tradición griega es más compleja.

109 Cicerón: Tusculanas, V, 32, 91.

110 Séneca: Sobre los beneficios, I, 13; Cartas a Lucilio, XV, 94, 2; Sobre la cólera, III, 17, 1. Las referencias están recogidas en la disertación de M. Eicke: Veterurn philosophorum qualia fuerint de Alexandra indicia, Rostock, 1909 (sobre Séneca, pp. 21-37, con, p. 36, comparaciones decisivas entre este filósofo y el relato de Quinto Curcio).

111 Lucano: Farsalia, X, 1-52, del que cito o parafraseo las expresiones más características.

112 Muy bien analizadas por P. Ceaucescu y V. Tandoi en los artículos citados, supra, n. 103, en los que se hallarán las referencias básicas.

113 Quinto Curcio, VI, 6, 1, trad. H. Bardon, Belles Lettres, 1961; ver J. Thérasse: «Le jugement de Quinte-Curce sur Alexandre; une appréciation morale indépendante»; Les Etudes classiques, 41, 1973, pp. 23-45, se trata de demostrar que ahí tenemos el juicio de Quinto Curcio, no el de Clitarco; por el contrario, en un análisis un poco forzado J. Thérasse ha querido demostrar que la tradición de Trogo Pompeyo (Justino) no moralizaba de la misma forma; ver «Le moralisme de Justin rogue Pompée) contre Alexandre le Grand; son influence sur l'oeuvre de Quinto Curce», Antiquité Classique, 37, 1968, pp. 551-588. Se puede comparar el relato del Quinto Curcio con el de Diodoro, XVII, 79, 1-6, que insiste sobre el carácter excepcional del asunto de Filotas, y con Anábasis, III, 26, 1-4.

- 114 Tito Livio, IX, 16, 19-19, 17; cito 17, 2; para un comentario, ver sobre todo los artículos ya citados de J. Cl. Richard, V. Tendoi y P. Ceaucescu, que proporcionan numerosos paralelos.
- 115 El nombre de Pompeyo, el único de los contemporáneos —César no es citado— aparece en 17, 6.
- 116 Ver supra, p. 30.
- 117 Annales, II, 73.
- 118 Ver O. Weipert: op. cit., pp. 47-55.
- 119 Carta a M. Caelius Rufus del 14 de noviembre del 51. Ad Familiares, II, 10, 3.
- 120 J.M.Bertrand, en Cl. Nicolet (ed): Rome la conquête du monde méditerranéen, et, Génese d'un empire, PUF, París, 1978, p. 814.
- 121 Ver Apiano: Mitridates, 114-117; Plutarco: Pompeyo, 46, 102; Plinio: Hist. nat., VII, 95; Diodoro, XL, 4; ver Bruhl, art. cit., pp. 206-207, y, en general, O. Weiper: op. cit., (supra, n, 104), pp. 56-104; la comparación fue llevada muy lejos, llegando hasta el encuentro mítico con las Amazonas (referencias en Weipert, op. cit., p. 80), por ejemplo; Plutarco: Pompeyo, 35, 5-6.
- 122 Ver P. Treves: «Cesare ed Alessandro», en Cesare nel bimillenio della morte, Turín, 1965, pp. 69-82, reproducido en Cf. Frugoni: op. cit., pp. 83-91. Entre las fuentes descaran Plutarco: César, 11, 5-6; Apotegmas de los reyes y los emperadores, 206 b; Suetonio: Cesar, 7 (que sigue a Dión Casio, XXXVII, 52 2).
- 123 Suetonio: Caligula, 52 y 55, y para Bucéfalo, Diodoro: XVII, 95, 5; Quinto Curcio: IX, 3, 23; Arriano: Anábasis, V, 19, 4 y 29, 5; Plutarco añade que Alejandro dio también a otra ciudad el nombre de su perro (Alejandro, 61, 2-3).

124 Ver: infra, pp. 42-43.

125 Dión Casio: LXXVIII,'7-8, texto sembrado de detalles pintorescos.

126 Historia Augusta, Severo Alejandro, 13-14.

127 Remito de nuevo a los importantes artículos de V. Tandoi, J. Cl. Richard y P. Ceaucescu, cit. supra, n. 104.

128 B Plinio: Hist. Nat., XXXIV, 64; Veleio Patérculo, I, ii, 4; ver A. Bruhi, art. cit., (supra, n. 104), p. 205. Se trata del grupo mencionado por Arriano, Anábasis, I, 16, 4, y que él creía aparentemente que siempre había estado en Dión, al sur de Macedonia.

129 Sigo sobre este punto la demostración de Olivier Picard, respondiendo a A. Giovannini, Istituto Italiano di numismatica, Annali, 29 (1982), pp. 245-250.

130 Ver A. R. Bellinger: Essays on the Coinage of Alexander the Great. Amer. Num. Soc., Nueva York, 1963, p. 93 y lám. III, 13; J. Price: Coins of the Macedonians, British Museum Publ., Londres, 1974, pp. 32-33 y him. XVI, 84.

131 Seneca el retor: Suasoriae, I, 6; Plutarco: Antonio, 34-36; ver A. Bruhl, loc. cit., p. 208; también participa de la misma degeneración (ver Suetonio: Augusto, 17).

132 Ver además de los artículos citados, D. Kienast: «Augustus und Alexander», Gymnasium, 76, 1969, pp. 430-456, parcialmente republicado y traducido en Ch. Frugoni: op. cit., pp. 95-98, y G. Nenci: «L'imitatio Alexandri nelle Res gestae divi Augusti», en su recopilación: Introduzione alle guerre persiane e altri saggi di storia antica, Goliardica, Pisa, 1958, pp. 285-308.

133 Por ejemplo, Suetonio: Augusto, 94.

134 Suetonio: Augusto, 50, ver A. Bruhl, loc. cit., p. 209.

135 Ver Res gestae, 31-32 Gagé; ver G. Benci: loc. cit., seguido por L. Braccisi: op. cit., (supra, n. 105), pp. 104-109.

- 136 A nábasis, VII, 15, 5. Aristos es citado por Estrabón (XIV, 682), y es por lo tanto anterior a Augusto.
- 137 Suetonio: Augusto, 18, trad. H. Ailloud, Belles Lettres, 1931; Dión Casió añade que en este acto la nariz del cadáver se rompió (LI, 16, 5).
- 138 Art. cit., en Ch. Frugoni, op. cit., p. 96; según Dión Casio, LI, 16, 4.
- 139 La misma que encarnaría la corriente ideológica pompeyana y que retomará la oposición «senatorial», centrada en torno a Italia y a sus privilegios.
- 140 E. Norden: «Ein Panegyricus auf Augustus in Vergils Aeneis», Rhein. Mus. 54 1899, pp. 466-482, parcialmente traducido en Ch. Frugoni: op. cit., pp. 91-95; el texto en cuestión es: Eneida, VI, 791-807.
- 141 Sobre este problema, ver el importante libro de G. W. Bowersock: Augustus and the Greek World (supra, n. 12), que demuestra, pp. 21-29, la utilización por parte de Augusto de parte del personal, y también de la ideología de Antonio, y más recientemente, J. Kaimio: The Romans and the Greek Language, Societas Scientiarum. Fennica, Helsinki, 1979, pp. 49-51.
- 142 Sobre la fortuna de los romanos; Sobre la fortuna y el valor de Alejandro. Acerca de este paralelo, y en general sobre la actitud de Plutarco hacia Alejandro y Roma, ver C. P. Jones: Plutarch and Rome, Oxford, Clarendon Press, 1972, pp. 67-70. Un comentario reciente (en el mismo editor, 1969), de la Vida de Alejandro, obra de J. R. Hamilton, ha conseguido llevar a cabo la hazaña de no decir nada de la relación de esta vida, y de los escritos que la precedieron, con Roma.
- 143 Sobre la fecha de esta Vida, que sería de la época de Trajano, ver C. P. Jones: «Towards a Chronology of Plutarch's Works», Journal of Roman Studies, 56, 1966, pp. 61-74, y sobre todo, pp. 68-70.
- 144 Alejandro, 1, 1.
- 145 R. Flacelière, en la edición de Belles Lettres, 1975, compara con razón Alejandro, 69, 88, Pericles, 1, 1, y Numa, 19, 6.

- 146 Alejandro aparece bajo un enfoque totalmente positivo en el segundo discurso, diálogo entre Filipo y Alejandro, pronunciado ante Trajano en el 104. La fecha del cuarto discurso, que pone cara a cara a Alejandro y Diógenes, y recuerda que el enemigo es el Gran Rey (45, 46), ha sido objeto de una profunda discusión de P. Desideri: Dione di Prusa. Un intelletuale greco nell'impero romano, Ed. G. d'Anna, Mesina y Florencia, 1978, pp. 288-295 y 335-336, que remonta esta fecha hasta el reinado de Nerva (96-98).
- 147 Para utilizar el vocabulario de G. Wirth, en el volumen de la Fundación Hardt, p. 190.
- 148 Pseudo Elio Aristides, Retórica, I, p. 162 (p. 61, Schmid).
- 149 Elogio de Roma, 24-27; traduzco un pasaje del párrafo 26.
- 150 Anábasis, VII, 2, 1.
- 151 Anábasis, VV, 15, 5; ver Tonnet, I. pp. 516-517.
- 152 Táctica, 33, 2, trad. en Tonnet, I, p. 58.
- 153 Anábasis, III, 5-7.
- 154 Ibid., V, 6, 1-8, 2.
- 155 Dión Casio: LXXXVIII, 7, 22; ver también Herodiano IV, 8, 1-3, que escribe, por ejemplo, que «llegado a la Tracia fronteriza con Macedonia, en seguida se convirtió en Alejandro».
- 156 Dión Casio, LXXVIII, 22, y Herodiano, IV, 8, 2.
- 157 Dión Casio, LXXVII, 8.
- 158 Comparación destacada por Ceaucescu, loc. cit., p. 167.
- 159 Dión Casio, LXXX, 18.

- 160 El único testimonio directo es el muy posterior del cronista bizantino Juan de Lidia (siglo VI), De magstr. pop. rom., III, 35, aunque, como demuestra Tonnet, I, p. 27, es confuso e imposible de aceptar literalmente.
- 161 Ver la discusión de Stadter, pp. 139-141; lo que escribió sobre este tema E. Cizek: L'Epoque de Trajan, Belles Lettres, Bucarest y París, 1983, pp. 388-390, va, en mi opinión, más allá de lo que permiten las fuentes, pero la cuestión sigue abierta.
- 162 Dión Casio, LXVIII, 26.
- 163 Ibid., 29-30; sobre la guerra pártica propiamente dicha, el trabajo clásico es el libro de J. Guey: Essai sur la guerre Parthique de Trajan, Moniteur officiel et Imprimeries de l'Etat, Bucarest, 1937; sobre el ejemplo de Alejandro, ver pp. 110-111, 120; ver, muy recientemente, M. Angeli Bertinelli: 'I Romani altre l'Eufrate nel II Secolo d.C.', en la recopilación de H. Temporini y W. Haase: Aufstieg und Niedergang (supra, n. 60), II, 9, 1, pp. 3-45.
- 164 Ver G. Wirth: «Arrian und Traian. Versuch einer Gegenwartsdeutung», Studi Clasice, XVI, 1974, pp., 169-209, sobre todo, pp. 202-207.
- 165 Supra, p. 19.
- 166 Anábasis, Prefacio, 1-2.
- 167 Supra, p. 20.
- 168 P. Veyne: Les Grecs ont-ils cru á leurs nythes?, Seuil, París, 1983, p. 20; se podrá matizar esta afirmación recordando la célebre fórmula de Quinto Curcio (IX, 1, 34): Equidem plura transcribo quam credo (por mi parte, transcribo más cosas de las que creo).
- 169 Tonnet, I, p. 1.
- 170 Diodoro: XVII, 117, 3; Quinto Curcio, X, 6, 16.

- 171 A modo de comparación, destacaremos que las proporciones están invertidas en lo que se refiere a Tolomeo y Perdicas en Quinto Curcio.
- 172 Un Tolomeo jefe del cuerpo de los mercenarios (Anábasis, I, 14, 6; 22, 4, 7; 23, 6; II, 5, 7; 8, 4), probablemente diferente del Tolomeo jefe de los tracios (IV, 7, 2); ver sobre este punto el estudio prosopográfico clásico de H. Berve: *Das Alexanderreich auf prosopographischer Grundlage*, dos vols., Beck, Munich, 1926, n. 671; un Tolomeo, hijo de Seleuco: I, 24, 1; 29, 4; II, 10, 7. El Tolomeo jefe de los mercenarios quizá aparezca en Quinto Curcio, VII, 10, 11, pero el historiador latino no lo distingue.
- 173 Anábasis, VI, 11, 8; Quinto Curcio, IX, 5, 21, que también leyó esto en Timágenes.
- 174 Anábasis, II, 11, 8.
- 175 Ibid., III, 29, 6-30, 3.
- 176 Tonnet, I, p. 195.
- 177 Anábasis, IV, 6, 6, compárese con Estrabón, XI, 518; Anábasis, VII, 21, 1-5, y Estrabón, XVI, 741 (hidrografía); Anábasis, III, 28, 5-7, VI, 22, 4; VII, 20, 2; VI, 29, 4-11, y Estrabón, XV, 730 (arquitectura), etc.; ver Tonnet, I, pp. 139-148, donde se hallarán copiosas referencias.
- 178 Ver Tonnet, I, pp. 136-137.
- 179 Anábasis, II, 3, 7-8.
- 180 Quinto Curcio, IX, 10, 24-29; G. Radet: *Alexander le Grand*, *L'Artisan du Livre*, París, 1950, pp. 337-341.
- 181 Anábasis, VI, 28, 3.

- 182 Ver sobre este tema el capítulo extraordinariamente documentado de P. Goukowsky: *Essai sur les origines*, II, pp. 47-64. Goukowsky llega a la conclusión de que se trata no de una voluntad de imitar a Dioniso, sino de un kómos epinikios, una procesión para saludar la victoria, en honor del propio Dioniso.
- 183 Ver infra, p. 62.
- 184 Quinto Curcio, VIII, 9, 21.
- 185 *Andbasis*, IV, 14, 3.
- 186 *Ibid.*
- 187 Plutarco tampoco, porque da tres versiones: ahorcamiento, muerte en una prisión, en la que Calístenes estaba encadenado, obesidad (*Alejandro*, 55, 9-10).
- 188 *Andbasis*, III, 3-4; ver las modernas discusiones en J. Seibert: *Alexander der Grosse*, pp. 115-125; compara, por ejemplo, con Diodoro, XVII, 49-51; Quinto Curcio, IV, 7, 5-32; Plutarco, *Alejandro*, 26-27.
- 189 Diodoro, XVIII, 28, 3; hay un debate sobre este punto en las fuentes; según algunas (por ejemplo, Quinto Curcio, X, 10, 31; Pausanias, I, 6, 3), Alejandro habría sido enterrado primero en Menfis; ver la nota de P. Goukowsky a Diodoro, XVIII, 28, 3 (*Belles Lettres*).
- 190 Para la historia de esta teoría desde el siglo XIX (Droysen) y la de su refutación, se hallarán indicaciones necesarias en el volumen de la Fundación Hardt: A. R. Bosworth: «*Arrian and Alexander Vulgate*», pp. 1-33, sobre todo, 1-6; no citaré más que trabajos posteriores.
- 191 N. G. L. Hammond: *Alexander the Great*, Chatto and Windus, Londres, 1981, p. 1.
- 192 *Andbasis*, VII, 25-26; *Alejandro*, 76-77.

- 193 Para el relato de la peste de Atenas y sus dificultades, ver A. Parry: «The Language of Thucydides's Description of the Plague», *Bull. inst. of Class. Stud.*, 16, 1969, pp. 106-118; por lo que se refiere a Alejandro, la mayor parte de los historiadores creen que murió de malaria, pero hay excepciones.
- 194 Así, N. G. L. Hammond: op. cit., p. 298: «si el diario del rey fue falsificado, como creen algunos, no sería inútil en passant que fuese falsificado por quienes deseaban presentarlo como un borracho».
- 195 Ver P. Goukowsky: *Essai sur les origines*, I, pp. 199-200, y II, p. 134. Goukowsky resuelve de un modo elegante una de las dificultades del texto: la presencia en Babilonia (Plutarco: Alejandro, 76, 8) de un santuario de Serapis. Demuestra que no hay más que un aparente anacronismo; quizá tenga razón.
- 196 Ver Diodoro, XVII, 118; Plutarco, Alejandro, 77; Quinto Curcio (X, 10, 14-17) y Justino, XII, 14, consideran esta versión probable o cierta, y es la que mantiene el Epítome de Metz. Ver L. Ruggini, loc. cit. (supra, n. 97), pp. 311-313.
- 197 Bosworth (art. cit., supra, n. 89), cita, p. 4, una fórmula especialmente brutal del historiador W. W. Tarn (*Alexander the Great*, II, Cambridge, UP, 1950, p. 135): «nuestra reconstrucción debe estar basada en Arriano, y sólo en Arriano; sería una regla inútil la de tratar de incorporar el material de fecha desconocida de Diodoro y Curcio». Cuando se mira el texto se puede observar que en modo alguno se trata de una regla planteada como general y que su aplicación queda reducida a algunas cuestiones de historia militar.
- 198 Alexander le Grand, p. 424.
- 199 Anábasis, Prefacio, 2 y 3.
- 200 Tonnet, I, pp. 107-131, y del mismo autor, «La Vulgate dans Arrien», *Festschrift t G. Wirth*, I, Hakkert, Amsterdam, 1988, pp. 635-656; el artículo citado supra de Bosworth compara los dos relatos fundamentales, aunque no estudia la utilización de sus predecesores por parte de Arriano, pero por lo menos tiene el valor de demostrar

que en relación a la Vulgata, Arriano subestima los fracasos o semifracasos sufridos por su héroe.

201 No pudo desarrollarlo, pero entre las comparaciones interesantes, ver, por ejemplo, Anábasis, I, 11, 7, y Justino, XI, 5, 10 (Alejandro desembarca «totalmente armado» sobre la tierra asiática), o el relato relativo al rey de Frigia Gordios, que no aparece en Arriano (Anábasis, II, 3, 1-5) y en Justino (XI, 7, 5-13).

202 Tomo los dos ejemplos de Tonnet, I, pp. 124-125. Arriano (I, 9, 10), y el Pseudo Calístenes (I, 27, codex A') son los únicos en contar — Arriano según un «se dice»— que Alejandro, tras la toma de Tebas, perdonó la casa de Píndaro. El Pseudo Calístenes (III, 32, codex A') cuenta que Alejandro, envenenado, quiso arrojarse al Éufrates, y que se lo impidió Roxana, preocupada por su gloria (leyenda también conocida en el Epítome de Metz, 101-102, De Morte Alexandri), ed. P. H. Thomas (Teubner, Leipzig, 1966, p. 37). Arriano conoce este relato (Anábasis, VII, 27, 3) y lo rechaza.

203 En la época de mis inicios en este oficio, hace una treintena de años, solía oponerse el relato lírico de G. Radet, inspirado por Quinto Curcio, y la seca monografía de U. Wilcken, Alexander der Grosse, Leipzig, 1931, conocida por la traducción francesa de R. Bouvier (Payot, París, 1952). La obra de este discípulo de Mommsen era en su conjunto fiel a Arriano. Sobre U. Wilcken y su lugar en los estudios antiguos, ver K. Christ: Römische Geschichte and deutsche Geschichtswissenschaften, Beck, Munich, 1982, pp. 70-71.

204 Quinto Curcio, X, 10, 9-12.

205 Ver G. Bounoure: «L'odeur du héros. Un thème ancien de la légende d'Alexandre», Quaderni di Storia, 17 (enero-junio 1983), pp 3-46.

206 ¿En qué nivel de la realidad hay que clasificar el famoso pothos (deseo, impulso), sobre el que tanto insiste Arriano?

207 Anábasis, VII, 1, 5-6, que Tonnet (I, p. 124) compara con el Pseudo Calístenes (codex A'), III, 14, 22.

208 Ibid., VII, 2, 1.

209 Ibid., 3, 1-6 y 18, 6.

210 El dossier de los testimonios de época helenística ha sido reunido por Mad. Petit, en su edición del *Quod oranis probus*, de Filón de Alejandría (1974), pp. 93-96; sobre Masada, ver Flavio Josefo: *Guerra de los judíos*, VII, 351-357, e *infra*, p. 292. F. Schmidt acaba de estudiar este dossier: «Entre Juifs et Grecs: le modele indien», *Purusartha*, 11 (1988), pp. 33-47.

211 Alejandro, 64.

212 *Alexandre et les sages del l'Inde*», *Mélanges G. Bonfante, Paideia*, Brescia, 1975, pp. 555-560; G. Dumézil ha tenido la amabilidad de proporcionarme no sólo estas páginas, sino también la versión ampliada en la que han sido publicadas: *La Courtisane et les siegneurs colorís. Esquisses de mythologie*, Gallimard, París, 1953, pp. 66-74. La cuestión de Megástenes, principal fuente de Arriano en lo referente a la India, ha sido retomada y analizada profundamente por A. Zambrini, «Gli Indika di Megastene», *Annali S. N. Pisa*, s. III, 13 (1982), pp. 149, II, *ibid.*, 15 (1985), pp. 781-853, y «A propósito degli Indika di Arriano», *ibid.* XVII (1987), pp. 139-154.

213 Ver bajo este título el libro de L. Manir', Ed. de Minuit, París, 1975.

214 Pseudo Calístenes, I, 34, 1-2 (codex A'); Wilcken, crítico severo si lo hubiere, acepta esta afirmación, por lo menos en lo sustancial (*Alexandre le Grand*, pp. 120-121).

215 P. Goukowsky: *Essai sur les origines*, II, p. 3.

216 Remite a su tomo I, pp. 61-63, al que sigo de cerca. Es a esas páginas a las que se refieren las comillas.

217 Sobre este documento, ver A. R. Bellinger: *Essays on the Coinage* (*supra*, n.º 129), pp. 27, 79, y lám. I, 13; ver también *infra* el apéndice titulado «Alejandro y el elefante»

- 218 Anábasis,, V, 11-19. Bucéfalo murió de viejo, sin duda alguna poco después de esta victoria (ibid., 19, 4).
- 219 Al igual que otras dos series de tetradracmas, que Goukowsky compara con razón con el célebre decadracma (Essai sur les origines, II, pp. 3-4).
- 220 Los trabajos de Goukowsky proporcionan inagotables referencias en este campo. Es en la medida en la que su autor es un buen conocedor de la actual Macedonia, por lo que la biografía de N. G. L. Hammond es valiosa.
- 221 Vida de Apolonio de Tiana, II, 12, trad. P. Grimal; la palabra «elefante» no figura en el texto.
- 222 V, 29, 1-2. Ver Diodoro, XVII, 95, 1, y Plutarco: Alejandro, 62, 8.
- 223 Filóstrato: Vida de Apolonio de Tiana, II, 43, trad. Grimal; otro ejemplo de inscripción imaginaria a las orillas del Hyphasis, Pseudo Calistenes, III, 7, cod. A': «Hasta este lugar llegó Alejandro, rey de los macedonios».
- 224 Ibid.
- 225 Anabasis, I, 16, 7.
- 226 Las inscripciones más importantes de la época de Alejandro están reproducidas y comentadas en M. N. Tod: A selection of Greek Historical Inscriptions, II, Oxford Clarendon Press, 1948, n. 183-204. Un pequeño número de estas inscripciones (las números 183, 184, 185, 186, 187, 188, 192, 197, 201 y 202) se refieren directamente a la época de Alejandro. Siete de estos documentos han sido publicados, traducidos y comentados por A. J. Heisserer: Alexander the Great and the Cree/es, the Epigraphical Evidence, Un, of Oklahoma Press, 1980.
- 227 Es el número 192 de la recopilación citada, data del 332, y no me parece del 334, como quiere A. J. Heisserer, pp. 83-95.

- 228 Ch.-Le Roy: «Alexander á Xanthos», Actes du colloque sur la Lycie antique, Bibliothèque de l'Institut Français d'Etudes anatoliennes d'Istanbul, XXVII, Maisonneuve, París, 1980, pp. 51061, y lámina XI.
- 229 La toma de las ciudades de Licia y, sobre todo, de Xantos, es mencionada brevemente en la Anabasis, I, 24, 4.
- 230 Alejandro, 17, 4, trad. Flacelière. Ch. Le Roy observa acertadamente (pp. 52- 53) que si en el ámbito geográfico Fenicia viene después de Cilicia, se trata de un procedimiento retórico (hysteron-proteron) usual.
- 231 Ch. Le Roy: loc. cit., p. 54, basándose en Plutarco: Alejandro, 14, 7; 18, 2; 27,6.
- 232 Ch. Le Roy: *ibid.*
- 233 P. Goukowsky: Essai sur les origines, II, p. 115. Las páginas 113-117 de este volumen están dedicadas totalmente a Xantos.
- 234 P. Goukowsky ha indicado acertadamente (p. 114), que en el texto de Plutarco, la visita a Xantos es un punto de partida hacia Cilicia y Fenicia. Basta con mirar un mapa para comprobar que en estas condiciones no ha lugar una marcha hacia Frigia y Gordion.
- 235 P. Goukowsky: *ibid.*
- 236 J. y L. Robert: «Bulletin épigraphique», de la REG, 1980, n.º 487.
- 237 Volveré sobre estos temas en el apéndice.
- 238 Ver en J. de Romilly: Histoire et raison chez Thucydide, Belles Lettres, París, 1956, el capítulo titulado «relatos de batallas».
- 239 Anábasis, I, 13, 3-4; la misma oposición por lo general en Plutarco, Alejandro, 16, 2-3, con el detalle suplementario de que el mes en curso en el calendario macedonio no era considerado favorable para la dirección de la guerra.

240 Diodoro: XVIII, 19, 3; ver la nota de P. Goukowsky, en su edición de Diodoro, XVII, pp. 180-181; puesta a punto favorable a Arriano de P. A. Brunt en su edición de la Anábasis, I, pp. 449-453.

241 lista es la hipótesis de Paul Goukowsky, loc. cit.

242 Resumo aquí los análisis que se encontraran de modo mucho más detallado en mi libro: *Le Chasseur noir. Formes de pensée et formes de société dans le monde grec*², La Découverte-Maspero, París, 1983, pp. 123-207. La obra de conjunto fundamental es la, en cuatro volúmenes, de W. K. Pritchett: *The Greek State at War*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1974-1985; ver también Yvon Garlan: *La guerre dans l'Antiquité*, Nathan, París, 1972, y la recopilación editada por J. P. Vernant: *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, Mouton, París, 1968.

243 No he encontrado gran ayuda sobre esto en el libro de R. Lonis: *Les usages de la guerre entre Grecs et barbares, des guerres médiques au milieu du IV siècle av. JC*, Annales litt. de l'univ. de Besancon, Belles Lettres, París, 1969.

244 Esquilo: *Persas*, 424-426, trad. Mazon.

245 Ver Annie Schnapp-Goubeillon: *Lion-Héros-Masque*, Maspero, París, 1981.

246 Este predominio de las formas de guerra no hoplíticas, tal y como están representadas en la cerámica, acaba de ser estudiado en una tesis de tercer ciclo por F. Lissarague (EHESS, París, 1983). Esta tesis será próximamente (1989) publicada en la colección "Images à l'appui" (Ecole Française de Rome y Editions La Découverte).

247 Sobre todo, en el canto X, la «Dolonía».

248 He esbozado muchos análisis en torno a este tema en mi libro citado supra, n. 243. Se hallarán numerosas referencias textuales y bibliográficas, sobre todo a los trabajos de H. Jeanmaire, L. Gernet y A. Brelich, a los que debo mucho. Añádanse L. Gernet: «Structures sociales et rites d'adolescence dans la Grèce antique», REG, 1944, republicado en: *Les Grecs sans miracle*, La Découverte-Maspero,

- París, 1983, pp. 201-211. La tesis de Alain Schnapp, *La duplicité du chasseur*, ha sido defendida en 1988, y será objeto de una próxima publicación; renueva la cuestión. Ver también mi artículo «Retour au chasseur noir, *Mélanges Pierre Le'veque*, II, *Belles Lettres*, Besancon y París, 1988».
- 249 El cazador negro de la mitología exagera lo que en la práctica era un estadio rovisional, simbolizado, por ejemplo, por las clámides negras de los efebos atenienses; ver *Le Chasseur noir*, pp. 160-161.
- 250 Ver M. Detienne y J. P. Vernant: *Les ruses de l'intelligence, La méti des Grecsz*, Flammarion, París, 1978.
- 251 Ver P. Levéque y P. Vidal-Naquet: «Epaminondas pythagoricien ou le probleme tactique de la droite et de la gauche' *Historia*, 9, 1960, pp. 294-308, corregido y aumentado con un apéndice polémico en: *Le Chasseur noir*, pp. 95-121 (hay traducción castellana, Península, Barcelona, 1983).
- 252 P. Savinel ha precedido su traducción con algunas indicaciones en este sentido. La bibliografía no es gigantesca, como puede apreciarse en Seibert: *Alexander der Grosse*, pp. 200-213; ver en el volumen de la Fundación Hardt, R. D. Milns: «The Army of Alexander the Great», pp. 87-130, y la discusión que sigue, pp. 131-136, pero este estudio no toca los problemas que me parecen capitales, y lo mismo ocurre con la puesta a punto de P. A. Brunt, en su edición de la *Anábasis*, I, pp. LXIXLXXXII; acerca del papel político y judicial del ejército macedonio ha realizado importantes aportaciones P. Briant, en su tesis: *Antigone le Borgne. Les débuts de sa carrilre et les problemas de l'assemblée macédonienne*, *Annales lit. de l'univ. de Besancon*, *Belles Lettres*, París, 1973, pp. 237-350.
- 253 Para Gránico, *Anábasis*, I, 14, 7; Issos, II, 8, 9; Gaugamelas, III, 11, 8; Hydaspes, V, 13, 4; los relatos de la Vulgata no modifican este dato, que se confirma por parte de los historiadores contemporáneos, ver, por ejemplo, U. Wilcken: *Alexander le Grand*, pp. 92, 109, 141, 188.
- 254 En Gaugamelas, Alejandro y su ala derecha se deslizan hacia la izquierda para enfrentarse con el ala derecha de los persas (ver *Anábasis*, III, 15, 1).

255 Anábasis, I, 6, 3; en su comentario, Bosworth, pp. 70-72, trata de forma detallada acerca de esta batalla, pero no resuelve este punto.

256 Ver, por ejemplo, Anábasis, III, 1, 8; 5, 9; IV, 24-30; V, 10, 11.

257 Esquines: Contra Ctesifonte, 132.

258 Éste es el caso de Filotas, Anábasis, III, 26, 2-3, y de Hermolao. 259

259 Plutarco: Alejandro, 72, 4.

260 Quinto Curcio, VIII, 1, 11-14; el lugar es Basista, cerca de Maracanda (Samarcanda). Una anécdota pone en duda, a propósito de la caza, a Alejandro en sus relaciones con Lisímaco, y es narrada por Justino, XV, 3; Séneca: Sobre la cólera, III, 17; Sobre la clemencia, I, 25; Plinio: Hist. Nat., VIII, 54. Otro ejemplo de caza del león, junto a Poros, puede verse en Quinto Curcio, IX, 2, 31-33, pero en él son los perros los que desempeñan un papel heroico.

261 Quinto Curcio, VIII, 1, 18; los «amigos» son los titulares de una dignidad áulica.

262 Plutarco: Alejandro, 40, 4. Plutarco también hace alusión en el párrafo siguiente a un grupo escultórico de Delfos que representaba a Alejandro, rey de Asia, ayudado por Crátero que en el 323 será «el destinado a realeza» (Ed. Will: *Le monde grec et l'orient*, II, p. 350), en el transcurso de una cacería de leones; se ha conservado la dedicatoria del grupo, ofrecido por el hijo de Crátero (Fouilles de Delphes, III, 4, n. 137, R. Flacelière); este grupo también es mencionado por Plinio, Hist. Nat., XXXIV, 64. Todavía será una cacería de león la que aparezca, junto a una escena de batalla, en el «sarcófago de Alejandro», del Museo de Estambul; hay que añadir evidentemente el fresco que representa una caza real y que adorna la tumba llamada de Filipo II, en la necrópolis real de Vergina.

263 Hegesandro, en Ateneo, I, 18 a; ver *Le Chasseur noir*, p. 170.

264 Plutarco, Alejandro, 23, 4.

- 265 Anábasis, IV, 13; relato análogo en Quinto Curcio, VIII, 6-8.
- 266 Anábasis, IV, 13, 1, lo mismo en Quinto Curcio, VIII, 6, 4.
- 267 Anábasis, IV, 13, 1 y 4; Quinto Curcio, 6, 3 y 14-17.
- 268 Anábasis, IV, 13, 2; el relato de Quinto Curcio, VIII, 6, es idéntico.
- 269 Quinto Curcio, VIII, 8, 3.
- 270 Es curioso que la acusación que pesa contra Filotas, antes de la conspiración en la que estuvo implicado, es la de «servirse para la caza de redes de cien estadios de largo», evidentemente armas de astucia enormemente amplias; se trata de lo contrario que el crimen de Hermolao (Plutarco, Alejandro, 40, 4).
- 271 Han sido estudiados de forma diferente de lo que presento aquí, por A. B. Bosworth, en el volumen de la Fundación Hardt, pp. 30-31.
- 272 Anábasis, I, 6, 3 (Gránico); II, 11, 4 (Issos); III, 11, 10 (Gaugamelas); Quinto Curcio, VII, 1, 3, hizo la generalización necesaria.
- 273 Flavio Josefo, Antigüedades judaicas, XI, 333, 336; Alejandro, ante el asombro de Parmenión, se prosterna ante el dios de los judíos.
- 274 Herodoto, VII, 9-18.
- 275 Anábasis, III, 9, 3; Quinto Curcio, III, 7, 8-10.
- 276 Anábasis, II, 4, 9-10.
- 277 Ibid., II, 25, 2-3; anécdota que figura también en Diodoro, XVII, 54, 4-5; Plutarco, Alejandro, 29, 7-8; Quinto Curcio, IV, 11-15; Justino, XI, 12, 10 (en este último, sin el intercambio Alejandro-Parmenión).
- 278 Anábasis, III, 18, 12.
- 279 Anábasis, I, 13, 3-7.
- 280 Ibid., I, 18, 6-9.

- 281 Ibid., III, 10, 1-2; Arriano presenta esta anécdota como un «dicho»; se halla, en efecto, en la Vulgata, pero bajo muy distintas formas. La expresión «no quiero la victoria» es común a Arriano y a Plutarco: Quinto Curcio, Diodoro y Justino ponen el acento en el sueño de Alejandro, que se prolonga hasta el amanecer, mientras que Parmenión, durante la noche, se prepara para el combate: ver Diodoro, XVII, 56, 13; Quinto Curcio, IV, 13, 14-25; Plutarco, Alejandro, 31, 10-32, 2; Justino, XI, 13.
- 282 Eurípides: *Andrinnaca*, 693-700, trad. Grégoire (Belles Lettres); el primero de estos versos es puesto en boca de Chito por Plutarco, Alejandro, 51, 8; la misma idea es expresada en *Andbasis*, IV, 8, 4-5. Ver A. Aymard: «Sur quelques vers d'Euripide qui poussèrent Alexander au meurtre», *Etudes d'histoire ancienne*, PUF, París, 1967, pp. 51-72 (publicado en: *Mélanges H. Grégoire*, 1949).
- 283 El capítulo sobre este tema del libro de D. A. Russell: *Criticism in Antiquity*, University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1981, pp. 99-113, no habla en absoluto del siglo II. Remitamos una vez más al libro de J. Bompaigne: *Lucien ecrivain*, sin aceptar necesariamente toda la inspiración.
- 284 Ver el artículo citado supra, n. 9 de L. Robert: «La titulature de Nicée et de Nicomédie» y, en general, D. Magie: *Roman Rule*, I, pp. 630-658, especialmente pp. 635-639, y B. P. Reardon: *Courants littéraires*, pp. 128-134.
- 285 Nicole Loraux tiene en preparación una obra sobre este importante tema.
- 286 Ver sobre este tema el capítulo VI de la obra de P. Desideri: *Dione di Prusa*, pp. 376-434, y C. P. Jones: *The Roman World of Dio Chrysostom*, Harvard, U. P., 1978, pp. 83-103.
- 287 Discurso 38 («A los nicomedios sobre la concordia con los nicenos»), 38; cito la traducción de este pasaje por L. Robert, loc. cit., p. 5; para la fecha (hacia el 98 o un poco más tarde), parece ser que hay un acuerdo casi general; ver, por ejemplo, C. P. Jones, op. cit., p. 135.

- 288 Preceptos políticos, 813 e; traduzco el texto de la edición H. N. Fowler (Loeb Cl. Lib., 1936); acerca del texto y su interpretación, ver C. P. Jones: *Plutarch and Rome* (supra, n. 142), p. 133. Es él quien hizo ver que aquellos *kaltioi* son no las botas de los soldados, sino el calzado de un senador procónsul.
- 289 A las ciudades sobre la, concordia, 60-63, p. 48-49 Keil; sigo de cerca la traducción de A. Boulanger: *Aelius Aristide*, p. 380; ver B. P. Reardon: *Courants littéraires*, pp. 132-133; Aristides recuerda además en este texto (en 61) la dócil sumisión de las ciudades griegas a Filipo y Alejandro.
- 290 Ver R. Caillois: «Economie quotidienne et jeux de hasard en Amérique Ibérique», *Annales E. S. C.*, 3, 1948, pp. 427-436.
- 291 En lo que me opongo, por ejemplo, a un reciente artículo de Cl. Lepelley y F. Jacques: «Perspectives nouvelles sur l'histoire de l'empire romain», I, *Historiens et géographes*, 287 (octubre-diciembre 1981), pp. 409-416.
- 292 Ver B. P. Reardon: *Courants littéraires*, p. 105, que da la bibliografía.
- 293 Ver B. P. Reardon: op. cit., pp. 309-409, y ahora, el manual de Th. Hágg: *The Novel in Antiquity*, Blackwell, Oxford, 1983; acerca del lugar de la Novela de Alejandro, ver pp. 125-140.
- 294 La filiación de Calirroé se da ya en el primer párrafo de la novela; en el prefacio a su traducción de Quereas y Calirroé (*Romans grecs et latins*, Pleiade), P. Grimal observa el parentesco existente con la historia de Alejandro (p. 381). La fecha de la novela, cuyos primeros testimonios los constituyen papiros de finales del siglo II d.C., ha sido objeto de discusiones y algunos autores incluso la hacen remontarse a época helenística; ver en último lugar B. P. Reardon: «Theme, Structure and Narrative in Chariton», *Yale Cl. Stud.*, 27, 1982, pp. 1-27.
- 295 Lo que no se autorizaría a B. P. Reardon a escribir: «La Anábasis es una historia impura, escrita por un espectro» (*Courants littéraires*, p. 213).

- 296 La cuestión de la mimésis está en el núcleo del estudio, ya varias veces citado, de J. Bompaire sobre Luciano como escritor; aquí la abordaré de un modo diferente. Sobre la biografía de Luciano, nacido poco antes o después de la ascensión de Adriano (117), y muerto tras Marco Aurelio (180), ver J. Schwartz: *Biographic de Lucien de Samosate*, - coll. Latomus, nº LXXXIII, Bruselas-Berchem, 1965.
- 297 J. Schawartz la fecha en torno al 165, op. cit., p. 149, sin explicarlo.
- 298 Cito la *Historia verdadera*, según la traducción de P. Grimal (Pleiade), aquí p. 1345; el texto griego se puede ver en la edición con traducción inglesa de A. M. Harmon (Loeb Classical Library, 1, 1913). Lo que Luciano escribe sobre la India puede hacer alusión a Arriano, *Andbasis*, VIII (India), 3, 1, 5, 2-4, 6, 1-2 y 7, 1.
- 299 *Historia verdadera*, I, 1-3.
- 300 Este origen es indudable (ver P. Grimal, p. 1342); está comprobado por el hecho de que el viaje a la luna comience en las columnas de Hércules.
- 301 Ver Timeo, 21 a; L. Brisson: *Platon, les roots et les mythés*, Maspero, París, 1982; P. Vidal-Naquet: *Le Chasseur noir*, pp. 343-344; «Hérodote et l'Atlantide: entre les Grecs et les Juifs», *Quaderni di Storia*, 16 (julio-diciembre 1982), pp. 2-76, sobre todo, 6-7.
- 302 Luciano: *Cómo se escribe la historia*, 31 (edición con traducción inglesa de K. Kilborn, Loeb Classical Library, VI, 1959); para un estudio detallado de las circunstancias de la composición del libro y sus alusiones a la actualidad, ver L. Robert: *A travers de l'Asie mimare* (supra, n. 66), pp. 422-426.
- 303 *Ibid.*, 15, donde se ridiculiza a un personaje que aparece con el nombre de Crepereius Calpurnianus de Pompeiopolis.
- 304 *Ibid.*, 51; como lo indicó, siguiendo a Momigliano, P. Veyne (*Les Grecs ont ils era d leurs mythes?*, p. 161, n. 200), la famosa expresión de Ranke, gran maestro de la historia positivista, que decía que el historiador debe contar el pasado «tal y como ocurrió», *wie es eigentlich gewesen*, es una traducción de Luciano, *ibid.*, 39.

- 305 Un símbolo de las Luces, en los textos y en el arte figurado de la época de la segunda sofística, como demostrará un estudio todavía inédito de Marie-Henriette Quet.
- 306 Luciano, *ibid.*, 62.
- 307 *Ibid.*, 34.
- 308 La expresión se repite en *ibid.*, 3 y 63 (párrafo final).
- 309 Se trata de un viejo debate, sobre el que hay una bibliografía casi secular; ver J. Schwartz: *Biograph'ie*, pp. 59-60. Sin embargo, no creo, como Schwartz, que el tratado de Luciano, obra de actualidad, haya sido publicado inmediatamente después que la *Andbasis*. Había de todo, igual que en las bibliotecas.
- 310 Luciano, *ibid.*, 17; Arriano: *Andbasis*, prefacio, 1-2.
- 311 Luciano, *ibid.*, 40, y *Andbasis*, I, 12, 1-5; ver Tonnet, I, p. 94.
- 312 *Andbasis*, IV, 9, 1-4.
- 313 Luciano, *ibid.*, 38.
- 314 Y en los demás ejemplos citados por J. Schwartz: *Biographie*, pp. 59-60.
- 315 Cito la edición y la traducción, con un comentario importante de M. Caster: *Etudes sur Alexandre ou le faux prophète de Lucien*, Belles Lettres, París, 1938. La fecha posterior al 180 es cierta, porque Luciano hace alusión (48) a la muerte de Marco Aurelio; este tratado constituye un importante documento de la historia religiosa (ver en último lugar, L. Robert: *A travers de l'Asie mineure*, pp. 393-420), así como «Le serpent Glycon d'Abónouteichos á Athènes et Artémis d'Ephese Rome», *C. R. Acad. Inscip.*, 1981, pp. 513-535, pero no es éste el aspecto del texto que me interesa.

- 316 Luciano: Alejandro, 1; la identificación de Celso, puesta en duda por Caster, op. cit., pp. 1-6, me parece demostrada por J. Schwartz, *Biographie*, pp. 23-24.
- 317 Alejandro, 1-2.
- 318 Como lo ha visto acertadamente, J. Bompaire: *Lucien écrivain*, pp. 619-620, al que sigo de cerca, añadiendo algunos detalles.
- 319 Luciano: Alejandro, 4, 6-7, 9-10, 24, 37 y 51.
- 320 *Ibid.*, 36.
- 321 *Ibid.*, 56; Roos, en su edición de Arriano (II, p. XLV, n. 24), supone que este Jenofonte es un esclavo de Luciano; esta hipótesis me parece absurda.
- 322 *Ibid.*, 60.
- 323 *Ibid.*, 2.
- 324 Ver L. Robert: *Etudes anatoliennes*, De Boccard, París, 1937, p. 38, n. es gracias a las inscripciones, como conocemos la ortografía exacta del nombre: Tillirobos, y no Tilliboros.
- 325 F. Zimmermann: «Ein Bruchstück aus Arrians Tilliborou bios», *Archiv für Papyrusforschung*, 11, 1935, pp. 165-175, pero se trata de un texto de carácter religioso, en el que el mismo nombre del bandido está ampliamente restituído, y esta identificación no ha convertido a nadie (ver L. Robert, loc. cit., que no deja dudas sobre esta afirmación; Stadter, p. 239, n. 81).
- 326 Tonnet, I, p. 73; «ladrón de las naciones», *latro gemtiumque vastator* es una expresión de Séneca, *Sobre los beneficios*, I, 13, 3.
- 327 G. Glotz, P. Roussel, R. Cohen: *Histoire ancienne* (G. Glotz, ed.), II, *Histoire Grecque*, IV, PUF, París, 1938, p. 33.

- 328 No hay un estudio de conjunto sobre Sainte-Croix. Se pueden ir recogiendo algunas informaciones en las noticias que fueron escritas tras su muerte, por ejemplo, por Silvestre de Sacy: *Discours, opinions et rapports sur divers sujets de législation, d'instruction publique et de littérature*, Debure, París, 1823, pp. 371-404, o por B. J. Dacier: «Notice historique sur la vie et les ouvrages de M. de S. C.», París, 1809 (extracto del *Moniteur*, n. 188, 1809), y todavía de Sacy, en la *Bibliographie universelle* de Michaud (1861); hay algunas indicaciones en la obra de Alfred Maury: *L'ancienne académie des inscriptions et belles lettres*, Didier, París, 1864 (ver el índice); la tesis de Badolle, sobre L'abbé Jean-Jacques Barthélemy (1716-1795) et l'hellenisme en France dans la seconde moitié du XVIII siècle, PUF, París, 1929, hace alusión en muchas ocasiones al que fue amigo y editor del abate, tras la muerte del mismo, pero no proporciona bibliografía.
- 329 Esta segunda edición fue reimpressa, tal cual, en París en 1810, lo que ha dado lugar a algunas confusiones.
- 330 Un gran libro sobre Droysen: B. Bravo, *Philologie, histoire, philosophie de l'histoire, étude sur J. Droysen, historien de l'Antiquité*, Academia de las Ciencias de Polonia, Wroclaw, Varsovia, Cracovia, 1968.
- 331 Esta primera edición fue objeto de una traducción por J. Benoist-Méchin, publicada en dos ocasiones con algunas modificaciones, Grasset, París, 1935, y Club du meilleur livre, París, 1957; en estas dos ocasiones todo el aparato crítico fue suprimido sin piedad alguna, sin que se le advierta al lector, procedimiento usual (denunciado por B. Bravo, op. cit., p. 136, n. 164), lo que permite hablar de la «poesía» o el «entusiasmo» del joven filólogo, ocultando su notoria erudición.
- 332 Texto traducido de forma correcta, bajo la dirección de A. Bouché-Leclerq, por E. Legrand, como tomo I de la *Histoire de l'Hellenisme*, Leroux, París, 1983, con algunas notas suplementarias debidas a Droysen.
- 333 Sobre todo, B. G. Niebuhr, fundador de la historia romana crítica, en sus lecciones profesadas en Bonn, en 1826 y 1829-1830, y publicadas tras su muerte (1831): *Vortrdge über alte Geschichte*, II,

Reimer, Berlín, p. 423; «es un trabajo que para la filología alemana es muy insuficiente, y en estas condiciones debe ser considerado como inexistente», juicio reproducido sin comentarios en J. Seibert: Alexander der Grosse, p. 3. Seibert comete además el error, tomado de Niebuhr, de datar la segunda edición del Examen critique en 1810.

334 Droysen destaca la coincidencia entre la publicación de 1804 y «el comienzo de la carrera del héroe de los tiempos modernos» (Napoleón), y lo considera como «el primer trabajo básicamente moderno sobre Alejandro» (artículo de los *Jahrbücher für Wissenschaftliche Kritik*, 1833), citado por Bravo, p. 135, n. 161, y que no he podido consultar.

335 Sainte Croix: Examen Critique, 1775, pp. 1-2 y 5.

336 Los trabajos recientes, como los que he citado sobre Alejandro de los romanos o de Bizancio, o incluso el llevado a cabo recientemente por F. de Polignac (ver provisionalmente: «L'image d'Alexandre dans la littérature arabe: l'Orient face à l'hellenisme?», *Arabica*, 29, 1983, pp. 296-306), podría con toda razón reivindicar a Sainte-Croix, a pesar de las evidentes diferencias de perspectiva. El esfuerzo de P. Goukowsky para examinar acontecimiento tras acontecimiento y durante muchos decenios, el destino del mito de Alejandro también va orientado en ese sentido, pero ¿disponemos de los elementos necesarios para dar unos cortes tan precisos?

337 Como indica Bravo, op. cit., pp. 18-19, si la segunda edición contiene una puesta al día, considerables modificaciones y un aparato erudito singularmente reforzado, sin embargo, las tesis básicas seguían siendo las mismas.

338 Insisto en la palabra tensión (ver Bravo, op. cit., p. 17); ver en la obra de Droysen la aplicación mecánica de la dialéctica hegeliana no es hacerle justicia.

339 Hay una inmensa bibliografía sobre Niebuhr, que se hallará citada, por ejemplo, en K. Christ: op. cit., (supra, n. 203), pp. 35-43; no es inútil destacar que Niebuhr, fiel a Arriano en lo que se refiere al relato, viese en Alejandro a un auténtico aventurero («ein wahrer Abenteuer»), *Vorträge*, II, p. 451.

- 340 Droysen: Briefwechsel' (ed. R. Hubner), Biblio-Verlag, Osnabruck, 1967, p. 44.
- 341 Droysen: Alexandre, trad. Benoist-Méchin, 1957, p. 432.
- 342 Es el famoso episodio —sobre el que volveré— de Arriano: Anábasis, VIII, 8-12.
- 343 Droysen: ibid., p. 443. Nótese el tono paulino: «No habrá judío ni griego...
- 344 Alejandro, mediador para todo el mundo, la idea proviene de Plutarco: La Fortuna de Alejandro, 329, c; ver sobre este texto F. Hartog: Le temps de la rcexion, IV, 1983, pp. 174-179.
- 345 El nombre de Roma no aparece en el índice de su correspondencia; acerca del papel secundario de Roma en su concepción de la Historia Universal, ver B. Bravo, op. cit., pp. 282-275.
- 346 W. W. Tarn: «Alexander the Great and the unity of Mankind', Proceedings of the British Academy, 19, 1933, pp. 123-166, republicado en G. T. Griffith (ed.): Alexander the Great. The Main Problems, Hefler, Cambridge, 1966, pp. 243-286; Tarn ha, desde entonces, retomado y desarrollado este tema, en Alexander the Great, II (supra, n. 197), pp. 399-449.
- 347 El banquete público es una institución de la ciudad griega, acerca de la que Pauline Schmitt-Pantel ha realizado una importante monografía; es interesante verlo aquí traspuesto.
- 348 Anábasis, VII, 11, 8-9.
- 349 He aquí un tema que será familiar a los retores. Tenemos un célebre ejemplo en la Carta de Aristóteles a Alejandro sobre la política a seguir con respecto a las ciudades, cuya única versión completa está en árabe (trad. J. Bielawski, comentario de M. Plezia, Academia de Ciencias de Polonia, Wroclaw, Varsovia, Cracovia, 1970), y es muy difícil tomarla, por un documento auténtico.

350 Parfraseo a Estrabón, I, 66-67.

351 Entre las refutaciones: E. Badian: «Alexander the Great and the Unity of Mankind», *Historia*, 7, 1958, pp. 425-444, republicada en G. T. Griffith (ed.): *Alexander the Great*, pp. 287-306, y H. C. Baldry: *The Unity of Mankind in Greek Thought*, Cambridge, U. P., 1965, pp. 113-127.

352 Anábasis, VII, 4, 4-7.

353 Se hallarán numerosas precisiones en la disertación de V. Losemann: *Nationalsozialismus und Antike*, Hoffman and Camps, Hamborough, 1977; ver también K. Christ, op. cit., supra, n. 202, pp. 244-246, con bibliografía, y la disertación rica en información (pero no sobre Alejandro) de B. Nf, *Von Perikles zu Hitler? Die atheniesche Demokratie und die deutsche Althistori bis 1945*, Peter Lang, Berna, Frankfurt, Nueva York, 1986:

354 H. Berve: «Die Verschmelzungspolitk Alexanders des Grossen», *Klio*, 31, 1938, pp. 103-135; la expresión citada se halla en la página 127.

355 K. Kraft: Der «rationale» Alexander (supra, n. 3); hay que indicar con Bravo (op. cit., p. 136, n. 164) que el propio Droysen: «trató de modo insistente y deliberado de demostrar que Alejandro era un héroe racional, lúcido, educado, sistemático, que hacía planes grandiosos, pero racionales; un héroe al estilo de Napoleón».

356 Ver, por ejemplo, P. Goukowsky, en *Le monde grec et l'Orient*, II, p. 305, y A.B. Bosworth: «Alexander and the Iranians.», *Journal of Hellenic Studies*, 100, 1980, pp. 1-21; el problema fundamental, el de las «continuidades» o «rupturas» entre el Oriente aqueménida y el Oriente helenístico, es tratado por P. Briant en un artículo de 1979, republicado en su recopilación: *Rois, tribus et paysans*, *Belles Lettres*, 1982 («Anuales littéraires de l'université de Besancon», n. 269, pp. 291-330).

357 Sobre la utilización de Alejandro y de la propia noción de civilización helenística por parte de la ideología colonial, ver P. Briant, art. cit. supra, pp. 293-297.

- 358 La «permanencia» de Egipto bajo la aparente helenización es un tema que vuelve numerosas veces; permanece el hecho de que el copto está literalmente repleto de palabras griegas y se escribe con caracteres griegos.
- 359 Demetrio de Falero, en Polibio XXIX, 21, trad. D. Roussel (Pléjade); este texto ha sido uno de los puntos de partida de la reflexión de Cl. Préaux: «Réflexions sur l'entité hellénistique», *Chronique d'Egypte*, 40 (enero, 1969), pp. 129-139.
- 360 Así, Cl. Préaux, en el artículo que acabo de citar, y en la introducción de su libro: *Le monde hellénistique*, dos vols. Coll. La nouvelle Clio, PUF, 1978 (hay traducción castellana, Labor, Barcelona); pero también se puede, por supuesto, no darse cuenta de la existencia del problema, y no ver en la cultura helenística más que a griegos; así, por ejemplo, F. Chamoux: *La Civilisation hellénistique*, Arthaud, París, 1981; por el contrario, en el sentido opuesto, puede leerse A. Momigliano: *Sagesses barbares, les limites de l'hellenisation*, trad. M. Cl. Roussel, Maspero, París, 1979.
- 361 Sobre la naturaleza de la cual se ha escrito mucho, discutido e incluso dado coces, ver, además, del estudio de P. Briant (supra, n. 252), la puesta a punto de E. Lévy: «La monarchie macédonienne et le mythe d'une royauté démocratique», *Ktérna*, 3, 1978, pp. 201-225, donde se hallará la bibliografía básica.
- 362 Algunos críticos creen que una parte al menos de estos acontecimientos tuvieron lugar en Susa; esto carece de importancia en este momento.
- 363 Anábasis, VII, 9-10.
- 364 Anábasis, VII, 11, 1-3.
- 365 Es más prudente en la segunda edición: «que las palabras que Arriano pone en boca del rey provengan de una fuente auténtica o que hayan sido libremente inventadas, ajustándose a la situación, no por ello merecen menos el ser citadas a causa de su importancia», *Histoire de l'Hellénisme*, I, p. 653.

- 366 N. G. L. Hammond: *Alexander the Great*, (supra, n. 191), p. 244.
- 367 Añado el caso de las inscripciones de Asoca (III a. C.), el emperador budista que a veces se dirigió a los griegos mediante inscripciones griegas para predicar su fe. Naturalmente, no menciona a Alejandro. Hablando de hazañas exegéticas, haré alusión a un artículo de S. Lévi publicado primero en las *Mélanges Maspero II* (IFAO, El Cairo, 1934) y republicado en *Mémorial Sylvain Lévi*, supra, n. 4, pp. 413-423.
- 368 No se trata aquí de Herodoto el «mentiroso», al que Plutarco, contemporáneo de Arriano, había consagrado un tratado y sobre el que ha reflexionado F. Hartog: *Le miroir d'Herodote*, Gallimard, París, 1980, se trata por el contrario de un Herodoto digno de fe. Arriano disponía entonces de un doble modelo de relato histórico, el de Jenofonte y el de Herodoto.
- 369 Acerca de la India como lugar de maravillas, ver J. P. V. D. Badson: *Romans and Aliens* (supra, n. 63), p. 251, y la pseudocarta de Alejandro a Aristóteles, que se hallará traducida en Ch. Frugoni: *La fortuna di Alessandro* (supra, n. 3); texto latino en F. Pfister (ed.): *Kleine Texte zum Alexanderroman*, Carl Winter, Heildlberg, 1910, pp. 38-41, trabajos de A. Zambrini citados, supra, n. 212.
- 370 *Anabasis*, VIII (India), 10, 8-9.
- 371 *Ibid.*, 8, 71-73.
- 372 *Ibid.*, 4, 1.
- 373 *Anábasis*, VI, 10, 30, 2-3.
- 374 C. P. Jones ha podido escribir: «la actitud de Plutarco con respecto a Roma es a la vez griega y romana; griega, en tanto que él mismo se consideraba griego de lenguaje y de nacimiento; romana, en tanto que sus intereses y simpatías coincidían con los del Imperio», *Plutarch and Rome* (supra, n. 142), p. 125.

-
- 375 En lo que dice con razón en el prefacio (p. IX) de su libro (Romans and Aliens), J. P. V. D. Baldson.
- 376 Ver M. Benabou: «Monstres et hybrides chez Lucrèce et Pline», en L. Poliako i (ed.): Hommes et /Ages, Mouton, París y La Haya, 1975, pp. 143-152; en general, ver A. N. Sherwin-White: Racial Prejudice in Imperial Rome, Cambridge, U. P. 1967.
- 377 Sobre este tema hay un libro escrito sin un gran esfuerzo analítico, pero que reagrupa por lo menos los textos literarios más importantes: N. K. Petrochilos Roman Attitudes to the Greeks, Universidad de Atenas, Facultad de Letras, Atenas 1974; el libro, con mucho, más importante y más amplio de lo que su título indica en el de (supra, n. 141) J. Kaimio: The Romans and the Greek Language.
- 378 Satiricón, 48; he propuesto la hipótesis de que esta tercera biblioteca no la nombra por ser semítica (ver infra pp. 123-124). Dicho esto, puede tratarse de una simple broma.
- 379 Ver supra, p. 16, n. 18.
- 380 Plinio el Joven: Cartas, VIII, 24, 2-3, trad. A. M. Guillemin (Belles Lettres, los mismos temas aparecen casi en los mismos términos en la primera carta conservada de Cicerón a su hermano, nombrado propretor de Asia en el 59 a.C.: Ad Quintum fratrem, I, 1; ver sobre todo 6 y 27-28; uno de los puntos más interesantes de esta carta es que establece una clara distinción entre los griegos y los demás: «no pienso, creo, que pueda conmoverme con los llantos de Pacomus, oscuro personaje que ni siquiera es griego, sino misio o frigio» (ibid., 19, trad. L. Constans, Belles Lettres); para un comentario de la carta de Plinio y sus fuentes, ver A. N. Sherwin-White: The Letters of Pliny. A Historical and Social Commentary, Oxford Clarendon Press, 1966, pp. 477-480.
- 381 Legatio ad Caium, 8, trad. A. Pelletier (ed. du Cerf).
- 382 Ver supra, n. 79.
- 383 Elogio de Roma, 11.

- 384 Ibid., 61; traduzco por «república» la palabra démokratia.
- 385 Ibid., 60; he mencionado antes (n. 149) el texto en el que Elio Aristides criticaba la insuficiencia de los hechos de Alejandro.
- 386 Panatenaico, 57.
- 387 Filóstrato: Vida de Apolonio, V. 34, trad. Grimal.
- 388 Apolonio hace alusión a semejante excepción en la continuación del pasaje que acabo de citar: para un análisis de conjunto, ver J. Kaimio, op. cit., 110-129.
- 389 Ver infra pp. 130-131.
- 390 No veo en Arriano ninguna alusión directa al dialecto propiamente macedonio, ni al arameo, que era la lengua de la cancillería del Imperio persa.
- 391 Sobre lo que formula un juicio banal, quiero decir que todavía hoy se lo encuentra en todas partes; ver Examen critique (supra, n. 335), 1804, p. 102: «Arriano merece, a pesar de sus errores y prevenciones, el primer puesto entre los historiadores de Alejandro que nos quedan».
- 392 En Plutarco, la ambición y la virtud de Alejandro son más elevadas que las de los romanos, pero la fortuna no hizo más que «zarandearlo» ligeramente, como lo había hecho con otros antes que con él, como lo hará con los reyes helenísticos; por el contrario, ha decidido morar en Roma (Fortuna de los romanos, 371 b, 318 a).
- 393 Sainte-Croix: Examen critique (1804), pp. 86-87; obsérvese también este juicio de conjunto sobre el siglo II: «El siglo de Arriano fue el de los imitadores», p. 91.
- 394 Essai sur les origines, II, p. 3; comentaré en seguida las páginas 61-63 del tomo I de su Essai.
- 395 Más exactamente, llevan letras que se suelen interpretar como marcas de control.

396 M. J. Price: «The "Porus" Coinage of Alexander the Great: a Symbol of Concord and Community», *Studia Paulo Naster oblata* (Mélanges P. Naster), I, *Numismatica antiqua*, coll. *Orientalia Lovanensia*, *Analecta*, XII, *Departament Orientaliskitiek*, Lovaina, 1982, p. 75 y láms. IX, XI; he podido consultar el manuscrito en 1983 de un artículo de Paul Bernard titulado «Le personnage d'Eudamos satraphe du Pendjab et maitre des éléphants». Este artículo deberá ser publicado en Roma en un volumen de *Mélanges* en honor del orientalista italiano G. Tucci, pero no ha sido así, y debería aparecer, me dice J. Pouilloux, en 1989, en el *Journal des Savants*; agradezco a Paul Bernard el haberme permitido utilizar este estudio inédito, y a Dominique Gerin, por la ayuda prestada en el *Cabinet des Médailles*. También remito a H. Nicolet-Pierre: «Monnaies á l'éléphant», *Bull. Soc. fr. de Numismatique*, 33, 7 (julio de 1978), pp. 401-403, y a P. Goukowsky: «Le roi Póros, son éléphant et f quelques autres», *Bull. Corr. Hell.*, 96, 1972, pp. 473-502; el decadracma está comentado en las pp. 477-480. Un bello ejemplar de esta moneda fue publicado E además por C. Curtis Lorber en la recopilación: *Wealth of the Ancient World: Thee Nelson Bunker Hunt and William Herbert Hunt Collections*, *Kimbell Art Museum: Fort Worth*, *Summa Pub. Beverly Hills*, 1983, p 209-210 y 287; el comentario se basa en el estudio de Price, del que C. Curtis Lorber tuvo conocimiento antes de su publicación.

397 Ver, por ejemplo, los análisis de C. M. Kray: *Greek Coins and History*, *Methuen*, *Londres*, 1969, que tratan algunos ejemplos célebres. Yo mismo, junto con Pierre Lévêque, intenté, quizá imprudentemente, hace una veintena de años, establecer una conexión entre la emisión de las primeras «lechuzas» atenienses y la revolución clisteniana. Ver *Clisthe'ne l'Athénien*, *Macula*, *Paris*, 1983 (primera edición 1964), pp. 57-61.

398 La lista de los que han sido publicados la da Price en pp. 75-76; única publicación completa del tesorillo mencionado en *Coin Hoards* (M. J. Price [ed.]), *Royal Num. Soc.*, I, *Londres*, 1975, n. 38, pp. 14-15, que permite dar las cifras precisas. En cualquier caso, la presencia de los decadracmas junto a otras monedas demuestra que efectivamente se trata de monedas (que pesaban alrededor de 40 gramos de plata), y no de medallas.

- 399 Decadracmas y tetradracmas son denominaciones usuales, pero no está claro el patrón de estas monedas, y M. J. Price prefiere hablar de monedas de cinco o de dos shekels.
- 400 Francois Lissarrague ha tenido la amabilidad de hacer los dibujos de los elementos mejor conservados de los ejemplos existentes.
- 401 En el caso descrito por Plutarco, Alejandro, 16, 7; hay un ejemplar intacto en el museo de Janina (foto en: Alexander the Great. History and Legend in Art [supra, n. 3], p. 54).
- 402 P. Gardner: <'New Greek Coins of Bactria and India", Num. Chron., 3.' ser., 7, 1887, pp. 177-181
- 403 Los textos han sido recopilados por P. Goukowsky, art. cit., (supra, n. 396), pp. 473-474; en Arriano, por ejemplo, Poros se rinde y se apea del elefante.
- 404 Luciano: Cómo se escribe la historia, 12.
- 405 M. J. Price: loc. cit., pp. 79-81.
- 406 Es lo que demuestra P. Bernard con gran lujo de detalles.
- 407 Por los paralelos con el arte indio.
- 408 Es Price, p. 78, quien proporciona las informaciones más detalladas sobre este punto.
- 409 Es totalmente cierto, y sobre este punto Bernard y Price están de acuerdo, que los arqueros son indios. Llevan el gran arco descrito por Arriano (Andbasis, VII, 16,6) y evocados en la epopeya india (ver G. Dumézil: Mythe et épopée, I, Gallimard, 1968, pp. 98-101 (hay traducción castellana, Barral, Barcelona) y llevan el moño descrito por Estrabón (XV, 719). Este mismo tocado también caracteriza a los personajes montados sobre el elefante del decadracma.
- 410 Uno de los ejemplares, el primero de ellos, ha sido descubierto en Bactriana; tras el descubrimiento del tesoro de Babilonia ya no hay discusión política.

- 411 Ver Ed. Will: Histoire politique du monde hellénistique, Iz, Universite de Nancy, II, 1979, pp. 52-54.
- 412 Diodoro: XIX, 15, 3-4.
- 413 Plutarco: Eumenes, 16, 3.
- 414 Diodoro: XIX, 14, 8.
- 415 Diodoro: XIX, 44, 1-3; un desconocido, Celbanos, fue ejecutado junto con Eudamos; en su relato de la muerte del antiguo secretario a las ordens de Alejandro (Eumenes 18-19), Plutarco no habla de Eudamos, pero Antigonos lo invita a vigilar al prisionero como un elefante, como un león.